

Septiembre 2022 8

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTA PASTORAL

- A la misión: retornar a la alegría del Evangelio.
A propósito de la parábola del padre misericordioso (Lc 11,15-32) 991

CARTAS

- Mostremos el rostro de Dios 1022
- A la misión transformados por el amor de Dios 1024
- Ofrezcamos esperanza educando 1026
- Vivir renovando siempre el corazón 1029

HOMILÍAS

- Vigilia jóvenes 1031
- Misa de inicio de curso de la Curia diocesana 1035
- Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 1040
- Misa de envío de profesores 1047

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1053
- Defunciones 1056
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Septiembre 2022 1058

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Carta Pastoral de Mons. Juan Antonio Reig Pla: ¡Muestra que Eres Madre!
Mostra te Esse Matrem 1063
- Renuncia del Obispo de Alcalá de Henares 1084
- Comunicado del Obispo emérito de Alcalá de Henares y Breve nota biográfica ... 1085
- Decreto del Nombramiento del Excmo. y Rvdmo. Mons. Jesús Vidal Chamorro
como Administrador Apostólico de la Diócesis de Alcalá de Henares 1092
- Comunicado del Administrador Apostólico de Alcalá de Henares 1094

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Toma de Posesión del Administrador Apostólico 1097
- Nombramientos 1100
- Defunciones 1103
- Actividades Sr. Obispo y del Administrador Apostólico. Septiembre 2022 1105

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta para el envío de Catequistas 1109
- Decretos 1111

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXL - Núm. 2959 - D. Legal: M-5697-1958

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1118
- Estatutos del Consejo Diocesano de Pastoral de Getafe 1121
- Defunciones 1130

Conferencia Episcopal Española

- Nota de la Comisión Permanente del 27 y 28 de septiembre 1131

Iglesia Universal

- Santa misa y beatificación del siervo de Dios el Sumo Pontífice Juan Pablo I.. 1135
- Discurso a una delegación de Cáritas Española 1139
- Visita a Asís con motivo del encuentro "Economy of Francesco" 1142
- Visita pastoral a Matera para la clausura del 27 congreso eucarístico nacional 1150
- Mensaje con motivo del Día Internacional de Concienciación sobre la pérdida y el desperdicio de alimentos 1154

VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A KAZAJISTÁN 13-15 SEPTIEMBRE DE 2022

- Discurso en la Apertura de la sesión plenaria del VII Congreso de líderes de religiones mundiales y tradicionales 1157
- Santa misa en la fiesta de la Exaltación de la Cruz 1165
- Encuentro con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y agentes pastorales 1170
- Lectura de la declaración final y clausura del congreso 1176

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTA PASTORAL

**ALA MISIÓN: RETORNAR A
LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO**

**A propósito de la parábola del padre misericordioso
(Lc 11,15-32)**

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le

conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”»¹.

Introducción

Con el deseo de que empeñemos nuestras vidas para llevar la «alegría del Evangelio» a nuestro mundo, en particular a España y, sobre todo, a nuestra archidiócesis de Madrid, os escribo esta carta pastoral. Se trata de que todos entremos con palabras, obras y gestos en la vida de quienes tenemos que evangelizar. Tenemos que hacernos presentes en sus situaciones concretas, asumiendo la vida humana donde y como está, achicando distancias para tocar la carne sufriente del mismo Cristo entre las gentes que nos rodean. A ellas les debemos el anuncio apasionado del Evangelio, convencidos de que esta es la Buena Noticia plenificante que necesita la humanidad.

Como vengo haciendo desde que soy vuestro pastor, para principiar el nuevo curso busco siempre un texto del Evangelio que nos acompañe, nos dé la luz

¹ Lc 15, 11-32.

del Señor y nos marque la dirección en los planes de pastoral del curso. Con ello quiero destacar el protagonismo de la Palabra del Señor que nos señala a todos la dirección, nos abre caminos y nos impulsa a caminar sinodalmente, por supuesto al ritmo que cada comunidad cristiana tenga. Para este curso he elegido el texto del hijo pródigo, que a mí me gusta más llamar del padre misericordioso. Pido al Señor que penetre en nuestro corazón y formule nuestra vida con la hondura que nuestra Iglesia diocesana necesita. En el fondo, se trata de vivir, expresar y hacer vivir la experiencia de un Dios que es Padre, que nos acoge en todas las circunstancias, que nos hace sentir su cercanía y su cariño y que nos hace descubrir el amor misericordioso manifestado de manera bien palpable en Jesucristo, Nuestro Señor. A estas alturas de la historia de la humanidad, se hace evidente lo revelado por Jesucristo: el ser humano no puede vivir sin amor, pero no se trata de cualquier amor. Ha de ser un amor que envuelva de tal manera a la persona que la haga sentir su originalidad irrepetible, su verdad incontestable, que la abraza incondicionalmente en todas sus dimensiones, que le recuerde que nacimos por amor y para amar. Esto solo lo revela el amor de Dios que vino al mundo y se hizo Hombre con todas las consecuencias.

Al escribiros esta carta, en mi corazón de pastor está el deseo y el compromiso de salir ilusionado a vuestro encuentro para deciros lo que tenemos que anunciar y discernir cómo hacerlo en las circunstancias históricas que nos toca vivir. Habremos de hacerlo con verdad, con pasión e intensidad y sin escamotear nada. Habremos de anunciárselo a todos los hombres y mujeres contemporáneos nuestros. Conocéis bien el núcleo duro del anuncio: Dios nos ama, no estamos solos, hemos sido diseñados para amar y Jesucristo ha venido a este mundo porque siendo Dios no tuvo a menos hacerse Hombre. Así pudo regalarnos la Buena Noticia que nos dice cómo y hasta dónde debemos amar. Por eso, tendremos que abrir nuestras puertas a todos, salir a su encuentro y hacerles sentir la verdad de la cercanía de Dios. Lo haremos, una vez más, *entre todos, con todos y para todos*. Precisaremos creatividad y la originalidad que Dios mismo nos dará para hacerlo. Recordemos aquellas palabras del Papa Francisco: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada»².

² *Evangelii gaudium*, 2 (en adelante, EG).

Trataremos de marcar caminos en todas nuestras comunidades cristianas, ya sean las más antiguas o las más jóvenes, sin perder la originalidad que cada una tiene y que viene marcada por su historia y el itinerario pastoral que ha vivido. En este Madrid cosmopolita, las procedencias diversas, la complejidad de la historia y la sucesión de personas han marcado la vida y el diseño de cada una de las comunidades parroquiales en las que vivís la fe. Con el Papa Francisco, también yo «invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en la que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»³.

He vivido como una gracia especial en mi vida el encuentro de todos los cardenales del mundo con el Papa Francisco, en el consistorio al que fuimos convocados. Junto al Sucesor de Pedro, tanto en las sesiones de grupo como en las puestas en común de todos, vi la sintonía y el empeño de cumplir el mandato de Cristo en nuestra misión, de ser «la comunidad evangelizadora» que «se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo»⁴.

En este curso pastoral que comenzamos os quiero invitar a todos a la esperanza, a la alegría y, sobre todo, a transmitir el Evangelio con el testimonio de nuestra vida. Os pido que no caigamos en esa tentación fácil de decir «esto es otra cosa más». Es verdad que es otra cosa, pero no es una más. Quiero, con todos vosotros, sacerdotes, religiosos y laicos, ancianos, adultos, jóvenes y niños, hombres y mujeres, abrir horizontes, dar vigor a nuestras comunidades y salir al encuentro de las personas. Primeramente de las que creen y forman la comunidad cristiana, para pedirles que se involucren más en el anuncio del Evangelio. También de las que, por las circunstancias que fueren, un día se alejaron. Y, finalmente, también de aquellas otras que, quizá por no haber tenido una buena experiencia, se apartaron de la comunidad cristiana o no creen. Como nos dice el Papa Francisco en la constitución apostólica sobre la Curia romana y su servicio a la Iglesia en el mundo, *Praedicate Evangelium*, ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio es la tarea que el Señor Jesús encomendó a los discípulos. Este mandato

³ EG3.

⁴ *Praedicate Evangelium*, preámbulo 1

constituye el primer servicio que la Iglesia debe prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual⁵.

Invitemos a todos a vivir en esta novedad que solamente Jesucristo ha traído a esta tierra. Ojalá sea el testimonio y no solamente las palabras el que marque dirección y abra nuevos caminos. Qué fuerza tiene para nuestra Iglesia diocesana en el comienzo del curso lo que dijo el Papa Francisco al principio de su ministerio de Pedro: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»⁶. Y el Papa añade algo fundamental: «En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años.»⁷. «La conversión misionera de la Iglesia está destinada a renovar la Iglesia según la imagen de la propia misión de amor de Cristo. Sus discípulos y discípulas, por tanto, están llamados a ser luz del mundo (Mt 5, 14). Así es como la Iglesia refleja el amor salvífico de Cristo, que es la Luz del mundo (cf. Jn 8, 12)»⁸.

Hay unas palabras del Papa actual que tienen, y han de tener siempre, una resonancia muy especial en nuestra vida: «Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión [...]. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda recibir así la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo»⁹. En el libro de Peter Seewald *Benedicto XVI. Últimas conversaciones* hay una pregunta sobre la edad en la que eligen Sucesor de Pedro. El Papa Emérito responde: «No podía abordar asuntos a largo

⁵ Cf. *Praedicate Evangelium*, 2.

⁶ EG 1.

⁷ EG 1.

⁸ *Praedicate Evangelium*, 2.

⁹ EG 10.

plazo. Algo así hay que hacerlo cuando uno tiene tiempo ante sí. Era consciente de que mi encargo era de otra clase, de que debía esforzarme sobre todo por mostrar qué significa la fe en el mundo actual, por restablecer la centralidad de la fe en Dios e infundir a las personas valentía para creer, valentía para vivir la fe de modo concreto en este mundo. Fe, razón: son facetas que reconocí como parte de mi misión y para las que no era importante cuánto durara el pontificado»¹⁰.

¿Por qué he elegido esta página del Evangelio de Lucas con la parábola del padre misericordioso (Lc 15, 11-32)? Porque creo que, a través de ella, se puede desplegar la imagen de la llamada principal que la Iglesia recibe de su Señor en estos momentos y que el Papa Francisco ha descrito con una belleza especial en la primera exhortación apostólica que nos entregó, *Evangelii gaudium*. Creo que invita a un nuevo modo de situarse la Iglesia en medio de este mundo y de aproximarse a todas las situaciones que vivimos. Y se refiere tanto a los cristianos que estamos dentro como a los que se fueron por motivos diversos, a los que aparecen de vez en cuando, a los que marcharon definitivamente y a los que no conocen el mensaje. Emociona volver a escuchar juntos, de parte de Dios y a través de su Iglesia: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo, pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque a este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado»¹¹.

1.- Conscientes de que hoy hay hijos pródigos: la Santa Madre Iglesia y sus hijos, ¿vivimos como hijos pródigos?

Cuando uno se pone a meditar la parábola del hijo pródigo descubre que, en algún momento determinado de nuestra vida, todos hemos sido hijos pródigos. Diría más: muchas veces pasamos por la vida sin darnos cuenta en profundidad de la necesidad y de la fuerza que tiene el amor de Dios. Descubrimos que, aunque estemos dentro de la Iglesia, también de alguna manera tenemos momentos, tiempos y circunstancias en las que vivimos como el hijo pródigo. No nos damos cuenta, no vivimos con una conciencia clara de la riqueza de la que nos ha llenado Dios.

¹⁰ P. Seewald, *Benedicto XVI. Últimas conversaciones*. Mensajero, Bilbao 2016, p. 32.

¹¹ Lc 15, 31-32.

Quiero que salgamos al encuentro de todos los cristianos: los que sois conscientes de la riqueza que invade vuestra vida y los que, por circunstancias diversas, os habéis desanimado y vivís lejos de tener una experiencia viva y fuerte del Señor. Salgamos a decir todos con fuerza y convicción que tenemos a un Dios que nos ama, que se hizo Hombre y dio su vida para que nosotros tengamos vida, y que no podemos tener vida sin su amor.

El padre que aparece en la parábola nos manifiesta el rostro de Dios. Un Dios que nos ama, un Dios misericordioso, que nos tiene envueltos en su amor, que nos ha dado todo lo que somos y tenemos, que nos acoge con todas las consecuencias, que nos da lo que tiene y nos deja libertad incluso para marcharnos fuera de su vida y de su casa. Nos dio de lo suyo, de su vida, de su amor y, al mismo tiempo, nos regala una libertad absoluta y nos llena de la riqueza de su amor incondicional. Regalemos esta experiencia de Dios a todos los hombres. Es sanadora para nosotros y para construir la historia, pues «cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza de la dulce alegría del amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien»¹².

Para que supiéramos quién es Dios y hasta dónde llega su amor, envió a su Hijo Jesucristo, haciéndose hombre como nosotros. Fundó la Iglesia, esta gran familia a la que pertenecemos, que por gracia nos abre las puertas con todas sus riquezas, entre otras, el habernos engendrado a una vida nueva por el Bautismo. Pero también en nosotros, en lo más profundo del corazón, habita un deseo de libertad que nada tiene que ver con la verdad. Tenemos el atrevimiento de pedirle a Dios que deseamos vivir por nuestra cuenta. Y por eso le decimos, como el hijo pródigo, «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna».

También podemos estar en su casa sin ningún rasgo de agradecimiento, sin darnos cuenta de lo que nos regala día a día. Y en el fondo, sin ser conscientes, estamos viviendo al margen de la riqueza de la que disfrutamos, como le pasa al hijo que se queda en casa y al que el padre tiene que recordarle lo que tiene y de lo que disfruta: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo».

¹² EG 2.

La reacción del padre de la parábola es regalar libertad, regalar su amor incondicional. Él nos da todo, pero no quiere a su lado nadie a la fuerza, quiere hombres y mujeres que se den cuenta, que se hagan conscientes de toda la riqueza que nos regala Dios. Observemos la reacción del Padre, reparte los bienes a los dos, nos dice el texto que «el padre les repartió los bienes». Pero hay una reacción de los hijos no menos importante: el desapego del padre. Sí, cada uno tira para su lado, pero olvidando el amor del padre que había llenado sus vidas. Uno, tras el desafío al padre, malgasta la fortuna; el otro no disfruta de ella y acaba indignándose por el recibimiento que el padre da al hijo que se había marchado. En el fondo, los dos estaban fuera de casa. No habían descubierto al padre, no habían descubierto a Dios. Uno lo había dejado conscientemente y el otro no había descubierto lo más hondo y grande: «Era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado»¹³. En el fondo, ninguno de los dos hijos se había encontrado realmente con el padre.

Las palabras del Papa Benedicto XVI tienen permanente actualidad: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹⁴. ¿Qué fuerza tiene el encuentro con Dios cuando descubrimos que se convierte en esa feliz amistad de la cual nunca podemos prescindir! Alcancemos el ser verdadero que Dios hizo para cada uno de nosotros.

Cuando leo vidas de santos, lo que más me impresiona es cómo se dejan invadir por el amor de Dios y se lanzan a vivir aquello que nos recuerda san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!»¹⁵. Lo hacen de modos muy diferentes, pero con toda esa diversidad de modulaciones personales se siguen escribiendo y actualizando páginas preciosas del Evangelio.

2.- Me quiero ir de tu casa: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna»

La insólita y provocativa petición que hace el hijo menor al padre tiene también su actualidad. Unos no quisieran saber nada de Dios, otros no fueron

¹³ Lc 15, 31-32.

¹⁴ Benedicto XVI, *Deus caritas est* 1.

¹⁵ 1 Cor 9, 16.

bautizados, también hay bautizados que han dicho lo mismo de formas muy diversas: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». En el fondo, lo que afirman es: «No quiero saber nada de Dios, quiero vivir por mi cuenta, quiero coger la ruta que me apetezca entre las múltiples ofertas que aparecen en mi vida». A través de la historia de la humanidad, aunque Dios ha estado siempre presente, ha habido épocas y personas que dieron la espalda a Dios. Se vivió como si Dios no existiese o se fabricaron dioses de barro a la medida de los gustos que preponderaban en cada momento.

No son precisamente estas etapas de la historia aquellas en las que el humanismo ha crecido más. Todo lo contrario. Coinciden con situaciones tremendamente inhumanas, donde la explotación del ser humano y las esclavitudes se hacen patentes. Aparece la nostalgia de Dios que se manifiesta de muchas maneras, incluso creando dioses a nuestra medida. En esos momentos, es necesario escuchar con más atención la voz de Dios, prestar atención al rumor de ángeles y paladear la necesidad de Él. El vacío existencial y la multiplicación de dioses son compatibles con una potente nostalgia de infinito a la que no siempre se sabe poner nombre.

Son muy bellas las palabras del Papa Francisco cuando nos dice: «Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser verdadero»¹⁶. Esta expresión es muy significativa para todos nosotros, los discípulos de Cristo, para entregarnos con pasión al anuncio del Evangelio.

Hay entre nosotros bautizados, hombres y mujeres, que, como el hijo pequeño, pidieron la parte correspondiente de la fortuna, creyendo que así quizá eran más libres y más ellos mismos. Incluso podríamos localizar algunos lugares adonde marcharon a buscar fortuna. Quizá no supimos hacer presente el tesoro, quizá cerraron sus vidas a un Dios que invitaba a darse del todo a los demás; es posible que nos faltaran las palabras o el testimonio adecuado para mostrar cuál es la verdadera fortuna: Dios mismo que me regala su amor y su gracia. El Señor me ha escogido para incorporarme a su Iglesia y me da a conocer mi

¹⁶ EG 8.

verdadera identidad: hijo de Dios y miembro de la Iglesia. Esa es la verdadera fortuna que nadie me puede arrebatar, donde mi vida tiene sentido y la puedo vivir en plenitud. ¡Qué sabiduría más grande otorga conocer mi más auténtica identidad!

La tragedia del alejamiento de la casa paterna y la pérdida de identidad las vivió en primera persona san Agustín, auténtico hijo pródigo, convertido en buena medida por la constante oración de su madre. Lo expresa recurrentemente y con sentida sinceridad en sus *Confesiones*. «Yo me alejé de ti y anduve errante, Dios mío, muy fuera del camino de tu estabilidad allá en mi adolescencia y llegué a ser para mí una región de esterilidad»¹⁷. Para acabar concluyendo: «¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había alejado de mí mismo y no me encontraba. ¿Cuánto menos a ti?»¹⁸. Alejarse de la casa paterna lleva a perderse incluso de uno mismo. Pero la distancia, sin embargo, no es nunca absoluta, ya que el vínculo de la filiación divina, como veremos más adelante, no se pierde jamás. Por eso, como explica consoladoramente para todos el obispo de Hipona, «no hay lugar adonde se aparte uno de modo absoluto de ti»¹⁹.

No puede haber temor en confesar y explicitar las ocasiones en las que tuve en mi corazón esa actitud del hijo pequeño: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». También conviene preguntarme: ¿vivo de mi propia fortuna?, ¿sé darme explicación de por qué, para qué y para quién vivo?, ¿voy tirando y me mantengo al margen y lejos de la vida de Jesucristo y de la Santa Madre Iglesia? En el fondo, no niego a Dios, pero vivo como ausente de Él, como si Dios no existiera. La reacción del hermano menor al malgastar su fortuna, al vivir al margen y sin la fuerza y la gracia de Dios, pero queriendo al final buscar la cercanía del padre misericordioso, fue valiente. En la absoluta pobreza de su vida, vuelve a casa y se dirige al padre. La reacción inmediata del padre, en cuanto vio que llegaba el hijo, fue salir a su encuentro para abrazarlo y para volverlo a hacer partícipe de su fortuna. ¿No será este el anuncio que tenemos que hacer a todos los hombres y mujeres en este momento y en estas circunstancias?

¹⁷ San Agustín, *Confesiones II*, 10, 18.

¹⁸ *Ibid.* V, 2, 2.

¹⁹ *Ibid.* VI, 2, 14.

Hoy nos encontramos con creyentes en circunstancias muy diversas a las de otras épocas. Antaño, todos se bautizaron, incluso unieron sus vidas en el matrimonio por la Iglesia, asumieron el compromiso de formar una familia cristiana, otros tomaron otros derroteros, pero en todos comprobamos también, que por circunstancias diversas, su vida y participación como miembros de la Iglesia es escasa. Algunos asisten en ciertos momentos puntuales a las celebraciones de la fe, otros se marcharon de nuestras comunidades cristianas y no practican, están al margen. Unas veces por desidia, otras por situaciones existenciales vividas en las que no tuvieron el acompañamiento adecuado. De otros no hemos vuelto a saber nada. También hay personas que, por circunstancias especiales de su vida que no coincidían con las normas de la Iglesia, se distanciaron, no acaban de encontrar su sitio y se sienten lejos. En general, nunca pidieron ni tampoco les ofrecimos acompañamiento. Algunos de estos cristianos que viven en estas situaciones ya no han transmitido la fe cristiana a sus hijos. En el fondo, en todos subsiste en cierto modo la decisión del hijo menor de la parábola: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». Marcharon de la Iglesia y, en ocasiones, vuelven en circunstancias muy especiales de sus vidas, pero están distantes y son muy críticos con la Iglesia. ¿Cómo acercarnos también a ellos? ¿Cómo hacerles sentir nuestra cercanía? ¿Cómo hacer posible que todos entiendan que nadie queda excluido de la alegría regalada por el Señor? ¿Cómo hacer un acompañamiento a los cristianos que viven en situaciones especiales de su vida?

La Iglesia siente dolor por los hijos que reclamaron la parte correspondiente de la fortuna paterna. Y, como el padre de la parábola, vive el desgarrón que supone que un hijo suyo abandone el hogar. En nuestra Iglesia diocesana tenemos todos estos perfiles de personas. Desde la actitud misionera que ha de tener la Iglesia, es bueno que nos hagamos estas preguntas: ¿cómo estar al lado de ellos?, ¿cómo buscarlos?, ¿cómo volver a entusiasmarlos?, ¿cómo hacerles ver los vacíos fundamentales que aparecen en sus vidas?, ¿cómo acogerlos, acompañarlos y hacerles sitio en las situaciones particulares que viven? La respuesta a estas preguntas está explicitada en la misma parábola: simplemente, aprendiendo del padre cómo se comporta con sus dos hijos, menor y mayor. A quien le pide irse, lo deja en libertad y le da los bienes que le corresponden –incluso estando vivo el padre–, pero su corazón y su vida se mantienen muy cerca del hijo que marchó. ¿Cómo entienden esto de bien tantos padres y madres cuyos hijos equivocaron el camino y aguardan, pacientes y orantes, como santa Mónica, el retorno de quien partió de mala manera! Por su parte, a quien se queda le hace ver todo lo que tiene, de lo cual

no se había dado cuenta. La Iglesia, consciente de que Dios es un Dios de segundas e infinitas oportunidades, no puede dejar a nadie de lado y tiene que acercarse a todos. Y ello aunque un día hubiesen reclamado vivir a su aire, lejos del padre y disfrutando de su fortuna. Como el padre del hijo pródigo, más que hacer memoria de agravios, apuesta por el olvido y el perdón. Más que prodigarse en reproches, quiere multiplicar abrazos que celebren el retorno²⁰.

Los cristianos tenemos la convicción de que la Iglesia no crece por proselitismo, sino por la atracción de su mensaje y el testimonio coherente de sus testigos. La Iglesia sabe que «existe para evangelizar»²¹. Por eso, la actividad misionera es el mayor desafío que tiene. El Papa Francisco nos recuerda que «quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien»²². Y el bien más grande que podemos regalar es llevar y entregar al corazón de los hombres la Buena Noticia de Jesucristo, nuestro Salvador. Por eso, con san Pablo, podemos afirmar: «¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!»²³.

3.- Malgastando la herencia: el hijo menor «se marchó a un país lejano y derrochó la fortuna viviendo perdidamente»

El ser humano, cuando se mantiene despierto y prevenido frente a las adormideras con las que algunos quieren alimentarlo, es eminentemente buscador de verdad. Muchas veces con angustia y otras con esperanza, pero es buscador del sentido profundo de la vida y tiene anhelo de infinito. Es verdad que Dios nos ofrece todo, pero también es cierto que, en ocasiones, no nos damos cuenta de esa oferta que está llena de plenitud. El hijo pequeño de la parábola no es consciente de todo lo que le ofrece el padre y cree que va a encontrar en otro lugar posibilidades mejores. En definitiva, no entra en la profundidad de lo que el padre le da. Por ello, pide al padre el disfrute anticipado de la herencia. Esta es una actitud que explica muchas situaciones de nuestros contemporáneos. Como en la parábola, muchos

²⁰ Cf. H. J. M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. PPC, Madrid 1993, Parte III, «El Padre».

²¹ San Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 14.

²² EG 9.

²³ 1 Cor 9, 16.

acaban en la infelicidad más absoluta incluso a edades muy tempranas. La tasa de suicidios adolescentes debiera hacernos reflexionar sobre lo que supone el alejamiento de la casa paterna que ofrece no solo el calor del hogar, sino un sentido profundo a la existencia.

Nos toca apuntar en la dirección correcta, ofertar la verdad del Evangelio, acompañar, seguir esperando con infinita paciencia y acoger en los que vienen de vuelta –serán cada vez más– sus palabras de reconocimiento: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». ¿Tendremos nosotros la misma actitud del padre? Lejos de los reproches, le faltó tiempo para dar rienda suelta a lo que le pedía su corazón de padre: «Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado»²⁴. ¿Saldremos también nosotros corriendo a abrazar a quien vuelve de nuevo a la casa del padre?

Hoy experimentamos una llamada especialmente intensa para anunciar a Jesucristo a todos. También para detectar a los que se fueron, buscar la forma más adecuada para acercarnos y hacerles el anuncio liberador y sanante de Jesucristo. También hemos de saber hacer la llamada a las nuevas generaciones. En muchas ocasiones se han educado con padres no practicantes, tienen reservas sobre la Iglesia, pero no han tenido oportunidad de conocer mínimamente a la Madre Iglesia. La gran pregunta sigue siendo ¿cómo acercarnos a los jóvenes? Hacerles llegar la misericordia, la bondad y la belleza de Dios sigue siendo un gran desafío.

¿Os habéis preguntado alguna vez lo que sucede cuando Dios crea el mundo y, en particular, crea al ser humano a su imagen y semejanza? Pues sucede nada más ni menos que el amor, como el bien, por su propia naturaleza se hace don y tiende a difundirse: es, como dice santo Tomás de Aquino, «*diffusivum sui*»²⁵. Reconocer lo que rezamos en la plegaria eucarística IV es fundamental para entender lo que Dios hace por nosotros: «Porque tú solo eres bueno y fuente de vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria». Hay un texto de santa Catalina de Siena que me parece oportuno recordar:

²⁴ Lc 15, 22-24.

²⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 5, a. 4, ad2.

«Entonces, Padre eterno, ¿por qué creaste a tu criatura? Estoy muy maravillada de ello. En realidad, veo, como me lo mostraste, que no hubo otra razón, sino que te viste obligado a darnos el ser, a pesar de las maldades que habíamos de cometer contra ti, Padre eterno, a causa del fuego de tu caridad. Él, pues, te obligó, ¡oh, amor inefable! Aunque en tu luz viste toda la maldad que tu criatura habría de cometer contra tu infinita bondad, tú hiciste como si no vieras; es más, pusiste tu mirada en la belleza de la criatura, de la que te enamoraste como un loco y un borracho, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a tu imagen y semejanza. Tú, Verdad eterna, me has explicado tu verdad, es decir, que el amor te forzó a crearla»²⁶. ¡Qué bello es el amor gratuito de Dios hacia todo ser humano esté donde esté! El amor del Padre es bueno y fuente de vida. Es un amor *hesed*, un amor misericordia. Es bueno que caigamos en la cuenta de que la misericordia de Dios es anterior al pecado de los hombres; no solo es respuesta a este, es anterior.

Con esta misericordia sale Dios al encuentro de todos los hombres. Y con esta misma misericordia ha de salir la Iglesia. Así haremos realidad las palabras del Papa Francisco: «La conversión misionera de la Iglesia está destinada a renovar la Iglesia según la imagen de la propia misión de amor de Cristo [...]. Ella misma se vuelve más radiante cuando trae a los hombres el don sobrenatural de la fe, la luz que orienta nuestro camino en el tiempo y se pone al servicio del Evangelio para que la luz crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz»²⁷. Empeñarnos en hacerlo visible en la misión es una tarea a la que estamos llamados todos los discípulos de Cristo. Quizá desde aquí entendamos mejor la novedad de la encarnación.

Cuando abrimos las páginas del Evangelio de san Lucas, nos encontramos con un precioso canto sobre la misericordia de Dios. En el Evangelio de la infancia podemos contemplar cómo María, nuestra Madre, en el canto del magnificat, proclama la misericordia de Dios que «llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1,50). También Zacarías, el esposo de Isabel, habla de cómo Dios ha visitado y redimido a su pueblo realizando «la misericordia que tuvo con nuestros padres,

²⁶ *Obras de santa Catalina. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios*. BAC, Madrid 1980, p. 457.

²⁷ EG 2.

recordando su santa alianza [...] y por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto» (Lc 1, 72. 78). La parábola del padre misericordioso es un canto a la misericordia de Dios. Para descubrir la novedad que tiene, es necesario saber qué esperaban y qué pedían a Dios las gentes piadosas de Israel. Pero lo más original del Nuevo Testamento sobre la misericordia es lo que «ha cumplido las profecías». Y que «en muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por el Hijo» (Hb 1, 1-2). Dios había hablado sobre la misericordia, pero ahora nos ha hablado directamente por el Hijo y ha puesto rostro y carne a la misericordia de Dios.

Aquí encontramos la belleza y la paradoja más grande de la parábola. El hermano mayor se queda en casa, es más, siente resentimiento cuando regresa el hermano a quien el padre recibe haciendo una gran fiesta. Hablaremos de ello páginas más adelante. Hagamos ahora un esfuerzo por descubrir la profundidad de la parábola. ¿Os dais cuenta cómo en esta parábola se nos dice que es Jesucristo quien ha bajado y nos ha conducido de nuevo al Padre? Jesucristo no solamente nos habla de la misericordia de Dios, sino que Él encarnó la misericordia. Desde ahí nos invita a regalar misericordia gratuitamente a los demás. Hay un texto de san Agustín que siempre llevo en mi cartera y que dice así: «¿Pudo haber mayor misericordia para los desdichados que la que hizo bajar del cielo al Creador de la tierra? Esa misericordia hizo igual a nosotros por la mortalidad al que desde la eternidad permanece igual al Padre; otorgó forma de siervo al Señor del mundo»²⁸.

4.- Viviendo en la necesidad: «Cuando lo gastó todo, vino por aquella tierra un hambre terrible y empezó a pasar necesidad»

Estamos viviendo un momento especial de la historia en el que el aparente eclipse de Dios coexiste con la apremiante necesidad de vida espiritual. El ser humano hambrea sentido y anhela respuestas con sabor a infinito para la contingencia, el mal, la injusticia y la muerte. Son muchas las ofertas que concurren para colmar este deseo, algunas con intereses espurios. Y son muchas las noticias que recibimos

²⁸ San Agustín, Sermón 207, 1 (PL 38, 1043). *Obras completas de san Agustín, T. XXIV: Sermones 4 184272B*, BAC, Madrid 2005, p. 188.

relativas a esta búsqueda espiritual, a organizaciones, movimientos, grupos, sectas, etc., que se organizan en torno a tanta *clientela* con necesidad de llenar los vacíos de la existencia que provoca nuestra sociedad, especialmente en los países supuestamente desarrollados. Todo ello nos manifiesta la urgencia que tiene la Iglesia de asumir la prioridad del anuncio del Evangelio, con fuerza, con apertura a todos, convencida de que el Evangelio es la Buena Noticia que los hombres necesitan: «La Iglesia en salida es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo, sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó a un lado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad»²⁹. Sabiendo que verdaderamente «la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas»³⁰. Cuando uno contempla la historia de la Iglesia descubre que siempre tuvo lugares, evangelizadores, fundaciones, etc., que hicieron un sitio a todos los que necesitaban ayuda, a un padre, a los hermanos y a Dios mismo, que se hizo hombre para que todos pudiesen percibir su abrazo incondicional a la humanidad.

Como el hijo pródigo, hoy muchas personas pasan hambre y experimentan necesidad. Sin duda, debemos empeñarnos en lograr un mundo más justo y fraterno donde nadie pase penurias ni tenga que soportar la guerra, ni tenga que desplazarse miles de kilómetros jugándose la vida para sobrevivir a la falta de oportunidades o el cambio climático. Las previsiones de futuro no son halagüeñas. Es muy probable que crezcan el paro, la precariedad y la desigualdad. Ahí deberá estar la Iglesia practicando la amistad, la cercanía y la solidaridad. «Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos»³¹. Como buenos amigos de las personas vulnerables, además de redoblar esfuerzos y abogar por sus derechos, compartiremos con ellas nuestro principal tesoro: la fuerza salvadora y dignificante del Evangelio. Lo dice muy bien el Papa Francisco: «La peor discriminación que sufren los pobres

²⁹ EG 46.

³⁰ EG 47.

³¹ EG 198.

es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria»³². Ojalá que la Iglesia sea en verdad la casa del padre misericordioso de puertas abiertas, capaz de compartir sus impotencias y en la que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?»³³.

Hay también otras formas de pobreza, la de aquellos que buscan por múltiples caminos y tienen hambre de felicidad. Deben ser una prioridad en este momento. Hay que buscarlos y una manera primordial de hacerlo es mantener las puertas abiertas, ofreciéndoles con obras y palabras a quien quita el hambre para siempre, Jesucristo. Esto es lo que, más o menos conscientemente, buscaba el hijo menor, como lo buscan hoy muchas personas de todas las edades. Tras una temporada al margen del padre, discernió y se puso manos a la obra: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre».

Estoy seguro de que hay a nuestro lado, muy cerca de nosotros, personas así. «Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo»³⁴, aquella vida de la que había disfrutado el hijo menor antes de salir inopinadamente del hogar familiar. El padre le ofrecía todo para ser feliz, pero él creyó que en otros lugares lo sería aún más, viviendo al margen de Dios «como un perdido». Nosotros, quienes anunciamos el Evangelio, podemos dar por supuesto todo, como el hermano mayor. Nos podemos haber acostumbrado a vivir espiritualmente a medio gas, mediocrementemente instalados, sin disfrutar intensamente de todo lo que Dios y la Iglesia nos ofrecen. El hijo mayor no era mala persona, pero había perdido la capacidad para el asombro, la sorpresa y la gratitud. De algún modo, vivía rutinariamente y sin ilusión. En el fondo, disfrutaba de todo lo que tenía el padre, vivía egoístamente y le sabía mal hacer partícipe de las riquezas del padre a su hermano, especialmente después de

³² EG 200.

³³ EG 199.

³⁴ EG 49.

haber derrochado su parte. Paradójicamente, en cierto sentido, el hijo menor vivía más apasionadamente, aunque inicialmente orientara mal su deseo.

El Señor nos ha pedido «que nada se pierda». Ese desafío misionero es a lo que os quiero convocar este curso. «La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» y para colmarlo hace falta pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera»³⁵. Nosotros, la Iglesia que peregrina en Madrid, deseamos responder a esta situación con todas las fuerzas de las que seamos capaces.

Es irremplazable la acción misionera y es una gracia para todos nosotros que podamos asumir este reto misionero en estos momentos. Muchas comunidades cristianas lo habéis emprendido ya, y se manifiesta en muchas tareas, acciones, compromisos que ya lleváis a cabo. Sois conscientes de que hay hermanos nuestros que, como el hijo menor, no han encontrado lo que les llene el corazón y dé respuesta a sus más hondos interrogantes y viven con «hambre» y experimentando «necesidad».

«La actividad misionera representa el mayor desafío para la Iglesia», como nos recordaba el Papa san Juan Pablo II en *Redemptoris missio*³⁶. Y requiere que nos acerquemos a los espacios donde podemos encontrar a quienes un día, como el hijo menor de la parábola, marcharon de casa. Lo hemos de realizar fundamentalmente en tres ámbitos: 1) En el de la pastoral ordinaria, «animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que regularmente frecuentan la comunidad y se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del pan de vida eterna». 2) En el ámbito de las personas bautizadas, «que no viven las exigencias del Bautismo, no tienen una pertenencia cordial con la iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe». 3) Buscando a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado; «muchos de ellos buscan a Dios secretamente, todos tienen derecho a recibir el Evangelio».

En esta encíclica, *Redemptoris missio*, san Juan Pablo II nos invitaba a reconocer el gran desafío que sigue siendo actual para la Iglesia: «Es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio a los que están alejados de Cristo, porque

³⁵ EG 15.

³⁶ San Juan Pablo II, *Redemptoris missio* 40.

esta es la tarea primordial de la Iglesia»³⁷. Hemos de salir en búsqueda de todos los hombres y mujeres. Urge que no nos quedemos en una espera pasiva. Necesitamos realizar una pastoral misionera más incisiva. A veces tendremos que ser creativos, buscando nuevas formas de trabajo más zonal y en equipo –el arciprestazgo debe ser nuestra aproximación más realista y de futuro–, otras habremos de reinventar, en otras ocasiones seguiremos los modos que ya sabemos y la tradición ha experimentado como acertados, pero siempre sintiendo que no somos protagonistas sino colaboradores del Señor, al que nunca pediremos lo suficiente los dones de la sabiduría y de la humildad. Y hagamos unas u otras cosas, las haremos siempre en fraternal comunión diocesana. Ser uno para que el mundo crea³⁸ sigue siendo la primera condición imprescindible para la efectividad y la credibilidad de nuestro mensaje. Estoy seguro de que ese buen hacer de los pastores que animan las comunidades parroquiales, cada vez menos y con más frentes, la disponibilidad de la vida consagrada y la generosidad y piedad de nuestro laicado son la mejor garantía de que, con la ayuda del Señor, seguiremos contagiando el amor del padre misericordioso con renovada ilusión.

5.- Separado de Dios: «Se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada»

¡Qué hondura tiene para nosotros este contrato que le hacen al hijo que marcha de casa! Al margen del padre, al margen de Dios, se nos ofrecen muchos contratos. Los hay de todo tipo, pero no llenan la vida y el corazón de quien abandonó la casa del padre y se alejó de Dios. Surge inmediatamente una pregunta: ¿qué pueden ofrecernos realmente valioso al margen de Dios? En esta página del Evangelio se nos muestra cómo el hijo pródigo, en su loca carrera en busca de una imposible felicidad, acabó apacentando cerdos. Olvidó que, al margen de Dios, todo lo que se presenta seductoramente tiene la medida de los hombres. En estas ofertas de felicidad fugaz y pasajera no hay sabiduría liberadora, ni capacidad para llenar la vida, no colman verdaderamente lo que anhela nuestro corazón: «nadie le daba nada». Los sucedáneos de plenitud no nos abren a los demás, porque esa

³⁷ *Ibid.*, 280; 287; 333.

³⁸ Cf. Jn 17, 20 ss.

apertura a la alteridad se da solamente cuando nos abrimos a un Dios que nos hace descubrir que somos hermanos de todos los hombres. Solo Dios nos hace ver las auténticas medidas que tiene el ser humano. En palabras de san Juan Pablo II: «El hombre es la medida de las cosas, pero Dios es la medida del hombre». Por eso nos ha hecho a su imagen y semejanza.

El Señor siempre habla al corazón. Quiere advertirnos de los extremos: huir de la casa del padre, dilapidando la fortuna o vivir formalmente junto al padre pero quejosos y sin alegría. Felizmente para los dos hay futuro. Un futuro prometedor que solo abren la paternidad y la compasión de Dios. Por eso, es necesaria la vuelta a lo sagrado. En el fondo, a pesar del secularismo, en muchos hombres y mujeres hay sed de lo sagrado y ansia de infinito. En este contexto, hay que recordar la advertencia del Papa Francisco: «La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios»³⁹. La sed de Dios, la sed de padre en una cultura con signos evidentes de orfandad, está presente en el hijo que marchó de casa y en su valiente decisión de volver.

El hijo pródigo buscó la felicidad donde era imposible encontrarla. Sin embargo, suponemos que no debió de perder memoria del amor y de la unión que su padre tenía hacia él y con él y que a él podía tornar en cualquier momento. Viviendo entre puercos, había perdido todo menos un tesoro que no pudo dilapidar: ¡la filiación! Apesar de haberlo matado simbólicamente en vida pidiéndole la herencia ¡seguía siendo hijo de su padre! Seguramente en los momentos más duros intuía que solo un amor desmesurado podía haberle regalado plena libertad para abandonar su familia y equivocarse. Igualmente, seguro que este hijo barruntaba que, con no menor infinito amor, el padre seguía aguardando pacientemente su retorno y que permanecía tantos interminables días con los brazos abiertos, dispuestos para un entrañable abrazo de acogida incondicional y sin preguntas incómodas.

³⁹ EG 89.

Como recuerda H. J. M. Nouwen en *El regreso del hijo pródigo*⁴⁰, Judas traicionó a Jesús y Pedro lo negó. Ambos se comportan como auténticos hijos perdidos. Sin embargo, las reacciones son muy diferentes. Pedro optó por la vida y se acogió de nuevo a la misericordia de un Dios misericordioso que sustituyó las tres negaciones por tres oportunidades de confesar fragilidad y amor. Judas dio más importancia a su pecado y a su propia culpabilidad que a la misericordia divina y optó por la muerte.

El hijo pródigo había perdido todo menos la filiación. ¡Seguía siendo hijo de su padre! ¡Qué energía tiene el saberse en lo más hondo de su corazón hijo de su padre! Esto es lo que le permitió iniciar el camino de vuelta a casa. La pérdida de todo lo llevó al cuestionamiento más radical: llegó a desear el trato de los cerdos; entonces cayó en la cuenta de lo que os repito tantas veces en mis homilías y escritos: solo el padrenuestro nos abre a la filiación divina y nos convoca a un mundo de hermanos.

Comprendamos y contemplemos la tremenda experiencia de este hijo menor que fuera de la casa del padre se dedicó a lo más bajo, a cuidar cerdos. Este vivir desde sí mismo, ayuno de referencia ninguna, le hundió en el abismo. Sin embargo, como tantas veces nos ocurre a nosotros, el tocar fondo le hizo entrar en lo más profundo de su corazón, ahí donde susurra Dios, para acabar decidiendo el regreso a la casa paterna.

6.- Recapacitar y tomar conciencia de quién soy: «Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre»

«Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”». ¡Cuántos hombres y mujeres experimentan en lo profundo de su corazón volver a tener padre! Hoy hay necesidad de padre, se busca al padre. Es decir, tienen necesidad de experimentar el cariño y el amor más grande, que es el que Dios nos da gratuitamente.

⁴⁰ Cf. H. J. M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. PPC, Madrid 1993, Parte I

La respuesta del padre, es decir, de Dios, es de una belleza tan indescriptible que nos hace entrar en la hondura del amor y de la misericordia del Señor. Al mismo tiempo, nos muestra de una manera viva hasta dónde llega la medida del amor y de la misericordia de Dios. «Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos». Quisiera que entrásemos en lo que es constitutivo del padre: su misericordia. ¿Cómo hacer que nuestros contemporáneos experimenten hoy la misericordia de Dios? ¿Cómo convocar a tantos hombres y mujeres a dejarse abrazar por Dios? Con ese abrazo de un padre que no pide explicaciones, que es tan profundo que alcanza la vida entera y la rehabilita sin pedir nada a cambio.

Los hombres no somos capaces más que de hacer contratos y generar relaciones de intercambio ajenos a la lógica del don. Somos más capaces de dar que de cuidar. Pero en el feliz encuentro entre el padre y el hijo descubrimos que ningún pecado es más grande que la misericordia de Dios. Es más, si el Evangelio es Buena Noticia, este texto del que hago una lectura sapiencial nos lleva al corazón mismo del Evangelio. Por eso, no es de extrañar que esta parábola haya sido llamada «el evangelio dentro del Evangelio».

Realizar la misión de la Iglesia ha de tener como lugar de aprendizaje esta página del Evangelio. En ella vemos cómo es el obrar de Dios. Jesús muestra, en concreto y sin ninguna ambigüedad, cómo debe ser el obrar de sus seguidores desde el actuar misericordioso de Dios. El Señor quiere abrazar a todos y hacerles ver que el gozo y la esperanza están en el mismo Dios. Ni es un mal hijo el que se marcha, ni es bueno el que se queda. Los dos necesitan experimentar el abrazo incondicional de Dios. Realmente, el bueno es el padre: es Dios, que abraza a los dos, que devuelve la alegría verdadera, que envuelve en su amor y que se desborda regalándoles todo lo que Él es, hasta hacer una fiesta eterna a la que invita a todos. Emociona contemplar al padre corriendo para abrazar al hijo que vuelve; el padre olvida su edad y dignidad y se pone a correr para abrazarlo y cubrirlo de besos.

Hace años, comentando esta parábola en la cárcel de Soto del Real, uno de los internos me dijo: «Yo creo que el hijo prodigio es una estafa, es un hipócrita y un holgazán; es peor que yo, porque yo no he tenido la cercanía de Dios. Yo he empezado a saber algo de Dios en la cárcel, pero él sí sabía y, sin embargo, derrochó todo lo que había recibido de Dios. En realidad, su vuelta a Dios es porque se quedó sin nada. Su motivación de volver a casa del padre fue egoísta, fue por

hambre, no fue por arrepentimiento. Él recapacitó por necesidad y no por amor». Es verdad que la reacción del padre no sigue la lógica del comportamiento humano y que solamente se entiende su reacción entrando en la lógica de Dios. ¿Qué dice el padre al hijo mayor? Que hay que celebrar un banquete y alegrarse y lo tenemos que hacer tú y yo juntos, con tu hermano que ha llegado. Este ha de ser nuestro modo de vivir: regalar el amor incondicional del padre a todas las personas y en todas las situaciones que vivan. Tú, que habías estudiado y conocías esta página del Evangelio, en la enfermería de la cárcel, me dijiste más o menos estas palabras: «¡Cómo alcanzan mi corazón esas palabras del padre al hijo que se molesta por la fiesta que va a organizar el padre ante la llegada del hijo nuevamente a casa, “todo lo mío es tuyo”!». Y terminaste diciéndome: «Gracias, hoy me ha llegado la noticia que necesitaba, pero de la que no era consciente, muchas gracias». Gracias a ti. Como tú hay muchos que aún no se han dado cuenta de lo que Dios nos quiere y de la gratuidad de su amor.

Ojalá sepamos vivir y ofertar en estos momentos lo que Dios nos ofrece, su abrazo incondicional que nos devuelve a la alegría. Hoy tenemos hombres y mujeres, jóvenes y niños que se marcharon. Los motivos son muy diversos, pero es cierto que tienen necesidad de oír que Dios los quiere, los abraza y cuenta con ellos. Me agrada recordar lo que hemos de ser como Iglesia con unas palabras del Papa Francisco: «Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»⁴¹. ¿Nos atreveremos a vivir en nuestras parroquias siempre así, mostrándolo con obras concretas?

Con la multitud de tareas que se nos presentan en la vida, hay momentos privilegiados de silencio en los que tomamos conciencia de lo que somos y de lo que hacemos. Hay momentos en los que caemos en la cuenta de que nos falta algo, de que estamos tristes y desalentados, en los que nos preguntamos «qué nos pasa para no saber lo que nos pasa». Si ese momento de lucidez coincide con la gracia

⁴¹ EG 114.

del anuncio de que tenemos un padre que nos ama, nos espera, nos alienta y nos abraza, el regalo que habremos hecho es inconmensurable.

El Papa Francisco nos dice que «en la ciudad, lo religioso está mediado por diferentes estilos de vida, por costumbres asociadas a un sentido de lo temporal, de lo territorial y de las relaciones, que difiere del estilo de los habitantes rurales. En sus vidas cotidianas los ciudadanos muchas veces luchan por sobrevivir y en esas luchas se esconde un sentido profundo de la existencia que suele entrañar también un hondo sentido religioso. Necesitamos contemplarlo para desarrollar un diálogo como el que el Señor desarrolló con la samaritana, junto al pozo, donde ella buscaba saciar la sed»⁴².

En las grandes ciudades uno se pierde en tantos frentes que nos aparecen: familia, educación de los hijos, trabajo, distancias, barrio en el que vivimos, relaciones sociales, ocio, noticias, individualismo, vida hacia fuera de uno mismo, poco tiempo para pensar, multitud de ofertas de alcance muy diferente... Es más difícil entrar en uno mismo, pero lo necesitamos como el respirar. Y precisamos expertos en acompañar para vivir la experiencia del amor de Dios, la experiencia de paternidad en la gratuidad, del amor sin más, de regresar al lugar del que nunca deberíamos haber salido.

Al mismo tiempo, aparecen necesidades reales que nos impulsan a entrar en nosotros mismos. En la ciudad somos muchos, pero abunda y se multiplica la soledad en los mayores, en las familias, en los jóvenes, en los niños. Estas circunstancias constituyen una llamada para que desde la Iglesia ofertemos espacios para tomar conciencia de quiénes somos, de que tenemos un padre que nos ama incondicionalmente. La Iglesia tiene y debe hacerlo como lo hizo siempre. La fuente de su creatividad es Dios mismo. Es verdad que hoy existen muchas ofertas, pero no ofrecen sentido. Hemos de buscar la originalidad y el plus que han de tener las nuestras. Eso pasa por ayudar, de múltiples modos, a sentir el gozo de ser abrazados por el amor misericordioso de Dios, generando espacios de oración y de comunión que alcancen el corazón de las personas por su capacidad de atracción y significatividad. Para el hijo menor tenía un gran significado la casa del padre. Por

⁴² EG 72.

eso, cuando toma conciencia de quién es, de lo que dejó atrás y, sobre todo, de que es hijo y tiene padre, se pone en camino hacia ella.

Hemos de utilizar las mediaciones tradicionales y también buscar nuevos modos de relación con Dios para tomar conciencia de quiénes somos en verdad, para recapacitar y entrar en lo más profundo de nosotros mismos y descubrir que hemos de volver al hogar donde teníamos todo, porque nos envolvía y dinamizaba nuestra vida el amor del Señor.

Uno de los desafíos más importantes que tenemos hoy es recuperar la identidad de cada ser humano. Esto solo se lleva a término a la luz de quien nos creó y diseñó. La verdad del hombre se descubre a la luz de la verdad de Dios. Por ello el encuentro con Dios no es una cuestión secundaria. Hoy hay muchos seres humanos que vagan sin sentido lejos de la casa del padre; recuperarán su identidad volviendo a la atmósfera del amor que solamente Dios puede dar.

«Me levantaré y me pondré en camino adonde está mi padre». Esta frase marca el punto de inflexión en la parábola. El perdido ha empezado a ser encontrado. Este giro recuerda el que siglos después protagonizaría san Agustín, al que ya me he referido como actualización del hijo pródigo. Después de llevar una vida más que ligera, proclamó: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y ved que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no lo estaba contigo»⁴³.

7.- Reconocerse pecador: «No merezco llamarme hijo tuyo»

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo tienen necesidad de experimentar la misericordia y el perdón de Dios. El alejamiento de Dios y la falta de experiencia de sentirse perdonados genera una cierta dificultad en nuestros contemporáneos para vivir esta dimensión tan fundamental para la convivencia. «Perdono, pero no olvido», «esto es imperdonable»... son expresiones demasiado frecuentes. Ayuda

⁴³ San Agustín, *Confesiones* X, 27, 38.

poco a vivir el perdón la ignorancia de un Dios que nos espera, como el padre de la parábola, que no hace ascos a nuestra vida, que no lleva cuenta de nuestros errores y cierra los ojos a nuestras miserias. Es el recuerdo y la añoranza del amor que tenía en casa junto al padre lo que levanta y pone en camino al hijo. Seguro que recordaba muchos momentos en los que de niño fue perdonado. Ahora está necesitado como nunca de ese amor y de esa reconciliación. Recordemos que el ser humano no conquista su ser contra Dios, sino asociándose con Él para enfrentarse aun a sí mismo para acabar reconciliándose con su Creador. Por eso, la experiencia del perdón nos hace renacer a la más limpia imagen y semejanza de Dios Padre. Por eso, el hijo acaba confesando: «No merezco llamarme hijo tuyo». En ese sentido, el pecado no es humano; el pecado siempre deshumaniza porque distancia de Dios. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, no cometió pecado. Es la llamada divina más plena a vivir lo humano. De ahí que solo se comprenda al ser humano a la luz de Cristo⁴⁴.

Por nuestra parte, os invito a que ofrezcamos acogida, invitemos a levantarse a cada cual de sus postraciones, presentemos el camino nuevo en el que puedan encontrar lo que les falta y facilitemos el regreso a la casa del padre. Estemos atentos y pongamos todos los medios para que el regreso sea sanador y reconciliador y promueva una vida llena de la misma esperanza y con el mismo amor misericordioso que hemos recibido incondicionalmente. ¿Por qué no hablar de Jesús? ¿Por qué no contar que Él regala y da fuerzas para vivir y hacer vivir a quienes estén a nuestro lado? ¿Por qué no sugerir entrar en una conversación con Él que nos lleve a tomar la decisión de levantarnos de la postración en la que estemos? ¿Por qué no reconocer que el habernos apartado del amor del padre ha sido lo que ha frustrado nuestra vida y ha hecho infelices a quienes están junto a nosotros, pues no damos más que *quejumbres*?

¡Qué hermoso es vivir envueltos en el amor de Dios! Esto es lo que buscan todos los hombres, incluso aquellos que no tienen noticia de Dios. No lo saben, pero tienen necesidad en sus vidas de Él. No le dan nombre, pero intuyen que está más allá de ellos mismos y por eso lo buscan de múltiples maneras. Quizá la más sencilla es aceptar ser acompañado por la Iglesia y sencillamente decir «aquí estoy, Señor».

⁴⁴ Cf. San Juan Pablo II, *Redemptor hominis* 8.

Es importante que nuestras comunidades cristianas sean expertas en regalar lo que el Señor nos ha dado. No es tan importante su edad media como la intensidad de su fe y su celo evangelizador. Deben ser espacios donde se vive y se celebra el perdón, la fraternidad mutua, el cuidado de los más frágiles, el amor a los enemigos, el cuidado de la oración y de la vida sacramental... que son la mejor convocatoria para quienes vagan perdidos.

Los cristianos somos los primeros que tenemos necesidad de encontrarnos con el Padre y fortalecer nuestra vida teologal. Jesucristo no solo nos habla de la misericordia de Dios, Él mismo es la misericordia que se ha hecho carne y ha tomado rostro humano. Por eso hay salida para el hijo que marchó de casa buscando libertad, vivir por sí mismo y a su antojo. Aunque haya malgastado todo, nunca se quedó sin el vínculo que permite desandar el camino: el amor de un Dios que perdona. Esos deseos de llenar la vida del amor incondicional de Dios están en todos los hombres, están en ti y en mí, están en todos los que tenemos viviendo a nuestro alrededor, en la gran ciudad se manifiestan de una manera más clara. Regalemos, como Iglesia, en nombre de Jesucristo, el amor de Dios. Busquemos entre todos modos, acciones, momentos, lugares, tareas, en los que nos hagamos expertos en acoger ese amor incondicional de Dios y en testimoniarlo y transmitirlo.

8.- Epílogo festivo: el padre recupera a los dos hijos

La sabiduría que vemos en el padre de la parábola culmina con el encuentro con su hijo pequeño: lo abraza, lo cubre de besos, le restituye los atributos familiares y hace una fiesta a lo grande. El hijo mayor parece perplejo y sorprendido y no acepta la invitación del padre a participar del gozo familiar del reencuentro. No le parece correcta la actitud del padre: «Se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo». Finalmente, hablándole al corazón, le dijo: «Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado»⁴⁵.

⁴⁵ Lc 15, 31-32.

La verdad es que el Evangelio deja el final de la historia abierta. ¿Qué hará finalmente el hijo mayor? En cualquier caso, el empeño en recuperar al hijo perdido y la consiguiente fiesta acaba provocando que el padre ponga también en verdad al hijo mayor. Si el padre solo se hubiese centrado en el primogénito, olvidándose del pródigo, seguramente habría acabado perdiendo a los dos. El pequeño no habría experimentado las entrañas del padre misericordioso y el mayor no habría caído en la cuenta de cuánto estaba recibiendo cotidianamente; se mostraba incapaz de compartir la alegría del padre y, peor aún, la dicha de recuperar a su hermano. Uno se fue a deshora y de mala manera; el otro ahora se resiste a entrar en casa. En el fondo, aunque ambos lo ignoren, no son tan diferentes el uno del otro.

Quiero pensar que el hijo mayor, atrapado en la «jaula del rencor»⁴⁶ y herido por los celos, sería finalmente persuadido por su padre de la necesidad de una plena reconciliación familiar. Es verdad que él había trabajado muchísimo en la hacienda, que su hermano pequeño había *matado* al padre en vida, que había perjudicado irremediablemente el patrimonio familiar, amén de las preocupaciones y el sinvivir que les había provocado. Pero era muchísimo más importante haber recuperado al hijo y al hermano. El mayor, con su actitud, se asemeja a los fariseos necios y acaba siendo un extraño en su propia casa.

Los dos hermanos necesitan experimentar la alegría de estar en casa y disfrutar del padre. Por su parte, el padre misericordioso nunca fomentó la competencia ni la rivalidad: igual que repartió entre los dos la herencia, quiere sentarlos ahora en el mismo banquete. Esa fiesta expresa la vida nueva en Cristo a la que somos convocados todos con independencia de nuestra ubicación personal.

Estoy concluyendo, pero no perdamos de vista el contexto de la parábola que os he propuesto. Muchos ponían en cuestión a Jesús y criticaban su cercanía a los pecadores y perdidos. La respuesta de Jesús en el Evangelio de Lucas son tres parábolas con idéntica pretensión: la oveja perdida, la moneda extraviada y el hijo pródigo. En las tres están presentes la dimensión misionera de salir al encuentro, la alegría del reencuentro y, sobre todo, que Dios es Padre misericordioso que no da a nadie por definitivamente perdido.

⁴⁶ La expresión es de F. Torralba, *El hermano del hijo pródigo. Del resentimiento a la reconciliación*. El Gallo de Oro, Bilbao 2021.

Nosotros hemos experimentado ese amor de Dios y su perdón en muchas ocasiones. Probablemente no siempre de manera tan radical. Pero se da en nosotros el deseo de comunicar la experiencia. Y ese deseo no tiene fronteras, no tienen límites, no solamente vale para los que nos parecen más cercanos o receptivos, sirve también para los que están más lejos o instalados en la indiferencia. No tengamos miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, a todas las periferias existenciales. El Señor, que busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor. Y nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quienes estemos: en el barrio o pueblo, en el estudio, en el trabajo, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado... No podemos renunciar a la misión de compartir el anuncio del Evangelio y mostrar a todos las entrañas misericordiosas del buen Dios.

Con gran afecto, os bendice y cuenta con todos vosotros para esta ilusionante misión.

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

Madrid, 15 de agosto de 2022, fiesta de la Asunción de María

Una propuesta de trabajo para este curso que, seguro, será enriquecida en las comunidades parroquiales

1.- La propuesta que os hago no es una utopía. Va en la misma dirección en la que hemos venido trabajando el Plan Diocesano de Evangelización (2015-2018), el Año Mariano (2018-2019) y el Plan Diocesano Misionero (2019-2022). Asimismo recoge las principales propuestas de la fase diocesana del Sínodo, que han establecido algunas prioridades en la misión y el retorno a la alegría del Evangelio. Sin pretensión de exhaustividad, es el caso de las principales aportaciones relativas a promover la acogida y la escucha, fomentar el espíritu comunitario, evolucionar con el tiempo, salir a las periferias y tender puentes, discernir y vivir en coherencia con el Evangelio, potenciar la vida espiritual mediante la oración, la vida sacramental y el encuentro personal con Dios, y cultivar la opción preferencial por los pobres y la justicia. Pensemos estas cuestiones en nuestras reuniones de arciprestazgo.

2. Mi invitación de este curso obedece al mandato misionero de Jesús: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19-20). La Iglesia nunca puede olvidar estas palabras, más en momentos de importantes cambios históricos y culturales. Estamos en una nueva época que exige un renovado esfuerzo por llevar a cabo una nueva salida misionera, como la que hicieron aquellos Doce que pusieron la semilla para que el mensaje fuera difundido en todos los rincones de la tierra.

3. No son idóneos para ejecutar esta propuesta quienes desde el primer momento dicen que esto es una utopía, que es irrealizable con los medios que tenemos. Más difícil debió de ser el comienzo de la predicación apostólica y eso no les impidió expandir por todas partes la alegría del Evangelio.

4. Os invito a que lo pensemos entre todos para hacerlo posible: mayores, jóvenes y niños. Siempre se puede anunciar el Evangelio. No vamos con nuestras fuerzas, nos acompaña la acción del Espíritu Santo, que sigue impulsando a la Iglesia como en el primer momento. El anuncio del Evangelio a veces requiere propuestas muy sencillas, pero significativas. No vale escudarse en el «siempre se hizo así»; a lo mejor hay que seguir haciéndolo así, pero no dejemos de actuar. Se trata de que nos involucremos, acompañemos y festejemos. Tampoco vale decir: «Es que somos pocos y mayores». Si es verdad, mejor: más experiencia y más capacidad para ser creativos y buscar otros hombres y mujeres, jóvenes y niños, que ayuden y acompañen en este anuncio.

5. Este plan misionero ha de ser realista y significativo, que todos los miembros activos de la comunidad se involucren. Ha de alcanzar a los que se sienten dentro para vivir más intensamente la misión de la comunidad y a los que están alejados, para los que hemos de buscar acciones que alcancen su corazón. Quizá, en algunos casos, sea lo que estamos haciendo ya. En otros, se pueden hacer propuestas arciprestales o que convoquen a diversos actores pastorales de la zona. Cada vez más estamos inequívocamente llamados a un trabajo arciprestal y en equipo. En cualquier caso se trata de redoblar nuestros esfuerzos y poner y dar un corazón nuevo: llamar, buscar, proponer, escuchar, regalar la presencia del Señor y hacer presente y protagonista a la Iglesia en los lugares concretos donde estamos presentes. Hemos de mostrar en nuestras comunidades el rostro de una Iglesia acogedora, que busca a los hombres y mujeres donde están, que sabe escuchar a

todos, que no margina a nadie, que a todos ofrece la alegría del Evangelio.

6. Todas las delegaciones episcopales y organismos diocesanos han de ponerse al servicio de este plan misionero. Han de hacer propuestas y escuchar a las comunidades parroquiales.

7. Todas las vicarías, tanto las territoriales como las sectoriales, han de involucrarse y promover este plan misionero, acompañando, alentando y haciéndolo fructificar en su ámbito.

8. A cada parroquia, a cada obra eclesial educativa, de caridad, de promoción, en los diversos niveles u otras, la invito a que, a partir de esta carta pastoral, elabore un plan de acción misionera (tareas, lugares, personas, acciones significativas), que alcance a todos los miembros de la parroquia, a los que están dentro de la comunidad cristiana y a los que están lejos. Podemos ofrecer ayudas reales en este trabajo. Podemos hacer las propuestas a través de murales y finalmente haremos una exposición de los mismos con el título *Caminando y llevando a todos la alegría del Evangelio*.

CARTAS

MOSTREMOS EL ROSTRO DE DIOS

7 de septiembre de 2022

Queridos hermanos:

Espero que hayáis pasado un buen verano; que los que habéis tenido vacaciones hayáis podido descansar y pasar tiempo con vuestras familias y amigos, y que, quienes habéis tenido que trabajar o quedaros aquí, también hayáis tenido buenos momentos.

Ha comenzado el mes de septiembre y, con él, se retoman muchas actividades y rutinas. Las oficinas se llenan de nuevo. Los niños y jóvenes comienzan sus clases. Vuelven los atascos, las prisas y los agobios... Espero que en medio de esta vorágine sepamos sacar ratos para detenernos, para hacer silencio y encontrarnos con el Señor. Él nos dará sentido y nos animará también a ir al encuentro de otros, especialmente de los que encaran este nuevo curso con miedo e incertidumbre.

Quienes formamos la Iglesia que peregrina en Madrid y en otros lugares de España, las parroquias, cada uno de los fieles, tenemos que hacer presente la Buena Noticia. Aunque esta siempre es necesaria, ahora que el mundo padece problemas graves y duros enfrentamientos, todavía lo es más.

Como recordó el Papa Francisco en la pasada fiesta de la Asunción, "no son el poder, el éxito y el dinero los que prevalecen, sino el servicio, la humildad y el amor". Mirando a la Virgen, añadió, "comprendemos que el verdadero poder es el servicio y que reinar significa amar" y "que este es el camino al Cielo".

En esta línea, el pasado domingo, en la beatificación de Juan Pablo I, el Sucesor de Pedro insistió en que este vivió "con la alegría del Evangelio, sin concesiones, amando hasta el extremo". Tal y como subrayó, Luciani "encarnó la pobreza del discípulo", que no pasa por "desprenderse de los bienes materiales", sino sobre todo por "vencer la tentación de poner el propio "yo" en el centro y buscar la propia gloria". Con su amplia y recordada sonrisa, aseveró, "logró transmitir la bondad del Señor". Que nosotros sepamos también acercar ese rostro de Dios a nuestros contemporáneos en este curso que ahora comienza.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

A LA MISIÓN TRANSFORMADOS POR EL AMOR DE DIOS

14 septiembre de 2022

Doy gracias a Dios por este inicio del curso pastoral. Y lo hago haciéndoos una petición que se convierte en propuesta: dejémonos llenar del amor de Dios. No es una utopía, es nuestra vocación y es la llamada que permanentemente nos está haciendo el Señor. Sabemos que el amor es el alma de la misión a la que está llamado todo cristiano. Si no estamos llenos del amor de Dios, lo que hagamos se reducirá a una actividad más de las muchas que hacemos, a lo mejor a una actividad filantrópica o social, pero a nada más. Muchas veces vienen a mi memoria aquellas palabras del apóstol san Pablo cuando dice que "el amor de Cristo nos apremia" (2 Cor 5, 14). Porque hemos de recordar siempre que el mismo amor que movió al Padre a mandar a su Hijo Jesucristo al mundo, y el mismo amor que movió a Jesucristo a entregarse para salvar a todos los hombres hasta la muerte en la cruz, es derramado por el Espíritu Santo en el corazón de los creyentes. Hemos de llevar la Buena Nueva de que Dios es amor; por eso quiere salvar al mundo y arde en deseos de que todos los hombres lo conozcan.

Al comenzar este curso, pongamos todos los medios para dejarnos transformar por el amor que se ha manifestado y revelado de una manera tan evidente

en Jesucristo. Todos los bautizados, unidos a Jesucristo, hemos de estar dispuestos a colaborar en la misión de anunciar el Evangelio. Para entenderlo, déjate hacer esta pregunta: ¿qué rostro de amor se manifiesta en Jesús en la parábola de la oveja perdida? ¿No te resulta llamativo que el pastor deje a las 99 y marche a buscar la perdida? Y llama aún más la atención que el pastor, cuando encuentra la oveja perdida, la cargue sobre sus hombros. ¡Qué belleza tiene ese retrato que Jesús hace de Dios en esta parábola! Dios cuida de nosotros y no se rinde, siempre regalando su misericordia. Este amor de Dios es el que se nos pide que regalemos a quienes nos encontremos; es un amor que va más allá de todo lo que podamos imaginar, que rompe nuestros esquemas y todos los esquemas de los hombres. Cada uno de nosotros somos valiosos para Dios y nos ama así, por muy perdidos que nos encontremos, por muy fracasados que estemos... Debes saber que Dios nos busca siempre para darnos su amor. Esto hay que decírselo a los demás, pero la estrategia es hacerlo con el amor de Dios. La escuela de la Eucaristía es un lugar precioso y valioso para aprender junto a Jesús a amar como Él.

Comencemos el curso con una convicción y un deseo en lo más profundo de nuestra vida: los cristianos somos misioneros, la misión brota de un corazón transformado por el amor de Dios. Por ello, déjate amar por Dios, deja que el amor de Dios penetre en tu vida de tal forma que sientas el deseo de comunicarlo a otros con obras y palabras. Hay que construir el reino de Dios en las familias, en el trabajo, con los amigos... Tenemos que hacerlo laicos y consagrados, juntos anunciando a Jesucristo con su amor.

En las comunidades cristianas debemos de poner en el centro el amor de Dios. El alma de la misión es el amor de Dios. Os digo con todas mis fuerzas que tendremos verdadero celo misionero, allí donde estemos, en las responsabilidades que asumamos, si todo está orientado por la caridad; todo debe brotar de ese profundo acto de amor de Dios, de ese amor que Dios tiene por cada persona. Como nos recordaba el Papa san Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio* el amor "es y sigue siendo la fuerza de la misión", así como "el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse". "Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno" (RM 60).

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

OFREZCAMOS ESPERANZA EDUCANDO

21 de septiembre de 2022

Acabamos de comenzar un nuevo curso escolar; son muchos los niños y jóvenes que acuden a las aulas de los centros educativos en todos los niveles de la enseñanza. Siempre, y de manera muy clara en este momento, los creyentes hemos de dar un testimonio común del amor de Dios que eleva la vida de los hombres, que nos hace alcanzar las medidas de la dignidad que Él nos otorgó y que nosotros no podemos limitar. La educación debe permitir el desarrollo de todas las dimensiones de la persona.

La educación es una cuestión de amor, pero no de cualquier amor. No puede estar al arbitrio de ideologías que muy a menudo hacen retoques de las medidas reales del ser humano y de las dimensiones que son constitutivas de la persona. La Iglesia, que tiene la misión de anunciar la Buena Nueva que nos trajo Jesucristo, siente la urgencia y el deseo de ofrecer las medidas del amor. Consciente de que la educación no solamente es transmitir determinadas habilidades o capacidades, sino también ofrecer la verdadera sabiduría y los valores que dan

fundamento a la vida, nunca estuvo lejos de la tarea educativa. A lo largo de los siglos y en todos los lugares de la tierra donde se hizo y se hace presente de modos diferentes, la Iglesia trató y trata de promover el verdadero desarrollo de la persona humana. La Iglesia sabe que anunciar el Evangelio supone también hacer caer en la cuenta a todos de las auténticas dimensiones de la persona, que han de desarrollarse para construir esta humanidad. La primera riqueza de un país son los niños y jóvenes y, por ello, hay que ofrecerles una educación integral que privilegia valores humanos y morales. Estos les permiten tener confianza en sí mismos; afrontar el futuro; preocuparse por otros, que son sus hermanos, y participar en el crecimiento de su nación con un sentido cada vez más profundo y acentuado de los demás.

La Iglesia, experta en humanidad, siempre ha querido ofertar el amor de Dios como contenido esencial para el desarrollo de la persona humana. Al proponer una manera de ser y vivir al estilo de Jesucristo, al recordar que somos imagen de Dios y hermanos, presta un servicio a toda la humanidad. De esta forma ayuda a promover el bien común y la paz entre los pueblos, alienta a responder a todos los sufrimientos que padece el mundo y que afligen a los hombres. Los creyentes estamos convencidos de la importancia del diálogo, la fraternidad, el perdón, la reconciliación, la humildad, el amor, el vivir para los demás y no para uno mismo... Educar para un cristiano supone vivir el contenido del padrenuestro y apostar por que todos los aspectos de la persona se desarrollen.

Ante los desafíos que hoy tiene la humanidad, la tarea de educar y de hacer hombres y mujeres que sepan lo que son en verdad es fundamental. Solo así serán libres y dadores de libertad a los demás. No utilicemos la educación para hacer esclavos de una ideología. Hay que educar en la verdad del amor, sin recortes. No podemos dejar de lado la gran cuestión del amor. Propongamos el amor cristiano: el amor a Dios y el amor al hombre están indisolublemente unidos. El amor al prójimo es un compromiso muy concreto, ya que no se contenta con palabras o con ideologías, sino que implica ir al encuentro del otro y atender sus necesidades. No bastan las acciones esporádicas, sino que la cercanía al hermano es una forma de ser y de vivir permanente.

Nadie puede ignorar la crisis comunitaria que estamos viviendo. En el mundo hay violencia, conflictos armados, persecuciones, violaciones de la dignidad

humana y ataques a la familia, faltan compasión y generosidad con los más vulnerables, como los migrantes a quienes recordamos en la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado de este domingo... Y por ello, hoy más que nunca, hemos de educar en la verdad del amor.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

VIVIR RENOVANDO SIEMPRE EL CORAZÓN

28 de septiembre de 2022

Hay unas palabras del profeta Ezequiel a las que siempre di vueltas y que me llevaron a entrar en mí mismo: "Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos" (Ez 36, 25-27). ¡Qué maravillas puede hacer el Señor cuando nos abrimos a su acción! Uno se hace consciente, cada vez que medita este pasaje, de que es de nuestro interior de donde nacen nuestras acciones. De ahí la importancia que tiene tener sano el corazón, es decir, sanar lo más hondo de nuestra existencia, que en la Biblia es el corazón. Por eso es tan insistente la llamada a cambiar el corazón o, mejor, a dejar que Dios nos cambie el corazón.

En este momento de la historia de la humanidad, cuando se producen tantos conflictos y tanta gente sufre, urgen los hombres y mujeres que dejen diseñar sus

vidas por Dios. Es de gran importancia que las personas dejemos que sea Dios quien cambie nuestro corazón, conscientes de que en este nacen las acciones, y nos abramos a Él. ¡Qué bueno es recordar aquellas palabras del apóstol san Pablo cuando con firmeza nos dice: "Con el corazón se cree" (cfr. Rm 10, 10)! En la Biblia aparece el corazón como el centro del hombre y es bueno tenerlo en cuenta para entendernos a nosotros mismos. Dejar que Dios toque el corazón tiene una trascendencia especial y singulariza a la persona humana.

Desde ese centro que es el corazón se realizan todas las operaciones y se mantienen unidas todas las dimensiones de la persona humana: cuerpo, espíritu, interioridad, apertura al mundo y a los otros, entendimiento, voluntad, afectividad... Solo así comprenderemos esas palabras que en múltiples ocasiones se nos dicen en la Biblia de maneras muy diferentes: "Os daré un corazón nuevo". Es fundamental dejar que Dios toque y cambie nuestro corazón. La fe, la adhesión a Dios, transforma a la persona, entre otras cosas, porque la fe nos abre al amor y nos transforma. Y todas estas dimensiones del ser humano se mantienen unidas gracias al corazón. ¡Qué hondura alcanza el corazón así entendido! Por él nos abrimos a la verdad y al amor, cambia nuestra existencia.

Seguro que en muchas ocasiones habéis escuchado estas palabras de Jesús: "Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Lc 12, 34). Más que nunca, en esta situación histórica que estamos viviendo, el horizonte es encontrarnos con todas las consecuencias con Jesús, que es nuestra vida, nuestra alegría. Urge anunciar el Evangelio porque quien cambia el corazón de los hombres es Dios mismo. Para cambiar este mundo son necesarios hombres y mujeres con un corazón nuevo. Me atrevo a hacerte esta pregunta: ¿tienes un corazón con deseos?, ¿o está cerrado y adormecido por tantas situaciones que te atosigan? No dejes que te anestesien el corazón. Permite a Jesús hacerte esta pregunta: ¿dónde está tu corazón?, ¿dónde está tu tesoro?, ¿qué es lo más importante en tu vida? Abramos el corazón al Señor; Él tiene una medicina para sanarlo cuando está enfermo... ¿Sabes cuál es? Su misericordia. Acude a Él.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

PALABRAS DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(2-09-2022)

Queridos jóvenes: gracias por vuestra presencia en este primer día de curso en el que nos juntamos, nos reunimos en la catedral, para hacer esta oración. Gracias de corazón. Habéis tenido diversos encuentros durante este verano, vacaciones... Habéis hecho caminos diversos por lugares muy distintos.

Hoy, el Señor nos reúne. Y en este primer día nos habla y nos llama a vivir la radicalidad en el seguimiento de Jesucristo Nuestro Señor. El Señor nos invita a seguirlo. No nos invita a dejar algo. Nos invita a encontrarnos con Él. Sí. Y hay tres afirmaciones que son radicales, y que el discípulo de Jesús tiene que descubrir, porque son las que nos seducen y nos invitan a vivir la belleza del Evangelio y la fuerza liberadora del mismo. La experiencia de Jesús resucitado no se puede vivir sin haber sido seducidos por la belleza de Jesús y de su Evangelio. Se nos ofrecen muchas cosas en la vida, muchísimas, pero sigue teniendo una fuerza especial la belleza del Evangelio, la radicalidad con la que Jesús nos pide que lo sigamos.

Durante estos días pasados he podido tener una experiencia viva de lo que significa en el mundo entero el seguimiento del Señor. Reunidos todos los cardenales del mundo en Roma, junto al sucesor de Pedro, junto al Papa Francisco, uno ha podido experimentar la seducción que sigue teniendo Jesús, la belleza de su persona, y la fuerza que tiene el Evangelio en la vida de los hombres.

¿Qué es el cristiano? ¿Qué es un cristiano? No sé si os lo habéis preguntado alguna vez. Cuando yo estaba preparando esta catequesis, sí que me lo preguntaba. ¿Qué es un cristiano? A veces, fácilmente aludimos a la respuesta que nos da el Evangelio, que está bien hecha. Pero, es más: el cristiano es aquel que se ha dejado seducir por la belleza de Jesús y por la fuerza liberadora del Evangelio. No ha encontrado a otra persona que le lleve, que le arranque de sus posiciones, tanto como Jesús. Y no ha encontrado ninguna palabra que entre tanto en el corazón del ser humano como la que nos dice Jesús en el Evangelio. Ha sido seducido de tal manera que, aun reconociendo el valor de las realidades humanas, la fuente de la vida para nosotros está en Jesús.

Y esto es lo que yo he querido hacer, queridos amigos, durante... llevo ya 26 años como obispo... En todas las diócesis donde he estado, hacía el mismo esquema que estoy haciendo aquí, en Madrid, para orar: en mi diócesis primera de Orense; en la archidiócesis de Oviedo; en la archidiócesis de Valencia; anteriormente, siendo sacerdote, en mi diócesis de origen, de Santander; y aquí, ahora, en Madrid. Sí.

Fue Dostoyevski el que dijo "la belleza salvará el mundo" en una obra, seguro que alguno la habéis leído, que se titula El idiota. Sí. El príncipe pregunta qué belleza salvará al mundo. Y no hay otra respuesta, queridos amigos, más que esta: Cristo. "No hay otra belleza en el mundo que pueda salvarlo", decía Dostoyevski. Y añadía: "Nada hay más bello, nada hay más profundo, nada hay más compasivo, nada hay más razonable, nada más perfecto que Cristo Nuestro Señor".

Y, al iniciar el curso, nosotros nos reunimos en torno a Nuestro Señor, realmente presente en el misterio de la Eucaristía. Y quisiéramos ir un paso detrás de Aquel que ha enamorado nuestro corazón, y ha enamorado a tantos y tantos hombres y mujeres a través de estos 21 siglos. Nos despierta en el corazón unas posibilidades ignoradas. Queremos ser seguidores de Jesús. Sí. De este Jesús que ha despertado energías nuevas, que nos ha sacado y nos saca de las zonas sombrías

de nuestra vida. Mirad: hoy más que nunca. Y se manifiesta realmente en la historia de la humanidad. Cuando esta mañana y esta tarde estaba preparando esta catequesis, y di un repaso a las situaciones que vive nuestro mundo, a las noticias que aparecían en los periódicos, que yo suelo coger todos los días y leerlos. ¿Qué noticias son? Sí: esas noticias nos hacen ser necesitados de poner los ojos en alguien que nos asombre, que nos haga sentir la mediocridad y el aburrimiento insoportable que el ser humano tiene cuando su vida carece de sentido, y se lanza a desechar a los demás, a no importarle los otros, a armar el lío que fuere...

Queridos amigos: Jesús está aquí. Jesús está en la historia de hoy. Jesús ha resucitado. Y Jesús se hace presente a todo ser humano. Es precioso esto. Si os habéis dado cuenta, el Señor hace una serie de afirmaciones que nos es necesario a nosotros el vivirlas y hacérselas vivir a los demás. Si os habéis dado cuenta, hace tres afirmaciones radicales en el Evangelio. Tres afirmaciones absolutas, que se reducen a tres palabras: elegir, seguir y hacer. El Evangelio que hemos proclamado nos invita a vivir y, sobre todo, a expresar con nuestra vida esas afirmaciones tan necesarias.

La primera afirmación la habéis escuchado: nos la dice el Señor con toda claridad. "Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre..." Parece una barbaridad esto... ¿Qué quieren decir de verdad estas palabras? ¿Acaso es que Jesús está en contra de la familia? ¿Acaso es que Jesús nos pide que dejemos de lado, y no nos preocupemos por la familia? Eso no es posible. La lengua hebrea carece de comparativos y superlativos, y tiene que valerse de exageraciones para expresar una idea. Lo llamativo es que se ha mantenido esta literalidad: alguien que elige a Jesús como valor absoluto de la vida para todo su quehacer. Para crecer como persona, para crecer en la amistad, para crecer en el amor, para aceptar al otro con todas las consecuencias... Si alguno se viene conmigo y no pospone... Sí. El valor absoluto es Jesús. La referencia última de la existencia humana es Jesús. Y esto es a lo que nos invita el Señor en esta primera oración que hacemos en este mes, cuando estamos comenzando el curso.

La segunda afirmación va en la misma línea: "Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío". Llevar la cruz hace referencia al trance degradante de un condenado a muerte en la cruz. El reo tenía que transportar él mismo la cruz. Llevar la cruz no quiere decir únicamente vivir con serenidad las dificultades y sufrimientos. Llevar la cruz quiere decir seguir el camino de Jesús, el que nos enseñó,

afrontando el camino con una confianza absoluta en Él. Es el camino que lleva a la vida.

Seguir. Elegir a Jesús como don absoluto. Seguir el camino de Jesús: es la segunda afirmación. Y la tercera es hacer: hacer el camino de liberación total de Jesús. "El que no renuncie a todos los bienes no puede ser discípulo mío". Camino de liberación. Se trata de una disponibilidad y una libertad interior para seguir a Jesús. El Evangelio es camino de liberación.

Queridos amigos: es una gracia tremenda para nosotros que en el primer día de oración que tenemos en este curso, el Señor nos invite a vivir la radicalidad de su seguimiento. Seguir no es dejar algo: es encontrar a alguien. Y esta noche nos encontramos nosotros con Jesucristo Nuestro Señor. Sí. Por eso lo elegimos. Por eso lo seguimos. Y por eso queremos hacer las cosas como Él las hace y las dice.

Quisiéramos ir un paso detrás de Aquel que nos despierta todas las posibilidades ignoradas que tenemos en nuestra vida. Queridos amigos: necesitamos poner los ojos en alguien que nos asombre; que nos haga salir de la mediocridad, del aburrimiento. Jesús está aquí. Está vivo. Está en la historia. Está presente.

Si os habéis dado cuenta, el Evangelio ha terminado hablándonos de dos comparaciones: del que quiere construir una torre, y del que va a dar una batalla. No se puede actuar por impulsos. El seguimiento de Jesús no es un fenómeno sensible que yo siento. No. No es fruto de la euforia. Exige escuchar la voz interior. El Evangelio de este domingo, que es el que hemos proclamado, nos confronta con Jesús como valor absoluto de nuestra vida.

Os hago estas preguntas, que ahora, en el silencio, podemos responder: ¿Es para mí Jesús valor absoluto de mi vida? ¿Es Jesús el que, en el encuentro con Él, me organiza la dirección de mi vida? ¿Puedo decir que he elegido a Jesús como lo más importante y lo más bello de mi vida? Quizá lo que tendríamos que decirle ahora, de rodillas, es: Señor, que podamos elegirte a ti. Tu eres camino de libertad y de verdadera alegría.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE INICIO DE CURSO DE LA CURIA DIOCESANA

(6-09-2022)

Queridos obispos auxiliares don José. Queridos vicarios episcopales. Queridos hermanos sacerdotes, todos. Queridos miembros todos que trabajamos en el anuncio del Evangelio, o por el anuncio del Evangelio y para el anuncio del Evangelio, en nuestra Iglesia diocesana.

Iniciamos el curso todos los que trabajamos en el Arzobispado. Iniciamos el curso con esta celebración de la Eucaristía y con este sentimiento que el salmo 149 nos regalaba a nosotros, y quisiera que lo tuviésemos en nuestro corazón: "El Señor ama a su pueblo". El señor ama a los hombres. Y el Señor nos está pidiendo a nosotros que ese cántico nuevo, que es la experiencia viva en cada uno de nosotros de su persona, resuene en medio de los hombres; que se alegren los hombres porque perciben que este canto, que llevamos en nuestras propias vidas y en la misión que tenemos, se realiza y es el que alegra a los hombres.

El señor nos invitaba a alabarlo, a cantarlo, a bendecirlo, porque fundamentalmente la experiencia más grande que podemos tener en nuestra vida, y la que podemos hacer tener a todos los hombres, es que el Señor nos ama, nos quiere, y quiere adornarnos en nuestra vida con el misterio de su presencia en cada uno de nosotros. ¡Qué ilusión es poder colaborar en el anuncio del Evangelio! Y, para ello, hay que retornar a la alegría del Evangelio.

Sí. El Señor ama a su pueblo. Nos invita a hacer de nuestra vida un cántico nuevo. Y nos invita fundamentalmente a hacer fiesta en nuestra existencia, precisamente porque conocemos a Nuestro Señor, y nos impulsa Él a darlo a conocer a los demás.

Tres cosas, fundamentalmente, nos pide el Señor a nosotros al iniciar el curso, y que en la Palabra de Dios que hemos proclamado están presentes: en primer lugar, vivir la fraternidad; en segundo lugar, la cercanía, a Dios y a los hombres; y, en tercer lugar, el Señor nos invita a curar, a hacer ofertas de curación a los hombres con la fuerza de Nuestro Señor Jesucristo.

Queridos hermanos: malamente haremos nuestra misión y nuestro servicio si no está entre nosotros la experiencia de la fraternidad que se comunica, que entra en el corazón de todos los hombres de una manera singular. No por nuestra fuerza. La fuerza la tiene la misma fraternidad que nosotros queremos impulsar en nuestra archidiócesis de Madrid.

Por eso el Señor, a través del apóstol Pablo, en la primera lectura que hemos proclamado, nos ha invitado a eliminar los pleitos entre nosotros. A nosotros nos une una persona, que es Jesucristo. Podemos tener opiniones sobre cuestiones muy diferentes, o diferentes, pero lo que nos une de verdad es la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Cada uno de nosotros que tenga, como dice el apóstol Pablo, ante los santos, el verdadero descaro. Abrir la vida a Dios. Abrir la vida entera a este Dios que tenemos que anunciar en este momento histórico que nos toca vivir. Desde cualquier punto de vista, nos dice el apóstol Pablo, nosotros tenemos que tener claro que el anuncio de Jesucristo Nuestro Señor es lo que nos une y lo que nos mantiene a nosotros trabajando, unánimes y concordes, en la Curia diocesana.

"No os llaméis a engaño" decía el apóstol Pablo a los Corintios en la primera carta. Nos os llaméis a engaño. Quizá antes de conocer a Cristo éramos de una

manera, pero en estos momentos, con el conocimiento de Cristo, lo nuestro es construir la fraternidad en medio de este mundo y a través de la Iglesia de Cristo. Fuera los pleitos entre nosotros. Opiniones podemos tener diversas, pero hay una única Persona, que es la que nos une, que es Jesucristo Nuestro Señor, y que es el que organiza nuestro corazón de tal manera que construimos sin darnos cuenta, cuando le tenemos a Él en nuestra vida, la fraternidad.

En segundo lugar, esto hay que hacerlo en la cercanía. Como Jesús. En la cercanía de Dios. El Evangelio que hemos proclamado es claro: Jesús subió a la montaña a orar. Jesús busca un lugar donde la relación con el Padre sea inmediata y sagrada. Y Jesús pasa la noche orando a Dios. Nosotros, como Jesús, el trabajo que realizamos, o lo realizamos en la cercanía a Dios, encontrándonos con Nuestro Señor, o malamente haremos nuestro trabajo. Cercanía a Dios para tener cercanía a todos los hombres, estén en la condición que fuere.

Sí. El Señor nos dice: construid la fraternidad. En segundo lugar: hacedlo en la cercanía a todos los hombres. Unos serán creyentes como vosotros. Otros, quizá, la primera noticia que van a tener de Nuestro Señor es la que a través de vuestro comportamiento llegue a todos los hombres.

Y, en tercer lugar, no solamente necesitamos vivir la fraternidad y la cercanía a Dios y a los hombres, sino hagamos una oferta: la que nos dice la el Evangelio. Curemos. La oferta de curación. Nos ha llamado el Señor para que curemos.

La página del Evangelio que hemos proclamado es clara: se paró, porque venían a oírlo; venían a que los curara; trataban de tocarlo. Queridos hermanos: esta es la gran tarea que tenemos nosotros también en cada uno de los trabajos que realizamos en la Curia diocesana y al servicio de toda la Iglesia que camina en Madrid. O lo hacemos en fraternidad, o no seremos creíbles; o lo hacemos en la cercanía, o nadie se enterará. Jesús nos enseña a ser cercanos. Y cuanto más ora y más relación tiene con Dios, más cercanía y necesidad experimenta de bajar de la montaña para encontrarse con los hombres. Y hagamos sobre todo esta oferta de curar. Nos ha llamado para que curemos. Junto al Señor. Venían a oírlo, pero sobre todo venían a que los curara. Trataban de tocarlo.

Dejemos que nuestra vida sea transmisora de la vida de Jesucristo en cada uno de los lugares donde nosotros estamos: desde que se entra por la puerta del

Arzobispado, hasta el lugar más pequeño que tengamos, donde alguien está sentado en su trabajo y viene alguien a vernos, a preguntar, a orientarse o simplemente a hablar. Que sintamos el gozo de ser hombres y mujeres que estamos en la misión, y llevamos el amor de Dios en esta misión. El amor del Señor. Constructores de fraternidad en la cercanía, y siempre curando. Nunca matando.

Que Jesucristo Nuestro Señor, que se hace presente en el misterio de la Eucaristía, nos ayude a vivir de esta manera.

En la Carta pastoral que he escrito para el inicio de curso, y que he titulado *A la misión. Retornar a la alegría del Evangelio*, os propongo esa parábola que tantas veces hemos escuchado: la parábola del padre misericordioso, donde hay dos hijos: uno que se marcha y otro que se queda en casa. Estos dos hijos necesitan retornar a la alegría del Evangelio, porque ninguno de los dos tiene esa alegría. Uno marchó, como hay mucha gente que marchó de nuestro lado, de nuestra casa, y es necesario que les llamemos, o que nunca llegó a entrar; y estamos los que estamos dentro, que necesitamos retomar esta alegría.

Como vengo haciendo desde que soy vuestro pastor aquí, en Madrid, para principiar el nuevo curso, busco siempre un texto y una página del Evangelio que nos acompañe, que nos de la luz del Señor, que nos marque la dirección en las acciones y planes pastorales que tengamos. Quiero destacar el protagonismo de la Palabra siempre del Señor, que nos señala la dirección, y nos abre caminos, y nos impulsa a caminar juntos sinodalmente, por supuesto al ritmo que cada comunidad cristiana tenga. Y yo he elegido la parábola del hijo pródigo, que a mí me gusta llamar del padre misericordioso, porque ahí el importante es el padre, que es Dios mismo.

Pido al Señor que penetre en nuestro corazón, que formule nuestra vida con la hondura que nuestra Iglesia diocesana necesita, y que nosotros colaboremos, porque sabemos que el ser humano no puede vivir sin amor. Pero no se trata de cualquier amor. Ha de ser un amor que envuelva de tal manera a la persona que nos haga sentir la originalidad irrepetible; la verdad incontestable; ese amor que abraza incondicionalmente todas las dimensiones del ser humano; ese amor que nos recuerda que nacimos por amor y para amar. Esto solo lo revela el amor de Dios, que vino al mundo y se hizo hombre con todas las consecuencias.

Al escribiros esta Carta pastoral, que dentro de poco tendréis en vuestras manos, en mi corazón de pastor está el deseo y el compromiso de salir ilusionado a vuestro encuentro para deciros lo que tenemos que anunciar y discernir; para descubrir la sabiduría de saber hacerlo en estas circunstancias históricas que nos toca vivir. Debemos hacerlo con verdad, con pasión, con intensidad, y sin escamotear nada. Habremos de anunciárselo a todos los hombres y mujeres contemporáneos nuestros, los que están con nosotros, los que marcharon y los que nunca entraron. Dios nos ama. No estamos solos. Hemos sido diseñados para amar, y Jesucristo ha venido a este mundo porque siendo Dios no tuvo a menos hacerse hombre y regalarnos la buena Noticia, en la que Él nos dice hasta adónde tenemos que amar.

Queridos hermanos: salgamos a la búsqueda de todos los hombres. Abramos nuestras puertas a todos. Salgamos a su encuentro. Hagámosles sentir la cercanía de Dios. La misma que nosotros, en el comienzo de este curso, queremos tener, donde el mismo Jesús se va hacer presente aquí, entre nosotros. Cercano, amándonos y pidiéndonos: "Id y anunciar el Evangelio". Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO

(25-09-2022)

Querido don José, obispo. Queridos vicarios episcopales. Hermanos sacerdotes. Querido delegado de Migraciones. Hermanos y hermanas todos.

Es precioso el salmo que hemos recitado juntos, en este día en el que la Iglesia, en España y a nivel universal, celebra el Día del Migrante y del Refugiado. Creemos en un Dios que mantiene la fidelidad siempre, que hace justicia para todos los hombres, que quiere dar pan a los hambrientos, que quiere dar libertad a los que se sienten esclavizados, que es capaz de abrirnos los ojos para ver las situaciones diversas que viven los hombres, que ama de verdad a los que quieren vivir y transformar este mundo y mantener la justicia verdadera entre los hombres. Este Dios, que reina por siempre; este Dios que nos ama y que nos quiere, y que la palabra de Dios que proclamamos en este domingo nos ayuda a descubrir cómo hacer posible la fraternidad, la verdad y la justicia entre nosotros. Cómo hacerlo. Cómo hacer posible que el ser humano se encuentre y sea ese ser humano que tiene

todo lo necesario para crecer en dignidad en todas las partes de la tierra: llegue de donde llegue, proceda de donde proceda.

La palabra de Dios que hemos proclamado puede resumirse en tres expresiones: confiar, combatir y vivir.

Sí. Confiar. Tal y como nos lo acaba de decir la profecía de Amós. Nuestra tarea esta tarde, aquí, en esta fiesta que estamos celebrando, recordando y mirando a los migrantes y refugiados, es hacernos esta pregunta que nos hace el profeta: ¿A quién confiáis vuestras vidas? ¿De quién os fiais? ¿Quién os da los criterios para vivir y para relacionarnos entre los hombres? Queridos hermanos: ¡Ay de los que se fían y confían en el monte de Samaria! ¡Ay de los que se fían en vivir en lechos de marfil, que comen los mejores carneros del rebaño pero que, sin embargo, no hacen nada por los que se encuentran a su lado! ¿A quién confiamos nuestra vida? ¿De quién nos fiamos?

Queridos hermanos: es esencial y es fundamental que nosotros tomemos decisiones. El futuro empieza para nosotros hoy, cuando escuchamos esta palabra de Dios. ¿Qué decisiones tenemos que tomar para que el proyecto de Dios sobre el mundo pueda realizarse, y se haga de verdad en esta tierra ya un reino de justicia, de fraternidad y de paz? Sí, queridos hermanos. ¿A quién confiamos nuestra vida? Los discípulos de Cristo, que estamos reunidos en su nombre, sabemos que nuestra confianza está en Él, en su palabra, en lo que nos ha dicho Él: "amaos como yo os he amado", "estad al lado de quien lo necesita", "levantad a quien está tirado", "acoged y poned en su lugar a quien está discriminado".

Hoy, la palabra del Señor nos habla precisamente de que, si de verdad confiamos en Dios, nuestras vidas no serán para nosotros mismos: serán para servir a los demás; serán para que los demás se sientan en un territorio propio, que no es prestado: es propio, es de ellos, porque es de todos los hombres, porque Dios lo ha hecho para todos los hombres.

Para organizar este mundo, queridos hermanos, es necesario que nosotros confiemos en este Dios que ha creado todo lo que existe; que ha mandado a su Hijo a este mundo y a esta tierra para decirnos el modo y la manera en que tenemos que vivir junto a los demás; que nos enseña que la vida del discípulo de Cristo es para dársela a los demás: no es para retener la vida de los demás en provecho propio. En

este sentido, queridos hermanos y hermanas, el arco que hoy se nos ofrece, en este día en el que recordamos a los migrantes y refugiados, es un arco que nos lleva a nosotros, a todos los discípulos de Cristo, a preguntarnos: Señor, ¿confiamos en ti? ¿Acogemos tu vida? Tú diste la vida por todos. Miremos al Señor en la cruz, queridos hermanos. No murió por unos pocos. Vivió y murió por todos los hombres: de todos los lugares, de todas las razas, de todos los pueblos... Por eso, en este día, nuestra pregunta como discípulos de Cristo y miembros de la Iglesia tiene que ser clara: ¿A quién confiamos nuestra vida? ¿A mis ideas? ¿A mis formas de pensar? ¿A Jesucristo Nuestro Señor?

En segundo lugar, el Señor nos ha invitado a combatir el buen combate de la fe. Han sido preciosas las palabras del apóstol Pablo a Timoteo, cuando le dice: "hombre de Dios"; "cuando yo os digo hombres y mujeres de Dios". Y señala las características del hombre y de la mujer de Dios: la justicia practicada, la piedad formulada, la fe vivida, el amor con las medidas de Cristo, la paciencia y no el cansancio para cambiar las cosas que vemos que están mal en este mundo, y todo esto con delicadeza. Combate el buen combate de la fe.

Es hermoso, queridos hermanos, hoy, poder escuchar de parte del Señor: primero, que nos invita a confiar en Él, a fiarnos de Él; y, segundo, a combatir el combate de la fe.

En presencia de Dios, como nos dice el apóstol Pablo, y le dice a Timoteo; en presencia de Dios, que da vida al universo; en presencia de Jesucristo Nuestro Señor, que nos reúne a todos esta noche aquí, para descubrir qué nos pide el Señor hacer por los migrantes y los refugiados; qué nos pide; en presencia del Señor se nos dice algo como muy claro, queridos hermanos: combate con la fe, con la adhesión a Jesucristo; conquista la vida eterna; la vida de Dios, para hacerla presente ya en este mundo; para formularla ya en este mundo entre los hombres: en los que vienen de lejos, en los que están cerca de nosotros, en los que tienen opiniones diversas a las nuestras, pero son nuestros hermanos... Combate el buen combate de la fe.

Queridos hermanos: sí. Confiar. Combatir. Y vivir. Y lo habéis escuchado en el Evangelio que acabamos de proclamar. El Evangelio de hoy es excepcional, porque nos ayuda a entender el momento que estamos viviendo con los migrantes y con los refugiados; porque describe la tragedia amarga que se repite en la historia

de la humanidad. Y Jesús ha tenido la lucidez para señalar que uno de los mayores obstáculos para la fraternidad humana es el afán de tener que se apodera de todos nosotros: ese afán que genera injusticia social, que genera la corrupción económica, que genera las situaciones de fraude, que genera este sistema neoliberal en el que estamos viviendo.

En la parábola aparecen unos detalles muy importantes, queridos hermanos. Para empezar, aparece el rico, que no le da nombre el Evangelio: no tiene nombre. No tener nombre en la cultura semítica significaba no tener una identidad profunda. Tenía muchas cosas, pero sin identidad. Ha perdido el nombre. Ha construido la vida en el vacío, y encima viste de púrpura y lino. Era el tinte escandalosamente caro utilizado por los reyes de su tiempo. Banqueteaba espléndidamente. Es decir, reducía la vida al tener, a la diversión, y le impedía ver la realidad del pobre Lázaro. El mendigo, sin embargo, no tiene nada, pero tiene nombre: se llama Lázaro, que en hebrero quiere decir "mi Dios es ayuda". Lázaro es el que pone la confianza en Dios. Este pobre es un mendigo, y su cuerpo no está cubierto de delicados vestidos: está cubierto de llagas, como la gente que llega de otros lugares, con necesidades fundamentales en la vida y que, sin embargo, ni siquiera las migajas a veces nos atrevemos a dar.

El texto dice que el mendigo estaba echado en su portal, cubierto de llagas, con ganas de saciarse con lo que tiraban de la mesa del rico. Existía la obligación moral, en la cultura judía, de recoger los trozos de pan caídos al suelo, y Lázaro ni siquiera tenía acceso a las sobras caídas de la mesa. Por eso, queridos hermanos, en este domingo, y en esta fiesta, nos encontramos con dos figuras de contraste, tal y como aparecen en el Evangelio: el rico, que lleva una vida llena de placeres, y el pobre, que ni siquiera puede tomar las migajas que los comensales tiran de la mesa. Además, el mendigo está acompañado de los perros, que en la tradición judía eran animales impuros, pero que eran más compasivos que el rico: lamían las llagas de Lázaro.

Como veis, nos encontramos con dos figuras de contraste: el rico que lleva una vida de placeres, y el pobre que ni siquiera puede tomar las migajas de los comensales. Podemos decir que esta parábola, a menudo, puede ser una descripción de nuestra sociedad y de la situación de nuestro mundo. Un hombre envuelto en lujos, que despilfarra, y un mendigo.

Millones de seres humanos que tienen que ir de un sitio para otro recorriendo el mundo para quitar el hambre, la miseria... Podíamos poner nombres de lugares desde donde nos llega tanta gente también a nosotros. Es importante: miles de emigrantes que cruzan el mar.

Ese pobre Lázaro yace a nuestra puerta, queridos hermanos. Cada uno puede hacer la transcripción que quiera con sus propias palabras, pero lo que sí es cierto es que masas de seres humanos están esperando para participar al menos de las migajas de los bienes de la tierra. Lázaro representa a millones de pobres de todo el mundo, que salen muy a menudo de las tierras donde nacieron para encontrar otros lugares donde poder, no solamente comer ellos, sino mandar dinero a quienes dejaron en los propios lugares de donde salieron. En nuestro mundo hay muchos Lázaros: muchos emigrantes. Muchos pobres. No tenemos que buscarlos lejos: los hay también en nuestro país, y los hay en nuestra propia ciudad de Madrid.

Y en el rico de la parábola podemos ver a veces ese sistema injusto. Injusto. Queridos hermanos: muchos creen que lo tienen todo, pero en realidad carecen de lo esencial, porque su vida está vacía de sentido. Y, en este día en el que recordamos al migrante y al refugiado, tomemos también conciencia todos nosotros de si de verdad nuestra vida tiene sentido profundo. De verdad.

Hay un diálogo, como habéis visto. Porque la vida del rico termina vacía de amor y de sentido. Le produce una muerte completa. Hay un diálogo entre el rico y Abraham. Y es significativa la respuesta de Abraham: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un mártir". Si no escuchamos la palabra de Dios, si la palabra no nos dice nada, las misiones no lograrán abrir nuestros ojos. Lo que ponen de relieve estas palabras es la ceguera y la insensibilidad que puede producir la riqueza y la buena vida que lleva el que vive solo en el consumo, en la preocupación de sí mismo y en la opulencia. Quien vive en el derroche, en el consumismo, se vuelve insensible y ciego para ver el dolor y la humillación de tantos seres humanos desamparados, hambrientos y avocados a la muerte y a la injusticia.

Como os dais cuenta, queridos hermanos, y sin salirme del Evangelio, la clave de todo el relato es que el rico no descubrió a Lázaro que estaba a la puerta, deseando las migajas que caían en la mesa. La clave de este relato en nuestra vida es que no descubramos de verdad a quien ha llegado de otros lugares y es mi hermano, y le tengo que hacer sitio y hueco.

Ciertamente, esta parábola es una advertencia seria de Jesús, de forma simbólica, en el lenguaje de la calle. Esta parábola nos recuerda que no podemos pensar en gozar de la vida y olvidarnos de vivir de verdad, de vivir como hermanos, de vivir dando la mano a quien llega, a quien necesita. Se pueden amasar fortunas tranquilizadoras, acumular experiencias compensatorias, vivir aturdidos por el éxito, pero fracasar en la empresa de llegar a ser plenamente uno mismo.

Hermanos y hermanas, en la vida de Jesús se nos revela que Dios está al lado de quienes más necesitan: de los pobres, de los emigrantes, de los refugiados, de los que por las circunstancias diversas han tenido que abandonar su propia tierra e incluso dejar a los suyos para ver si, yendo a otra tierra, logran mandarles algo para que puedan vivir y comer.

El que acoge en su corazón a Jesús y su Evangelio no puede organizar la vida centrado en sí mismo. Por eso, el Evangelio, queridos hermanos, es la gran revolución: no con armas, sino con el amor mismo de Dios. Me hace abrazar al hermano que necesita de mi amor y de mi cariño. El que acoge el Evangelio no puede vivir la vida centrado en sí mismo: necesita compartir con los demás, necesita solidarizarse con los más necesitados.

Yo quisiera que, en este Día del Migrante y del Refugiado que celebra la Iglesia, nosotros nos acordásemos en nuestra oración y le dijésemos al Señor: "Señor, más de la mitad de la humanidad anda como Lázaro, buscando migajas. Todos están a la puerta de nuestra sociedad del bienestar. Y tú, Señor, estás con ellos. Danos un corazón abierto para compartir; que nuestra confianza esté en ti; que Tú eres el único que llenas nuestra vida de esperanza, siempre. Siempre de esperanza".

Hermanos y hermanas: la palabra que el Señor nos ha regalado hoy nos deja inquietos. ¿A quién confiamos nuestra vida? ¿De quién nos fiamos? ¿Quién organiza nuestro corazón y nuestras salidas y entradas para estar con los demás? ¿Combatimos el buen combate de la fe? ¿Vivimos para los demás, o para nosotros mismos?

El Evangelio, como veis, hoy, describe esa tragedia que se repite en la historia de la humanidad. Esta tragedia de, a veces, no descubrir al hermano necesitado que llega; al que yo tengo que atender. Como nos recordaba el Papa Francisco en su mensaje en esta 108 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado: "El sentido

último de nuestro viaje en este mundo es la búsqueda de la verdadera patria, del reino de Dios inaugurado por Jesucristo, que encontrará su plena realización cuando Él vuelva en su gloria, pero que nosotros tenemos que hacer posible y hacerlo visible con nuestra vida".

Los dramas de la historia en la que estamos todos, nos recuerdan que a veces estamos muy lejos de la meta. De esa nueva Jerusalén que es la morada de Dios entre los hombres; que somos nosotros, queridos hermanos: la Iglesia de Jesús, morada de Dios entre los hombres. Pero esa morada de Dios se tiene que manifestar: que reine la armonía. Es necesario acoger a Cristo; es necesario vivir del Evangelio del amor; es necesario que las desigualdades, las discriminaciones... se eliminen. Nadie debe ser excluido. Construir el futuro con todos, en este caso recordando los migrantes y refugiados, significa reconocer y valorar lo que cada uno de ellos puede aportar en este proceso de edificación de nuestro mundo. Queridos hermanos; sois todos, somos todos, habitantes de la nueva Jerusalén, de la Iglesia. Mantengamos las puertas abiertas de par en par para que puedan entrar todos los extranjeros con sus dones. Que entren. La presencia de los migrantes y refugiados representa un reto enorme para todos nosotros. Sí. Pero también representa una oportunidad para crecer, para agrandar nuestro corazón.

Yo creo que ahora, cuando estamos escuchando esto, todos tenemos ganas de que nuestro corazón sea cada día más grande. Es más: los que llegan dinamizan, revitalizan, animan nuestra vida. Compartir con ellos la vida nos ayuda a vivir la catolicidad de este pueblo de Dios al que nosotros pertenecemos; de este pueblo de Dios que camina en esta ciudad, en esta archidiócesis de Madrid; de este pueblo de Dios al que se unen gentes venidas de otros lugares, y que pertenecen a nuestro pueblo.

Que Jesucristo Nuestro Señor, que se hace presente en el misterio de la Eucaristía, nos haga entender lo que significa en la existencia de un discípulo agrandar el corazón para que todos los hombres entren en él, y que todos sientan la ayuda de un hermano. Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE ENVÍO DE PROFESORES

(29-09-2022)

Querido vicario general. Vicarios episcopales. Deán de la catedral. Hermanos sacerdotes. Querida delegada de Enseñanza, Inmaculada. Querido Carlos. Hermanos y hermanas todos que trabajáis y tenéis este empeño por regalar el horizonte que Dios, en su Hijo Jesucristo, ha entregado a esta historia y a todos los hombres, con vuestra presencia en las diversas instituciones educativas.

Ofertamos, con la enseñanza de la Religión, libertad. Legitimamos con nuestra presencia la libertad que existe y que se tiene que dar en todos los lugares del mundo, pero al mismo tiempo ofertamos un modo de entender la vida, de expresarla y de manifestarla proponiendo la oferta de libertad, el proyecto existencial, humano y social que ha ofrecido Jesucristo Nuestro Señor a todos los hombres.

Cómo no hacer verdad lo que hace un momento recitábamos nosotros en el salmo responsorial: "Me levantaré. Me pondré en camino". Y, al mismo tiempo, decíamos: Misericordia, Señor, por tu bondad. Por tu compasión. Porque tú nos das

un corazón puro. Porque tú nos renuevas por dentro. Porque tú, cuando te acogemos en la vida, abres nuestros labios, y podemos proclamar una noticia distinta, diferente, que no nace de la fuerza de los hombres, sino que nace de la fuerza de Dios.

Pues, queridos hermanos, hoy celebramos esta Eucaristía y le damos el contexto del envío que la Iglesia, en este mundo que entendemos que cada día tiene que ser más libre, puede ofertar a todos los hombres y, especialmente, a los jóvenes, allí donde estéis vosotros educando.

La iglesia del Señor va caminando por el mundo entre las dificultades, pero también con la gracia y con la legitimación que la Iglesia ha ido conquistando en todos los lugares de la tierra donde se da libertad y donde se reconoce que lo que ofrece la iglesia en su misión es entrega de una manera de entender la vida que propicia el bien siempre de los demás, y una manera de entenderse uno a sí mismo que nos hace vivir con convicciones hondas y profundas, y no desorientados en la vida. Quizá el momento que vivimos en esta historia que tiene el mundo es un momento privilegiado para reconocer esto.

En un desayuno que tenía esta mañana con personas diversas, de grupos incluso políticos diferentes, no me dejaban de reconocer que la oferta que la iglesia hace es una oferta de libertad. Es la oferta de reconciliación. Es la oferta de fraternidad. Es la oferta de construir una relación entre los hombres que, crean o no crean, aportamos los que creemos en esa oferta, respeto, capacidad de entrega a quienes lo necesiten, sean quienes sean, y capacidad también para entregar la vida si hace falta por el bien de los demás. Os doy las gracias, como profesores que sois de Religión, como ofertadores que sois de libertad, de paz, de amor y de entrega a los demás.

Las lecturas que acabamos de proclamar, fundamentalmente podríamos resumirlas en tres palabras: capaces y confiados, buscadores y acogedores. En torno a estas palabras voy a intentar acercar a vuestro corazón lo que en verdad estáis ofreciendo desde la responsabilidad que tenéis como educadores y profesores en los centros educativos.

Capaces y confiados. No estáis aquí por pura casualidad, como nos decía hace un momento el apóstol Pablo, y así se lo comunicaba a Timoteo. Él daba gracias a Dios, y añadía: "Me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio".

Hoy se hace realidad, aquí, esto, queridos hermanos y hermanas. Yo doy gracias también porque el Señor se fió de mí para ser arzobispo de Madrid. Y el Señor, no solamente se ha fiado de mí, sino que me ha encargado un ministerio, que es dar a conocer el horizonte de existencia, el horizonte de compromiso, el horizonte de verdad y de vida que ofrece Jesucristo Nuestro Señor, y que históricamente se puede comprobar que esta oferta se ha hecho durante 21 siglos, y que tiene una capacidad de promover vida y verdad que no hay otra ninguna otra oferta capaz de mostrar lo que hoy la iglesia puede mostrar en la historia concreta de los hombres, tanto en los países de tradición cristiana muy grande, como puede ser Europa, como en los países de nueva evangelización. Capaces y confiados.

Y el Señor a mí me pidió también que me fiase de gente, de profesores y profesoras preparados como vosotros, para hacer esta oferta de libertad a todos los hombres. Y os ha hecho capaces. Y yo me fío de vosotros. Y os confío este ministerio, que no es cualquiera. En la construcción del ser humano, en el desarrollo del ser humano, hay ejes estructuradores de la existencia humana que son definitivos: el hablar y el promover, ofertar, estos ejes, es una necesidad. Siempre. Y es una oferta salvadora. Y es una oferta de libertad. Y es una oferta de construcción de la sociedad de una manera singular.

Gracias a Dios, he podido comprobar durante este curso en dos lugares donde he estado, centros oficiales, institutos, la fuerza que en los centros educativos tiene el profesor de Religión. Y la valoración que hacen del profesor o de la profesora de Religión. Yo os doy las gracias. Estáis aquí, entre nosotros, los que habéis hecho esto. Y he podido comprobar, por las reuniones después con profesores, y por el modo de acogerme incluso a mí, la maravilla que hacéis en esos lugares. De verdad que os lo agradezco de corazón. Sois como san Pablo: capaces y confiados. Como nos ha dicho esta carta de Pablo a Timoteo, podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que vosotros mismos presentáis. No dais catequesis, pero sí ofertáis una manera, un horizonte existencial de vida, de compromiso, que ciertamente, como nos ha dicho el apóstol, manifiesta que Cristo ha venido a este mundo para salvar, para hacer crecer al ser humano. Y ofertarle como modelo de existencia para todos los hombres es una tarea esencial.

Cristo os ha enviado. Y os ha capacitado. Y se fía de vosotros. Es verdad que el Señor lo hace a través de mí, pero cuando os entrego la misión, es un gesto de confianza absoluta. Capaces y confiados.

En segundo lugar, otra palabra: buscadores. A Jesús, como nos ha dicho el Evangelio que hemos proclamado, se acercaban publicanos y pecadores a escucharle. Había gente que murmuraba entre ellos, porque hacía la oferta de su predicación a todos los hombres. De Jesús decían: es que acoge a pecadores, y come con ellos. Todos los que se acerquen a vosotros, sean quienes sean, haced lo que hizo Jesús. Aunque a veces murmuren. Aunque a veces la gente, incluso de los nuestros, puedan decir: Y este, ¿con quién se junta? ¿Cómo lo hace? ¿Cómo se acerca a este profesor o a esta profesora?... Primero, en general, no sabemos nada de los demás, o muy poco. Y, por mucho que sepamos, más sabe Jesucristo, que nos dice que nos acerquemos a todos los hombres, porque todos son hermanos nuestros. Solían acercarse a Jesús publicanos, pecadores... Le escuchaban. Murmuraban algunos de los escribas y fariseos.

Queridos hermanos y hermanas: supongo que os harán llegar la Carta pastoral que al inicio de curso yo escribo para toda la diócesis, desde que estoy aquí. Y lo he hecho en las cuatro diócesis en las que he estado. Siempre. Marcando una línea, y marcando una dirección.

En la Carta pastoral, que he titulado A la misión... Siempre sabéis que elijo una página del Evangelio que me ayude, y os ayude a vosotros también, a hacer la reflexión que yo quiero proponeros. He elegido precisamente esta página. Yo la llamo del padre misericordioso, no del hijo pródigo, porque el importante aquí es el padre. El importante es Dios. Ante Dios puede haber varias actitudes, como vemos en los hijos: uno se marchó, pero el padre no le olvidó; estuvo siempre cercano a él. El otro se quedó en casa, pero no era precisamente un quedarse en casa para vivir con la misericordia que tenía el padre; la prueba es que cuando llega el hijo que se había marchado, y le recibe con fiesta y con..., protesta.

Estamos en un momento eclesial misionero, queridos hermanos. El Papa Francisco, en la primera exhortación apostólica que nos entregó, nos hablaba ya en sus primeras páginas que estamos en una etapa misionera. De anuncio. De cercanía a todos los hombres. Esta parábola que os propongo, la pongo ¿por qué? Porque hoy estamos en una situación en la que a veces tenemos gente dentro, como el hijo que se quedó en casa: protestones, no atraemos... Y cuando quiere entrar alguien, como que nos molesta que venga. No le dejamos sitio. Proponer como profesores la verdad del horizonte cristiano. Pero también es verdad que tenemos gente que se nos marchó de casa, que se han marchado. Y otros que nunca entraron. Y que hay

que buscarlos: tanto a los que marcharon, habiendo conocido lo que era, como a los que nunca entraron, pues hay que buscarlos.

Es un momento especial. Sed buscadores. Salid en búsqueda de los hombres. Salid, como profesores, con vuestro testimonio de vida. A mi me ha agradado mucho el encontrarme con claustros de profesores que valoran de una manera especial al profesor de Religión. Yo os lo agradezco. Y os felicito. Porque lo que hagáis, no es rutina. Es una forma de entender la vida desde vosotros mismos. Gracias de corazón.

Como os decía, sois capaces, os fiais de Dios y sois buscadores: salís a la búsqueda de los hombres. Y, en tercer lugar, la otra palabra es acogedores. Acoged siempre a todos. Entre los alumnos, e incluso entre los profesores, habrá de todo. Habrá quienes os consideran, y habrá recortadores de libertad que a veces creen que la Religión tiene que estar en no sé dónde. Limitar el horizonte de la existencia humana, aún para el que no cree, es engendrar en la vida y en la historia: engendrar cadenas que atan, que no nos hacen libres; dar libertad. Garantizar esa libertad hace a los hombres y a las mujeres grandes.

Sed buscadores de todos los hombres. Que el Señor os dé fuerza para acoger siempre a todos. En la clase tendréis, aunque se apunten a clase de Religión, alumnos que incluso por familia no están cerca, no practican... Acoged a todos. Quered a vuestros alumnos. Mostradles con vuestra manera de presentar la oferta de la Religión que no habláis en el vacío; que habláis de algo de lo cual tiene una necesidad imperiosa el ser humano. El vacío existencial que se está provocando en estos países nuestros que llamamos civilizados es tal fractura del ser humano que estamos viviendo las consecuencias que se están dando en todas las latitudes de estos países.

La Religión, y la oferta de la Religión, de hablar de lo religioso, no es secundario. No es secundario. Pertenece a una dimensión de la existencia humana. Que se puede aceptar o no. Pero pertenece.

Gracias por vuestra entrega. Gracias por vuestro trabajo. Dios nos muestra su misericordia de muchas maneras, pero, como nos ha presentado esta parábola, nos descubre lo increíble de un amor que profesa Dios a los hombres; que nos hace, cuando acogemos ese amor, formar una familia unida; valorar el desastre que supone la guerra; el enfrentamiento; la destrucción. Eso no es humano. Por supuesto,

no es de Dios. Estamos viviendo las consecuencias de la tragedia de relegar a Dios de la vida. Hay una encuesta que se ha hecho, entre psiquiatras y psicólogos, no solamente creyentes. Y ven esa tragedia. Hasta los no creyentes.

Queridos hermanos: gracias por vuestra entrega. Gracias por vuestro trabajo. En el horizonte de esta celebración de la Eucaristía, donde Jesucristo Nuestro Señor se hace presente; donde el Señor nos dice qué es el hombre y quién es el hombre cuando lo acoge a Él en su vida; qué capacidades nuevas tiene el ser humano cuando acoge a Jesucristo... Es verdad que no damos catequesis, como os decía. Pero acercamos una manera de entender la vida que ciertamente a algunos, en algún momento de su existencia, les puede llegar al corazón. Porque la verdad plena requiere la presencia de Dios en nuestra vida para explicar quiénes somos, cómo somos, para qué somos, adónde vamos, de dónde venimos, y si de verdad estamos haciendo algo que merezca la pena en este mundo.

Es necesario releer la historia humana. Pero la historia humana se puede releer también mirando que cuando ha faltado Dios, o se ha puesto en cuestión a Dios, las tragedias han sido terribles.

Acojamos a Jesucristo. Y gracias de corazón por vuestro trabajo. No puedo estar con todos, pero bueno. Si este año voy a otros dos institutos, también merece la pena. Y no me importa ir, aunque haya gente... Yo los sitios donde he ido, no he visto... Si lo han hecho por detrás, lo habrán hecho. Pero delante de mí, no solamente no he visto nada mal, sino todo lo contrario.

Gracias por vuestra vida. Y por la misión que tenéis. Y muy especialmente quiero dar las gracias a la delegada de Enseñanza por todo el trabajo, que no es fácil en nuestra diócesis; por la cantidad de gente que tenemos y la cantidad de tareas, y a veces las dificultades reales que tenemos. Por eso, también sed comprensivos con todo el equipo de la Delegación, porque sé que trabajan, y a veces hacen más de lo que pueden.

Vamos a recibir a Jesucristo, que nos lanza a la misión de una manera extraordinaria. Que así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

- **De Cristo Salvador y San Matías:** P. Javier Antonio Serra Casanova, C.M.
- **De Cristo de la Esperanza:** D. Julio Reñones Navarro.
- **De San Valentín y San Casimiro:** D. Daniel Alfredo Muñoz Martinessi.

PÁRROCO IN SOLIDUM:

- **De San Diego:** P. Pedro José Vallespir Escandell, T.O.R. (moderador).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Cristo Salvador y San Matías:** P. Francis J. Kumar, C.M.
- **De Santísimo Redentor:** P. Víctor Chacón Huertas, C.S.S.R.

- **De Nuestra Señora Madre del Dolor:** P. Javier López Díaz, T.C.
- **De Santísimo Cristo de la Guía y San Juan de Sahagún:** P. Gino Vallieri, F.M.I.
- **De Dulce Nombre de María:** P. Jean-Claude Kakule Kamabu, A.A. y P. Benjamín Mazanza Tsuka, A.A.
- **De Santa Cristina:** D. Jesús Chavarría Ibáñez.
- **De Santa Catalina Laburé:** D. Kamil Dyka.
- **De Santa Rita:** P. Hugo Andrés Badilla Hernández, O.A.R., P. Alfonso Julián Dávila Lomeli, O.A.R.
- **De Inmaculado Corazón de María:** P. José Ramón Sanz Ortiz, C.M.F.
- **De Santa Bárbara:** D. Oliver Poly Lompo.
- **De San Eduardo:** D. José Anibal Berbesí Mora.

ADSCRITOS:

- **A San Diego:** P. Antonio José Roldán Brancolini, T.O.R.
- **A Nuestra Señora de los Desamparados y San Lucas:** D. Hugo Armando Delgado Briceño.
- **A San Ildefonso:** D. Ademar Gudiño Cardozo, D. José Santos Martínez Claros.
- **A Nuestra Señora de la Visitación, de Las Rozas:** D. Juan Ramón Martínez.
- **A Natividad de Nuestra Señora, de Navacerrada:** D. José Santos Martínez Claros.
- **A Nuestra Señora del Carmen del Plantío:** D. Antonio Arriaga Aguilera.
- **A San Andrés, de Becerril de la Sierra:** D. Juan Carlos Bustos Sáenz.
- **A Santa Catalina, de Majadahonda:** D. Pedro Matarranz Obra.
- **A Santa Rita:** P. Carlos Imas Imas, O.A.R., P. Pablo Jian Yong Xin, O.A.R.
- **A Nuestra Señora de los Dolores:** D. Napoleón Ferrández Zaragoza.
- **A San Juan de la Cruz:** D. Julián Nicolás.
- **A Santa Teresa de Jesús, de Tres cantos:** D. Emile Nocklibo.
- **A San Eduardo:** D. Santiago Obiglio.

- **A Nuestra Señora del Espino y Nuestra Señora de Madrid:** P. Marino Pérez Díez, C.M.F.
- **A Nuestra Señora de las Fuentes:** P. Edwar medina Mariño.

OTROS OFICIOS:

- **Delegado Episcopal de Ecumenismo:** D. Aitor de la Morena de la Morena.
- **Notario Actuario del Tribunal Eclesiástico Metropolitano:** D. Francisco Arjona Ballesteros.
- **Secretario de la Vicaría VI:** D. Rodolfo Andrés Londoño de la Espriella.
- **Rector de la Iglesia de San Antonio de los Alemanes:** D. Pedro Luis López García.
- **Capellán de la Residencia de Mayores Monteparís:** D. Crescencio Ballesteros Ballesteros.
- **Capellán de la Universidad Juan Carlos I de Vicálvaro:** D. Javier García Toledano y D. Bernabé Sanz Grande.
- **Capellán del Hospital Madrid:** D. Carlos Melero Fernández.
- **Capellán del Hospital Puerta de Hierro, de Majadahonda:** D. José María Ruiz Uceda.
- **Capellán de la Residencia Sanitas de Mirasierra:** D. Jesús Delgado Maté.

DEFUNCIONES

– El viernes 9 de septiembre falleció el sacerdote D. JOSÉ MARÍA LÓPEZ NIÑO, a los 90 años de edad. Natural de Madrid, fue ordenado sacerdote el 23 de mayo de 1959 en Madrid. En la diócesis, ha desempeñado su ministerio como encargado de La Acebeda y ecónomo de Robregordo (1959-1964); ecónomo de San Sebastián, de Cercedilla (1964-1968); párroco de Virgen de la Candelaria (1970-1973); juez de la Vicaría Judicial (1973-1981); fiscal y defensor del vínculo de la Vicaría Judicial (1981-1984); vicario parroquial de San Isidoro y San Pedro Claver (1984-1985); cura regente de Nuevo Baztán (1985-1988); administrador de la Mutualidad del Clero Español (1985-2002); vicario parroquial de Santa María La Real de la Almodena (1988-1995); miembro elegido del Consejo Presbiteral (1994-1995), y juez diocesano de la Vicaría Judicial (1998-2016). Desde 1996 era adscrito a Nuestra Señora del Buen Suceso.

– El lunes 26 de septiembre falleció en Madrid el sacerdote D. JOSÉ GARCÍA GONZÁLEZ, a los 92 años de edad. Natural de Madrid, fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1956 en Madrid. Diocesano de Madrid, su vida sacerdotal estuvo muy vinculada al IEME. Fue misionero en Zimbabue (1980-2003).

– El viernes 30 de septiembre, falleció DÑA. PILAR ROMERO MENÉNDEZ, a los 85 años de edad, madre del sacerdote D. Carlos Nerón Romero, secretario de la Vicaría General del Arzobispado y párroco de Santa Teresa y Santa Isabel.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

SEPTIEMBRE 2022

Día 1, jueves.

- En el Colegio diocesano San Ignacio de Loyola, de Torrelodones, tiene un encuentro con el claustro de profesores y todo el personal del centro, finalizando con la celebración de la Eucaristía en este inicio del curso escolar.

Día 2, viernes.

- Preside la vigilia de oración "Adoremus" con jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 4, domingo.

- En la parroquia del Santísimo Redentor celebra la Eucaristía con los nicaragüenses en solidaridad con la iglesia de Nicaragua.

Día 5, lunes.

- Preside la apertura de la fase diocesana de la causa de canonización de la madre Alfonsa Cavín, fundadora de las Misioneras de la Inmaculada Concepción.

Día 6, martes.

- Preside la Misa de inauguración del curso pastoral 2022-2023 de la Curia diocesana, en la catedral de la Almudena.
- Coloca la primera piedra de la nueva capilla de la Universidad Francisco de Vitoria, obra del padre Marko Ivan Rupnik.

Día 7, miércoles.

- Preside la Misa de inicio del curso 2022-2023 de la Universidad Pontificia Comillas y asiste al Acto Académico.
- Celebra en la Catedral una Misa funeral por la madre del Vicario Episcopal, Gil González Hernán.

Día 8, jueves.

- Tiene una convivencia con los formadores del Seminario Conciliar en el inicio de curso, en la Casa de Oración en La Cerca, Los Molinos.
- Por la tarde preside en la catedral de la Almudena la Eucaristía de la festividad de la Real Esclavitud de Santa María la Real de la Almudena y entrega las medallas a los nuevos esclavos de honor.

Día 9, viernes.

- Preside en la colegiata de San Isidro la Misa del Peregrino, en el marco del Año Jubilar del santo patrono de Madrid.

Día 10, sábado.

- Participa en la Casa de Campo en el encuentro ecuménico organizado con motivo de la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, con el lema "Escuchar el grito de la creación".
- A continuación, celebra la Misa de clausura del encuentro de inicio del curso pastoral 2022-2023 de la Escuela Diocesana de Evangelizadores, en la casa de espiritualidad de la Institución Teresiana de Los Negrales.

- Por la tarde celebra la Eucaristía y bendice la capilla de la Casa Provincial de las Dominicas de Nazaret.
- Al finalizar la tarde en el Paraninfo del Real Colegio Alfonso XII dentro del Real Monasterio de El Escorial, recibe la Medalla y el Título de Romero de Honor de la Hermandad de Nuestra Señora de Gracia.

Día 12, lunes.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 13, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde preside en la parroquia Santa María del Pinar la apertura de la fase diocesana de la causa de canonización de monseñor Sebastián Gayá Riera.

Día 14, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE.
- Por la tarde tiene varias entrevistas en el Arzobispado.

Día 15, jueves.

- Preside en el Centro de Congresos Fray Luis de León la Misa de inauguración del curso pastoral 2022-2023 de Cáritas Diocesana de Madrid, en el marco de su XXIII jornada de convivencia.
- Por la tarde se reúne con el Patronato de la Fundación Universitaria Española (FUE).

Día 17, sábado.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde asiste en el Palacio Vistalegre a la presentación de Qaos, último disco de Hakuna Group Music.

Día 18, domingo.

- Inaugura el curso pastoral 2022-2023 del Seminario Conciliar con un encuentro, rezo de vísperas seguido de cena.

Días 19, 20, 21 y 22.

- Viaja a Santander con los miembros del Consejo Episcopal en el marco de sus bodas de plata episcopales.

Día 23, viernes.

- Visita el centro penitenciario de Soto del Real en la festividad de Nuestra Señora de la Merced y celebra la Eucaristía.
- Por la tarde, tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Al finalizar la tarde celebra en la colegiata de San Isidro la vigilia diocesana de oración por la paz.

Día 24, sábado.

- Preside en la catedral de la Almudena la Misa del VII Encuentro de Hermandades Rocieras de la zona centro de España.

Día 25, domingo.

- Bendice la nueva capilla-oratorio de San Vicente de Paúl de Carabanchel, donde preside la Eucaristía.
- A continuación, celebra en Santa María la Mayor y San Julián una Misa de acción de gracias en el 81º aniversario de su erección canónica como parroquia.
- Por la tarde, en la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, preside en la catedral la liturgia 'Morir de esperanza', en memoria de quienes han perdido la vida tratando de llegar a Europa.

Día 26, lunes.

- Celebra la Eucaristía de Acción de Gracias con motivo del Centenario de la restauración de la vida monástica en el monasterio de Montserrat y la fiesta del beato José Antón y compañeros mártires benedictinos.
- Por la tarde preside en la catedral de la Almudena una Misa funeral por el que fuera Deán de la Catedral, Mons. Antonio Astillero.

Día 27, martes.

- Participa en la reunión de la Comisión Permanente de la CEE.

Día 28, miércoles.

- Continúa la reunión de la Comisión Permanente de la CEE.
- Por la tarde se reúne con el Patronato de la Fundación Universitaria Española (FUE).

Día 29, jueves.

- Interviene en el acto de inauguración del curso académico 2022-2023 del Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- Por la tarde recibe en el Palacio Arzobispal al obispo emérito de Tarija, Bolivia, Mons. Javier del Río junto a Mons. Nicolás Renán Aguilera, obispo de Potosí, Bolivia.
- Al finalizar la tarde preside en la catedral de la Almudena la solemne Misa de envío de los docentes católicos en el inicio del curso académico.

Día 30, viernes.

- Inaugura el curso 2022-2023 de la Universidad Eclesiástica San Dámaso con una Misa en la colegiata de San Isidro, en el marco del Año Jubilar del patrono de Madrid, y un Acto Académico en el Seminario Conciliar.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

CARTA PASTORAL

¡MUESTRA QUE ERES MADRE!

Monstra te esse Matrem

INTRODUCCIÓN

En la fiesta de la Candelaria, la Purificación de la Virgen, de 1996, se me comunicó que el Papa Juan Pablo II me había elegido como obispo de la diócesis de Segorbe-Castellón. Tenía 48 años y estaba inmerso en una multitud de actividades docentes y pastorales que ocupaban mi mente y mi tiempo. Siempre, pensaba, me faltaba tiempo para perfeccionar mis acciones y proyectos. En medio de esta vorágine de trabajos acumulados, en el comienzo del mes de febrero, me llegó a través de Nunciatura la decisión del Papa de la familia.

Ocupado en tantas iniciativas, referidas a la pastoral familiar y de la vida, recién comenzado el *Pontificio Instituto Juan Pablo II* para estudios sobre el matrimonio y la familia en Valencia, estando entusiasmado con las iniciativas del Santo Padre, no podía rehusar su decisión aunque, además de la sorpresa, me sentía pequeño y abrumado ante la tarea que se me confiaba. Ya en la misma

Nunciatura de Madrid solicitó, antes de responder a la solicitud del Papa, ir a la capilla y encomendar mi respuesta a la intercesión de la Virgen y decirle: ¡Madre, en ti confío!

De regreso a Valencia, me dediqué a dejar ordenadas mis tareas y a concluir, en lo posible, los trabajos emprendidos. Mientras tanto me solicitaban que diera a conocer mi lema episcopal para preparar el escudo, confeccionar el báculo y editar los subsidios litúrgicos para la consagración episcopal en la Catedral de Segorbe. Recuerdo que busqué en los salmos y en los evangelios y cartas apostólicas alguna referencia breve a la familia o a la dignidad de la vida humana. Mientras tanto, en mi interior, como un susurro, aparecía una llamada a nombrar a la Virgen María y su influencia en mi vida cristiana y sacerdotal.

Yo soy de un pueblo, Cocentaina, que se honra de tener a la Virgen María como patrona. La tenemos representada en un icono bizantino bellísimo que lleva escrito el siguiente título: “*Mare de Deu*” (Madre de Dios). En el rostro de la Virgen, en 1520, mientras celebraba la santa Misa, el sacerdote Mossen Onofre observó que aparecían como gotas de sudor que se derramaban copiosamente. Finalizada la santa Misa y avisados los testigos y notarios pertinentes constataron que de los ojos de la Virgen se desprendieron hasta veintisiete lágrimas de sangre. Fue un 19 de abril y en mi pueblo conservamos tanto el icono como las actas notariales que dan fe de este hecho prodigioso.

En respuesta a este acontecimiento se edificó el Santuario de la Virgen del Milagro, que lo custodian una comunidad de Hermanas Clarisas y que es el centro neurálgico de la fe de los cristianos de Cocentaina. Es costumbre en mi pueblo visitar diariamente el Santuario y confiar a la Madre las preocupaciones y tareas del día. En esa misma tradición fui educado y por ello siempre la figura de la Virgen me ha acompañado durante toda mi vida y a ella he confiado siempre mi ser y mi vida. Es más, como tardé en venir a este mundo, mi madre y mi padre, que procedían de familias numerosas, al poco de nacer me presentaron a la Virgen, la “*Mare de Deu*” y me consagraron a ella. Con el tiempo he comprendido la importancia de introducir a los niños con signos y gestos en la tradición cristiana y católica. Estos gestos y símbolos son como huellas que se graban en el alma y garantizan la seguridad de la fe y la pertenencia a la Iglesia, el pueblo de Dios que peregrina rumbo al cielo.

Entre las ocupaciones y las prisas de última hora, me exigieron con urgencia que dijera el lema episcopal y los signos que se hacían presentes en el escudo del nuevo obispo. Ante la urgencia, me acuerdo que me vino de manera espontánea a la mente uno de los versículos del canto bellissimo que cantamos en el Seminario: *Ave maris stella* (Salve, estrella del mar). Se trata de un himno a la Virgen del siglo IX. En una de las estrofas dice: *Monstra te esse Matrem* (Muestra que eres Madre). Con esta expresión vinieron a mi mente todos los acontecimientos de mi vida y mi confianza en la Virgen, algo que aprendí desde niño.

Con este lema inicié el ministerio episcopal y hoy, tras más de veinticinco años, puedo decir que fue la mejor de las elecciones, pues siempre me he sentido acompañado por la Virgen María y nunca he quedado defraudado. Con ella comienzo los días y con ella los acabo y siempre he experimentado la seguridad de quien nos acompaña como Madre y nos asiste en todas nuestras necesidades personales y también como pueblo. Así dice el salmista: “Como un niño en brazos de su madre” (Sal 130).

Ahora, a punto de finalizar el ejercicio del ministerio episcopal como titular de la Diócesis Complutense, no puedo menos que, volviendo al amor primero (Ap. 2,4), proponeros, queridos sacerdotes, religiosos y fieles de la Diócesis de Alcalá de Henares, seguir a María como el camino más seguro y más llano para ser fieles discípulos de Cristo y de la Iglesia. María, lo digo con convicción, es desde el testamento de Cristo en la cruz (Jn 19,26-27), la Madre que allana todos los senderos como dice el mismo himno *Ave Maris Stella: Iter para tutum* (prepara el camino seguro).

Al tener que indicar los signos para el escudo episcopal, unido a la maternidad de María, quise destacar también la maternidad de la Iglesia porque ambas han encaminado mi vida y de las dos he experimentado su maternidad. En la parte izquierda del escudo quise simbolizar cómo la Iglesia madre nos engendra como hijos de Dios a través de la iniciación cristiana mediante el Bautismo. Por eso aparece sobre las aguas bautismales el signo de la cruz, de donde se desprende como de un manantial la gracia redentora de los sacramentos de la iniciación cristiana que culminan con la Eucaristía. Esta está representada en el centro del escudo con el pan y el cáliz, acompañado por dos llamas de fuego sobre fondo blanco y rojo, tal como

están en el escudo de San Juan de Ribera, en cuyo colegio de Valencia concluí mis estudios teológicos.

Lo primero que uno recibe para ser cristiano es el anuncio de Jesucristo que culmina con la fe y la incorporación a la Iglesia, cuerpo de Cristo, por medio del Bautismo. Sin embargo, en el origen de la obra redentora está la venida del Salvador (Encarnación) en la plenitud del tiempo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gal 4,4). Por eso, en el lado derecho del escudo episcopal se representa al Espíritu Santo en forma de paloma (Mt 3,16) con los siete rayos que evocan la plenitud del Espíritu sobre el anagrama de María (Lc 1,35). María concibió por obra del Espíritu Santo y es la Madre virginal que acompaña el peregrinar de la Iglesia.

Con estos datos introductorios, referidos al comienzo de mi episcopado, os invito a comenzar este curso profundizando en lo que significa la maternidad de María y de la Iglesia en orden a mejorar la obra de la evangelización y el cuidado pastoral de nuestra querida diócesis. A ella le pedimos, repitiendo mi lema episcopal, que se muestre como Madre: *¡Monstra te esse Matrem!*

1. MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

La clave con la que el Catecismo de la Iglesia nos enseña a comprender el misterio de María, Virgen y Madre, está contenida en estas palabras: “Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo” (CIC, 487). Así pues toda la doctrina sobre María está construida en referencia a Cristo con una doble dirección: todo lo que la Iglesia cree sobre María, lo cree como “consecuencia” de lo que cree de Jesucristo, pero María conduce a una fe más profunda en Cristo.

A la Virgen María hay que contemplarla, pues, siempre en su relación con Cristo-Señor. Ahora bien, ¿qué es lo que constituye en verdad esta relación? Su relación con Cristo arranca fundamentalmente de su *maternidad*. Ella es la madre de Jesucristo, el Hijo unigénito del Padre hecho hombre. Por tanto, hemos de comenzar nuestra reflexión desde la afirmación central del credo de nuestra fe: “El cual fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María virgen”.

a) María, Madre de Dios

El título de Madre de Dios fue proclamado solemnemente en el Concilio ecuménico de Éfeso (431). Esta proclamación hemos de analizarla según la clave anunciada anteriormente en relación con Cristo.

Desde el inicio de la Iglesia, María es conocida como “la Madre de Jesús” (Jn 2,1; 19,23; cf. Mt 13,55, etc.) y a su vez es aclamada bajo el impulso del Espíritu Santo como “la Madre de mi Señor” desde antes del nacimiento de su hijo (Lc 1,43). En efecto, como enseña el Catecismo: “Aquel que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Verbo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios (*Theotokos*)” (Dz 251, CIC 495). En definitiva, proclamar a María como Madre de Dios significa proclamar que Jesús de Nazaret y el Verbo Unigénito de Dios no son dos personas sino una sola e idéntica persona.

Para introducirnos en este misterio resulta esclarecedor considerar la parte de los esposos en la generación ordinaria. En la concepción de toda persona se da la simultánea cooperación del acto generador cumplido por los esposos con el acto creador cumplido por Dios. El primero tiene como resultado (biólogicamente) un cuerpo humano; el segundo crea un espíritu inmortal que forma e informa el cuerpo. Como resultado de esta unión viene a la existencia una nueva persona humana, de la cual Dios es el único *creador* y los esposos son los progenitores.

Penetrando ahora en el misterio de la concepción de Jesús hemos de decir que no hubo ninguna intervención de ningún hombre. María generó (biólogicamente) el cuerpo humano en el cual Dios infunde, en el mismo instante, el alma (humana) creada: de la unión del cuerpo engendrado por María y del alma creada por Dios se constituye una naturaleza humana concreta individual. Pero en el mismo momento en el que esta naturaleza comienza a ser, es asumida por la Persona del Verbo: es la misma Persona del Verbo quien la asume como su propia naturaleza. Esto es lo que significan las palabras: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Como conclusión, podemos decir que María es la Madre, verdadera y propia, de este nuevo miembro de la raza humana, de este hombre nuevo nacido en el mundo. Ella es la Madre del Verbo, ya que este hombre nuevo no es otro que el

Verbo. En la naturaleza humana Él ha sido engendrado por María. Por Ella ha sido generado en nuestra humanidad histórica, se ha insertado en la historia, en el tiempo; por ella el Verbo hecho carne es uno de nosotros.

La relación de maternidad entre el Verbo hecho carne y María es una relación única, singular, de la persona de María con la persona del Verbo, en su distinción de las dos otras personas divinas, ya que sólo el Verbo se ha encarnado. Por esta relación María ha alcanzado una dignidad única. Toda maternidad es constituida por una relación interpersonal rica de conocimiento, amor, afecto, donación, confidencia recíproca: esto es natural. Por eso hemos de pensar que todo esto estuvo presente en la relación entre Cristo y María. Pero en el caso de María se trata de un hijo que es Dios. Por ello esta maternidad está “*llena de gracia*” (Lc 1,28) y de santidad.

La gracia es ante todo el amor mismo eterno con el que el Padre ama a la criatura humana: de esta fuente brotan todos los dones que divinizan la persona humana en Cristo. Habiendo el Padre decidido enviar al Verbo en nuestra humanidad, en el mismo acto ha querido simultáneamente que fuese su Madre: por eso Ella ha sido enriquecida con la más alta santidad.

b) La Virginidad de María

Estrechamente unida al misterio de la divina maternidad está la fe en la virginidad de María. Maternidad y virginidad están de tal modo conectadas, que sería necesario hablar siempre de la maternidad virginal de María. Se trata, en efecto, de una virginidad real y perpetua.

Real, porque va referida verdaderamente a la entera persona de María, también a su cuerpo. Perpetua, es decir antes del parto de Jesús, durante el parto y después del parto.

Antes del parto: Jesús ha sido concebido en el cuerpo de María, sin intervención de hombre, por obra del Espíritu Santo. Dios milagrosamente ha hecho que la acción generadora de María, incapaz por su naturaleza (como en el caso de cualquier mujer) de dar origen por sí sola a un nuevo individuo humano, concibiera

en cambio por sí sola el nuevo organismo humano, excluyendo cualquier intervención de parte de un hombre.

Durante el parto: Jesús ha sido dado a luz milagrosamente, sin producir en el cuerpo de María lo que inevitablemente el parto produce en el cuerpo de cualquier mujer.

Después el parto: María no tuvo ninguna relación sexual, ni otros partos después de Jesús.

Es muy importante que captemos bien el significado profundo del don de la virginidad hecho por el Señor a María. Este significado se alcanza respondiendo a la siguiente pregunta: ¿Por qué Cristo ha querido nacer de una virgen? Porque Él inaugura la nueva humanidad, la nueva creación. Porque Él inaugura con su concepción nuestro nuevo nacimiento como hijos de Dios.

Pero debemos hacernos una segunda pregunta: ¿qué significado tuvo para María haber consentido a esta llamada a la virginidad? La maternidad de María, por ser enteramente verdadera, comportaba una entrega total suya al Verbo encarnado: la virginidad es el signo y el efecto de esta entrega total.

De lo que acabamos de decir se puede llegar a la conclusión de que en la doctrina de la fe y en nuestra experiencia cristiana, María no es una figura marginal: *no se puede, en efecto, ser cristiano sin ser mariano.*

En el origen de todo está la inescrutable decisión del Padre de comunicar su vida divina al hombre, en el Hijo mediante el don del Espíritu Santo (predestinación de Cristo: Ef 1,5). La realización de esta decisión es la encarnación del Verbo, el Verbo encarnado, en el cual todo subsiste y a imagen del cual cada uno de nosotros ha sido creado (Col 1,15-17).

En la misma decisión de enviar a su Hijo, está incluida la persona de María como predestinada a engendrar en la naturaleza humana al Verbo-Unigénito Dios. La experiencia de fe de la Iglesia ha profundizado progresivamente el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Dependiendo de este progresivo descubrimiento, la Iglesia vive también el progresivo descubrimiento del misterio de María dentro del misterio del Verbo encarnado: un descubrimiento que tuvo su

“piedra miliar” en la definición dogmática de la divina y virginal maternidad de María.

En vista de esta singular misión, el Padre la preservó del pecado original, la colmó de la abundancia de dones de gracia (*“llena de gracia”* Lc 1,28) y, en su designio salvífico “quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte así también contribuyera a la vida” (LG, 56).

En virtud de este consenso, Ella, “plasmada por el Espíritu Santo” (LG, 56), se consagró totalmente a sí misma a la obra y a la persona de su Hijo, presentándolo al Padre en el templo (Lc 2,23) y sufriendo con fe al pie de la cruz (Jn 19,25). María, sirviendo bajo Él y con Él, sirvió al misterio de nuestra redención, participando en el misterio de la resurrección de Cristo de modo único y siendo asunta en cuerpo y alma en la Gloria, apenas terminado el curso de su vida (LG, 59).

2. MARÍA, MADRE NUESTRA

El Concilio Vaticano II nos enseña en su Constitución dogmática sobre la Iglesia que: “la Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor [...] concibiendo a Cristo, engendrándolo [...] padeciendo con su Hijo cuando moría en la Cruz, cooperó en forma enteramente singular a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso *“es nuestra madre en el orden de la gracia”* (LG, 61). Siendo, pues, nuestra “madre en el orden de la gracia, es necesario que profundicemos en la comprensión de esta conexión que “vincula” a María con nosotros y que es la base de la confianza que debemos tener en Ella.

a) Mujer, ahí tienes a tu hijo

Leemos en el evangelio de San Juan: “Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su

madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,25-27).

Es precisamente en el calvario, en el momento de la muerte de Cristo, cuando Él constituye y manifiesta la maternidad de María en relación a nosotros. ¿Por qué propiamente lo hace en este momento?

La respuesta es clara: es precisamente en el acto de ofrecimiento de sí mismo que Cristo cumple en la cruz cuando nosotros hemos sido salvados: hemos pasado de la muerte a la vida. Así lo dice la carta a los Hebreos: “Porque por una ofrenda única ha hecho perfectos para siempre a aquellos que santifica” (Hb 10,14). Toda gracia nos viene exclusivamente del sacrificio de Cristo como del acto que nos ha merecido todo don: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular” (Mt 21,42). Porque “no hay salvación en ningún otro, pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre debajo del cielo para salvarnos” (Hch 4,12).

Es en virtud de la *centralidad* del sacrificio de la cruz que la celebración eucarística, sacramento de aquel sacrificio, representa la fuente y el culmen de toda nuestra vida (LG 11). Y por tanto, del sacrificio de la cruz, eucarísticamente siempre presente en la Iglesia, proviene el que nosotros seamos generados de nuevo: “Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor” (Ef 5,8).

El hecho de que Cristo en su sacrificio sobre la cruz sea la única causa de nuestra generación a la vida divina, no significa necesariamente que Él no haya querido asociar a nadie en esta obra admirable. Todo lo contrario: una de las características constantes de la Providencia divina, del modo como el Señor gobierna todas las cosas, es la de llamar también a criaturas humanas a cooperar en su gobierno providente. Un ejemplo que pone en evidencia lo que estoy diciendo es la creación de una nueva persona humana. Dios Padre no ha querido cumplir este acto sin la cooperación de sus criaturas humanas: El da origen a una nueva persona a través de la cooperación de los esposos.

También esto ocurre en el acto divino de nuestra regeneración a la vida divina. Cristo ha querido que cooperase también la Virgen María: “Por esto Ella ha llegado a ser nuestra madre en el orden de la gracia” (LG 61). ¿En qué modo ha

cooperado la Virgen María? Para explicar este misterio podemos tomar el ejemplo de la maternidad en el orden natural.

La maternidad en el orden de la naturaleza se realiza en tres momentos fundamentales; la concepción, el parto, la educación. María es nuestra Madre en el orden de la gracia porque nos ha concebido en el misterio de la Encarnación, nos ha dado a luz en el suplicio de su estar al pie de la cruz y nos educa porque “Asunta al cielo [...] con su intercesión continua a obtenernos las gracias de la salvación eterna” (LG 62,1).

María *nos ha concebido* en el misterio de la Encarnación. El Verbo, en efecto, se ha hecho carne en Ella como el “Primogénito de muchos hermanos” (Rm 8,9), cabeza de la humanidad renovada superando la herencia del viejo Adán. María, por tanto, concibiendo al Verbo en nuestra naturaleza, es Madre de la nueva humanidad. Dice San León Magno: “Mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, celebramos también nuestro nacimiento, porque el nacimiento de Cristo señala el origen del pueblo cristiano, la natividad de la cabeza y la natividad del cuerpo” (León Magno, *Sermón de Navidad* 6,2. PL 54,213). Cada uno de nosotros, como hijo en el Hijo, ha tenido su origen en el seno de María.

María *nos ha dado a luz* en el misterio del calvario. La com-pasión de María con la pasión del Hijo es su cooperación en nuestra generación de hijos de Dios.

María *continúa educándonos* en la vida de fe, porque a través de su continua intercesión nos obtiene la gracia que nos transforma en Cristo. Podemos por tanto decir que María es nuestra Madre en el orden de la gracia, Madre de cada uno de nosotros.

b) Ahí tienes a tu madre

La manifestación de María exige que nos consideremos sus hijos: “Ahí tienes a tu Madre”, dice Jesús. Y el evangelio continúa: “y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa”.

¿Qué significa realizar en nuestra vida una relación de filiación respecto de María? Ciertamente, cada uno de nosotros tiene su modo propio de vivir esta relación. Es el misterio de cada persona. Sin embargo, la Iglesia enseña que nuestra filiación mariana debe tener algunas actitudes fundamentales.

La veneración llena de afecto que hemos de manifestar de manera singular en relación con su persona. Esta veneración se expresa en primer lugar *en el culto* de la Iglesia y después en nuestra *devoción* privada: esta debe enraizarse siempre en el culto, siguiendo siempre la doctrina de la Iglesia.

La *confianza* total que debemos tener en Ella, sobre todo cuando estamos ante dificultades particulares: una confianza que se expresa en la oración constante y humilde.

La acogida a su obra educativa: “Se progresa más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María que durante años de iniciativas personales, apoyados en nosotros mismos” (Luis Grignon de Montfort, *Tratado de verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.15). Introducir a María en la casa de nuestra vida para que tenga una dimensión mariana es el modo de que esta sea fuertemente cristiana.

3. ALGUNAS CONCLUSIONES PARA VIDA CRISTIANA

Hemos anunciado la clave para captar el misterio de María (su referencia a Cristo) y hemos profundizado en su maternidad virginal respecto a Dios (Madre de Dios) y su relación con nosotros (Madre nuestra). De todo ello se derivan muchas conclusiones de las cuales os invito a considerar algunas.

a) María concibió a su Hijo desde la fe

El modo de entrar María en el designio salvífico está descrito en el relato de la Anunciación (Lc 1,26-37). Ella ha sido elegida por Dios “llena de gracia” y responde desde la fe con total disponibilidad: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Es Dios quien lleva la iniciativa y es Dios quien, mediante el anuncio del ángel, realiza la llamada para ser Madre del Verbo.

María ha puesto de manifiesto su virginidad al decir que no conoce varón. La concepción por obra del Espíritu Santo pone en evidencia que para Dios “no hay nada imposible” y que quien viene es el Hijo de Dios que toma carne de sus entrañas purísimas: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que nazca será Santo y se llamará Hijo de Dios” (Lc 1,35).

La sombra que cubre a María evoca la nube que descendía sobre la tienda del Encuentro, donde estaba colocada el Arca de la Antigua Alianza (Ex 33,9). A María la llamamos Arca de la Nueva Alianza porque contuvo en su seno al Hijo de Dios, al Emmanuel: Dios con nosotros.

La fe en un mundo secularizado

En estos momentos en que la secularización ha hecho estragos en la sociedad y en la Iglesia, conviene recordar que Dios es fiel a la alianza que ha sellado con la sangre de su Hijo. Que no estamos solos, porque su sacrificio que nos redime está presente en la eucaristía, que nuestra respuesta no puede ser otra que la misma fe con la que María acogió al Redentor.

La crisis que estamos sufriendo en España y en occidente no es simplemente una crisis política o social. No vivimos una simple crisis moral. Todo esto ocurre, pero nuestra enfermedad es más grave: sufrimos una crisis de fe que nos impide ver la acción de Dios en nuestra historia. Por eso, la respuesta a esta situación no es otra que María, la virgen creyente que responde con docilidad extrema a la iniciativa de Dios.

María, tipo de la Iglesia

Si no queremos convertirnos en una organización humana como tantas otras, que responden a los problemas sociales con sus propias capacidades, hemos de mirarnos en el espejo de María. La respuesta al misterio del hombre y a su deseo de infinito no está en las fuerzas humanas. Estas, bien encauzadas, tan solo pueden ser camino para encontrarnos con la verdadera salvación que viene de Dios. La Iglesia, como María, solo puede hacer presente a Cristo en la potencia de su resurrección

siendo virginal. La Iglesia es Madre y nos engendra como hijos de Dios en el bautismo acogiendo como María el don del Espíritu Santo. El sacramento del Bautismo, como el resto de los sacramentos, es una acción salvífica que nos introduce en la nueva creación por obra de la gracia, por la acción del Espíritu Santo que nos borra el pecado de origen, nos reviste de Cristo y nos hace miembros de su cuerpo, la Iglesia.

Recuperar la fe, el carácter salvífico de los sacramentos, es toda la tarea de la “nueva evangelización” que descansa en una lúcida “iniciación cristiana”. Esta tiene como meta llevarnos al encuentro de Cristo para vivir de Él, para formar parte de su comunidad y alimentarnos con su Palabra y con los sacramentos, signos eficaces de salvación.

Como María, la Iglesia vive de la fe, de la Palabra de Dios y de la vida de Cristo (que mana de los sacramentos). Como ella necesitamos acoger de nuevo la sombra del Espíritu Santo, para que fecunde las entrañas virginales de la Iglesia, de tal manera que pueda dar a luz a Cristo y dar frutos de santidad.

b) No tienen vino

María, como la sabiduría de los santos en la Iglesia, sabe que sin Cristo no hay salvación, que no es posible participar en el banquete nupcial de la definitiva alianza: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Ez 36,28). En las bodas de Caná se manifiesta la condición materna de María que sale al paso de la situación que viven los nuevos esposos, porque se ha acabado el vino y con ello se ha acabado la fiesta.

Con este lenguaje simbólico el evangelista San Juan expresa la necesidad de la redención del corazón para alcanzar la plenitud del amor humano. El agua de los rituales de los judíos, expresión de las capacidades humanas, no es suficiente para la redención. Es necesario que el agua se convierta en vino (anticipación de la sangre de Cristo) para que el propósito de los esposos de un amor para siempre se haga posible.

A nosotros nos interesa destacar la decisión de María quien, a pesar de la respuesta de su Hijo —no ha llegado mi hora—, permanece en su determinación de

cooperar con la salvación y arrancar de Jesús su primer milagro. La dirección de sus palabras es muy clara: “Haced lo que Él os diga”. María conoce la necesidad y no duda de que *la respuesta es Cristo*. El cambio del agua en vino apunta a la hora de la cruz, en la que con el agua y la sangre que manan del costado de Cristo llegará la salvación que ahora continúa con el Bautismo y la Eucaristía, con la acción de la Iglesia que comunica la salvación lograda por Cristo.

Recurrir a María

En estos momentos, también nosotros hemos de recurrir a María para que, viendo nuestra situación, la situación de la Iglesia, interceda ante su Hijo con las mismas palabras: ¡No tienen vino! En nuestro caso, la ausencia del vino es provocada por la crisis de fe y por habernos apartado del manantial de la vida. Por eso, junto al anuncio cristiano, necesitamos la conversión del corazón para seguir de nuevo las indicaciones de Cristo: ¡Haced lo que Él os diga! También nosotros necesitamos escuchar como Ella las palabras del ángel: “No temas... porque para Dios no hay nada imposible” (Lc 1,10.37), y las indicaciones de Cristo: “Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron *hasta arriba*” (Jn 2,7). Con esta expresión, “hasta arriba”, se nos indica que la redención llevada a cabo por Cristo con su sangre es copiosa y la voluntad salvífica de Dios es universal. Así lo expresa San Pablo: “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2,4).

La respuesta es María

Así pues, la respuesta a nuestra situación es María. De nuevo hemos de ser conscientes que donde Ella se hace presente de nuevo es posible la fiesta. No es posible la fiesta, el deseo de infinito cumplido, donde no hay apertura a la divinidad, donde no se hace presente Cristo, el vencedor del pecado y de la muerte. Él nos trae la alegría de la salvación. Las “fiestas” de este mundo acaban siendo como las “fiestas de los locos” que buscan la exaltación de las emociones y no tienen más horizonte que la muerte. La alegría brota de la resurrección, de saber que la muerte ha sido vencida para siempre y nos abre a un horizonte de eternidad.

Adonde apunta el vino de las bodas de Caná es hacia el banquete definitivo anunciado por el profeta Isaías: “El Señor todopoderoso preparará para todos los

pueblos en este monte un festín de manjares succulentos, un festín de vinos exquisitos [...] Arrancará de este monte el velo que cubre a todos los pueblos, a todas las naciones. Destruirá para siempre la muerte y enjugará las lágrimas de todos los rostros” (Is 25,6-8).

Como los primeros cristianos

La Iglesia, disminuida y pequeña como la conocemos hoy, tiene una gran responsabilidad: anunciar, como los primeros cristianos, la resurrección de Cristo, la victoria definitiva sobre la muerte y crear como ellos pequeñas comunidades, un hábitat posible para la fe en medio de una sociedad postcristiana. Nuestras familias cristianas han de ser conscientes de que necesitan el calor de la comunidad pequeña donde escuchar la Palabra de Dios, participar conscientemente de la Eucaristía y aprender el servicio en el amor compartiendo los bienes. Este es el camino que los primeros cristianos recorrieron y que nosotros hemos de redescubrir.

Ante una sociedad planificada globalmente, ante procesos de ingeniería social que han provocado la soledad del individualismo y la decadencia del relativismo moral, cuyo único imperativo es “goza”, la Iglesia ha de presentarse con mansedumbre y humildad como la casa donde se puede vivir. Nuestro programa es la pobreza de Belén, la modestia de Nazaret y la locura de la cruz donde ante la violencia venció el amor.

Catecumenado

Caminar a la intemperie o vivir simplemente de las tradiciones que no cambian el corazón ya no resulta suficiente. La “nueva evangelización” necesita del *Catecumenado*, de un proceso de iniciación cristiana que provoque el cambio de mentalidad y de la vida, que lleve al encuentro de Cristo y desemboque en la comunidad de discípulos como la descrita en los Hechos de los Apóstoles: “Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en la oración [...] todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (Hch 2,42-44).

Renovación de la catequesis

Todo esto requiere un *replanteamiento de la catequesis de iniciación cristiana* y una profundización en el significado salvífico de la eucaristía y de los demás sacramentos. De la catequesis no hemos de esperar solamente la comunicación de unos conocimientos sobre las verdades cristianas. El anuncio cristiano reclama la fe, el encuentro personal con Cristo mediante la Iglesia-comunidad. El encuentro con Cristo es real cuando cambia el corazón y se produce por la gracia la conversión, el cambio de vida. Solo así se pueden celebrar fructuosamente los sacramentos que requieren una fe formada como respuesta a la salvación que ofrece Jesucristo en los siete signos eficaces de salvación.

Formación cristiana

Con el encuentro personal con Cristo se requiere la *formación cristiana*. Hoy el analfabetismo religioso es alarmante. De ahí la necesidad de conocer todo el *Catecismo de la Iglesia Católica* para que, con una fe formada, podamos ser testigos de Cristo y cooperar en la renovación de la sociedad. Los católicos no podemos retirarnos a los “cuarteles de invierno”. Lo propio de un cristiano es la inmersión en el mundo (sin ser del mundo) para ser como la levadura que transforma la masa (Mt 13,33) o como la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt 5,13-14).

Doctrina Social de la Iglesia

No es suficiente el cambio personal, la revitalización de las familias, la renovación de la comunidad cristiana. Todo ello es imprescindible. Sin embargo, hoy es urgente la presencia de los católicos allí donde se edifica la sociedad: el mundo del trabajo, las agrupaciones sociales, los medios de comunicación, las empresas, la política, etc. Hoy es necesario que los católicos se hagan presentes asociadamente en la vida pública con las señas de identidad de la moral social o *Doctrina Social de la Iglesia*. Descuidar la dimensión social del catolicismo no hace justicia a lo que significa el discipulado de Cristo. Así nos lo han recordado, desde León XIII hasta el Papa Francisco, todos los sucesores de Pedro. Ni el individualismo, ni la retirada a los “cuarteles de invierno” son expresión del sentido católico de la vida. Lo cual no significa que no necesitemos los ámbitos propios de

la fe en la familia cristiana, en las iniciativas educativas y en la propia comunidad cristiana.

Es desde el seno de la comunidad cristiana, formado el sujeto personal cristiano y las familias cristianas, desde donde uno tiene que ser enviado a dar testimonio de Cristo, ordenar los bienes temporales según el designio de Dios. También en esto nos ha de ayudar contemplar a María como peregrina de la fe y como la mujer fuerte al pie de la cruz.

c) María al pie de la cruz

Estando al pie de la cruz María culmina su peregrinación en la fe siguiendo a su Hijo y su maternidad en la obra de la salvación viene con este acontecimiento constituida y confirmada. María, como Madre del Hijo de Dios se asocia con su presencia a la cruz redentora donde está muriendo su Hijo y coopera con su sufrimiento y oblación en la obra de nuestra redención.

Sentido del sufrimiento

Mirando de cerca a nuestra sociedad y a la cultura hegemónica que la envuelve, la presencia de María al pie de la cruz es una palabra fuerte que ofrece un sentido nuevo al sufrimiento humano. El sufrimiento, hoy como ayer, es un escándalo, una piedra de tropiezo para una cultura que se ha separado paulatinamente de Dios. En una sociedad utilitarista y hedonista el sufrimiento físico o moral es un sinsentido, algo de lo que hay que huir y rechazar en todos los sentidos. Un Dios clavado en la cruz es algo absurdo y que ninguna persona razonable puede aceptar.

María, en cambio, como mujer fuerte que resiste con paciencia y esperanza ante la cruz, guarda en su corazón un secreto que es una palabra que nuestra cultura debe escuchar. Sufrir, además de ser una expresión del límite de nuestra condición humana que hemos de combatir, puede ser la expresión sublime de un amor que es más fuerte que el sufrimiento y que la muerte.

El sufrimiento de María, asociado al de su Hijo, es un sufrimiento redentor, es la expresión de la victoria del Amor de quien da la vida por sus

amigos (Jn 15,13). De María podemos decir: nadie tiene amor más grande que quien da en oblación la vida de su Hijo, de aquel que para Ella lo es todo. Esta novedad del cristianismo no hay que confundirla con una voluntad masoquista o estoica, que resiste ante el sufrimiento. Esta es una consecuencia del pecado y hemos de remediarlo con nuestras fuerzas. Pero más allá de la lucha legítima frente al sufrimiento, la fe y la gracia redentora de Cristo nos regalan una luz nueva, la luz del amor, de la com-pasión, de la misericordia de quien pone el corazón en la miseria humana asociándose como dice San Pablo a los sufrimientos de Cristo: “Ahora me alegro de sufrir por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24).

María confirma su maternidad estando al pie de la cruz ante su Hijo, el nuevo Adán, cabeza de la humanidad nueva. Ella, como nueva Eva, Madre de los regenerados por Cristo, continúa ejerciendo como madre de todos los que forman el cuerpo de su Hijo. Si cuando escuchó de Jesús “ahí tienes a tu hijo”, refiriéndose a Juan, aprendió a ver en él el rostro de Cristo, del mismo modo ella ve en cada hombre a su propio Hijo. Así podemos también afirmar que cada uno de nosotros es hijo de María y hemos de aprender a verla con el corazón de Jesús: como nuestra Madre.

Madre de Misericordia

María, asunta al cielo, continúa ejerciendo como Madre de la misericordia como repetimos al recitar la bella oración: *Salve Regina, mater misericordiae*. María es Madre de misericordia porque ha tenido la compresión más profunda de aquel abismo de misericordia que es el corazón de Dios, habiendo vivido al pie de la cruz una experiencia única e irrepetible. Pero sobre todo María ha vivido el misterio de la muerte y la resurrección de Cristo, y por tanto ha sido penetrada hasta la raíz de su ser de la revelación de la misericordia del Padre.

“Sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado” (LG 58), María ha comprendido hasta qué límite se extendía la misericordia del Padre al dar a su Hijo. En su dolor comprendía la “seriedad” de aquella condivisión de la miseria humana a la cual el Hijo de Dios

había sido llevado por la compasión hacia el hombre; Ella ha devuelto al hombre a su dignidad. Y todo el “peso” infinito de la misericordia divina, Ella lo ha experimentado en sí misma, porque, en virtud de la resurrección de su Hijo, al término de su vida terrena no ha conocido la corrupción del sepulcro. En su ascensión al cielo, María ha entendido enteramente qué significaba aquella mirada que el Omnipotente había puesto sobre su miseria: ha sido completamente preservada de todo pecado y de la corrupción de la muerte.

María, habiendo experimentado la misericordia de Dios de modo excepcional, es ahora “Madre de misericordia” porque sabe compartir como nadie nuestra miseria: Madre de misericordia porque, *llena de misericordia* hacia toda miseria humana, con su intercesión nos obtiene la gracia que nos salva. Su intercesión es particularmente perseverante “porque se fundó, por parte de la Madre de Dios, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan el amor misericordiosos de parte de una Madre. Es este uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación” (Juan Pablo II, *Dives in misericordia* 9,5).

CONCLUSIÓN

Con la explicación de mi lema episcopal “*Monstra te ese Matrem* – Muestra que eres Madre”, referidos a María y a la Iglesia, os invito a comenzar un nuevo curso sintiendo el aliento y la protección de la que es “auxilio de los cristianos”. Recientemente la celebramos como Virgen de la Victoria, recordando su intercesión en la victoria de Lepanto. En este próximo curso el Santo Padre, el Papa Francisco, nos invita a volver la mirada a Fátima con motivo de la *Jornada Mundial de la Juventud*. En ambas ocasiones se nos recuerda la importancia del Rosario con el fin de descubrir este tesoro de oración.

Con toda la Iglesia celebramos el trigésimo aniversario de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, la base insustituible para la formación cristiana y para sentir con la Iglesia, profesando las verdades de nuestra fe.

Apoyados en María y acogiendo de nuevo el Catecismo, continuaremos las tareas iniciadas en la consulta sinodal de nuestra diócesis, creciendo en el anuncio cristiano, en la formación, en la revitalización de nuestras parroquias y movimientos

en comunión con la vida consagrada y contando con la ayuda imprescindible de nuestros monasterios.

En nuestro corazón han de estar todos los pobres, enfermos, ancianos y cuantos viven sin el consuelo de la fe y sin el impulso de la esperanza. Que todos ellos puedan encontrar en nosotros, en las Delegaciones episcopales, en Cáritas, el Centro de Orientación familiar, etc., el espíritu de familia y la acogida fraterna para que, como nosotros, puedan descubrir en Cristo y en María la respuesta que necesitan.

XXV años del Seminario

El próximo 18 de octubre se cumplirán veinticinco años de la inauguración del *Seminario Mayor de la Inmaculada y de los Santos Niños Justo y Pastor*. Teniendo en cuenta la juventud de nuestra querida diócesis complutense es un acontecimiento decisivo que ha contribuido a garantizar el presente y el futuro de la evangelización en esta porción del pueblo santo de Dios. A los formadores, a los sacerdotes que os habéis preparado para el ministerio sacerdotal en el Seminario y a los actuales seminaristas va dirigida mi gratitud y todo mi afecto. Todos los fieles de la diócesis nos alegramos de poder celebrar este acontecimiento y a todos os pido la oración y vuestra ayuda para que no nos falten vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal.

La Virgen Inmaculada y los santos niños Justo y Pastor son todo un programa para nuestro Seminario. En María han de mirarse nuestros seminaristas para suplicar al Señor la pureza de corazón y aprender de ella la docilidad a la acción de la gracia. Como María, los sacerdotes ponemos nuestra total confianza en el Señor y queremos responder a su llamada con una entrega total de la que el celibato es el signo de un amor sin reservas para ser imágenes del Buen Pastor.

Los santos niños Justo y Pastor, patronos de la diócesis de Alcalá de Henares, son también una llamada a vivir la propia vocación con un carácter martirial. Si toda nuestra diócesis debe tener este carácter, de una manera especial se pide a los seminaristas y sacerdotes aprender de ellos la audacia de la fe y la fortaleza de los mártires para ser signos de la victoria del amor en esta sociedad postcristiana.

Concluyo estas pequeñas reflexiones pidiéndole de nuevo, como al comienzo de mi ministerio episcopal, que se muestre como Madre: *¡Monstra te ese Matrem!* Que todos podamos contar con su ayuda materna y edificar, con la ayuda de la gracia, una verdadera familia. Que todas nuestras familias, nuestras parroquias y movimientos, que todas las comunidades de vida consagrada, que nuestros seminarios e instituciones de formación sacerdotal, y que todos los fieles de la diócesis encontremos en María la respuesta a nuestra situación y el modo adecuado de ser cristianos en medio del mundo.

A ella nos dirigimos con la oración más antigua que nos ha entregado nuestra tradición: “*Sub tuum praesidium*”.

Bajo tu amparo nos acogemos Santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh virgen gloriosa y bendita.

Con mi bendición.

† Juan Antonio Reig, Obispo Complutense

Viacelli, 24 de agosto de 2022

RENUNCIA DEL OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

El día 21 de septiembre del presente se ha publicado en el Boletín de la Sala de Prensa de la Santa Sede la siguiente nota: "El Santo Padre ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la Diócesis de Alcalá de Henares (España) presentada por S.E. Mons. Juan Antonio Reig Plá."

COMUNICADO DEL OBISPO EMÉRITO DE ALCALÁ DE HENARES Y BREVE NOTA BIOGRÁFICA

El día 7 de julio de 2022 presenté, según lo previsto por el Código de Derecho Canónico, mi renuncia, como obispo de la diócesis de Alcalá de Henares, al Santo Padre el Papa Francisco. Hoy día 21 de septiembre de 2022, festividad de San Mateo apóstol, se hace pública la aceptación de mi renuncia por parte del sucesor de Pedro. A partir de este momento paso a ser Obispo emérito de la Diócesis de Alcalá de Henares (antigua Diócesis Complutense).

Doy gracias a Dios y a mi madre la Iglesia Católica por todo el tiempo en que he venido ejerciendo el ministerio sacerdotal y episcopal. Doy gracias a mis queridos arzobispos de Valencia, mi diócesis de origen, a los sucesores de Pedro: San Juan Pablo II que me designó como obispo de Segorbe-Castellón, a Benedicto XVI y al Papa Francisco bajo cuya guía he pastoreado la grey de Cartagena en España y la de Alcalá de Henares.

En las tres diócesis he contado con el afecto de los sacerdotes, de los miembros de la vida consagrada y de los fieles cristianos laicos. Para todos ellos mi

inmensa gratitud y mi petición de perdón por los errores cometidos a lo largo de estos años.

Siempre, siguiendo mi lema episcopal, *Monstra te ese Matrem* - "Muestra que eres Madre", he podido experimentar la protección y la guía de la Santísima Virgen María. A ella he recurrido siempre y nunca me he visto defraudado. Con ella he querido seguir la peregrinación de la fe y el seguimiento de Cristo, convencido de saber bien de quién me he fiado (Cf. 2 Tim 1, 12). En Cristo he depositado toda mi esperanza y puedo decir con San Pablo que "vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2, 20).

Pido la bendición sobre la diócesis de Alcalá de Henares y su provincia eclesiástica, y suplico a todos los fieles que acojan a mi sucesor con el afecto y la fidelidad que les caracteriza. Para todas las familias, los jóvenes y las personas que sufren de la diócesis, a los que he amado con amor de predilección, a los sacerdotes y seminaristas, y a los miembros de la vida consagrada, les ruego que oren por mí para que, hasta el último aliento, pueda ser testigo del amor de Dios.

† Juan Antonio Reig Pla
Obispo emérito de Alcalá de Henares

21 de septiembre de 2022

Breve nota biográfica

Excmo. y Rvdmo. Mons. Dr. D. Juan Antonio Reig Pla

Hijo de Manuel y Amparo.

Nació en Cocentaina, archidiócesis de Valencia y provincia de Alicante, el 7 de julio de 1947.

Bautizado en la parroquia de "La Asunción de Sta. María" de Cocentaina el 11 de julio de 1947.

Recibió su primera comunión en la parroquia de "La Asunción de Sta. María" de Cocentaina.

Confirmado en la parroquia de "La Asunción de Sta. María" de Cocentaina el 21 de mayo de 1959.

Presbítero de la Archidiócesis de Valencia

Realizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Metropolitano de Valencia, en la Universidad Pontificia de Salamanca (Licenciado en Sagrada Teología, 1973), en la Academia Alfonsiana de Roma y en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma (Doctorado en Teología Moral, 1978). Ordenado diácono el 3 de julio de 1970 en el Seminario Metropolitano "La Inmaculada" en Moncada (Valencia), seminario del que años más tarde sería Rector. Ordenado presbítero en la Sta. Iglesia Basílica Catedral Metropolitana de Valencia el 8 de julio de 1971.

Obispo de la Diócesis de Segorbe-Castellón (1996 - 2005)

El 22 de febrero de 1996, festividad de la Cátedra del apóstol San Pedro, siendo Canónigo Penitenciario de la Sta. Iglesia Basílica Catedral Metropolitana de Valencia, Vicepresidente-Decano del Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, Profesor de la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia, Profesor del Instituto Diocesano de Ciencias Religiosas de Valencia, Consiliario del Instituto Social Empresarial y Delegado Diocesano de Familia y Vida, fue elegido por S.S. el Papa San Juan Pablo II Obispo de la Diócesis de Segorbe-Castellón.

Fue consagrado Obispo y tomó posesión de la Diócesis el día 14 de abril de 1996 (Segundo Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia) en la Sta. Iglesia Basílica Catedral de la Asunción de Ntra. Sra. (Segorbe).

Hizo su entrada en la Ciudad de Castellón de la Plana el día 21 de abril.

De **1999 a 2014** fue Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida y Vicepresidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal Española.

También ha sido Miembro de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe y Vicepresidente del Pontificio Instituto Juan Pablo para estudios sobre el matrimonio y la familia (Sección Española) y del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para Ciencias del Matrimonio y de la Familia (Sección Española).

Obispo de la Diócesis de Cartagena en España (2005 - 2009)

El sábado 24 de septiembre, festividad de Ntra. Sra. de la Merced, de 2005, Año de la Eucaristía y de la Inmaculada, fue elegido por el Santo Padre el Papa Benedicto XVI Obispo de la Diócesis de Cartagena en España.

El viernes 18 de noviembre a las 11:00 h. llega a la que será su nueva diócesis, por el puerto de Cartagena, tal y como la tradición asegura que hizo el Apóstol Santiago en el año 36 de nuestra era.

Toma posesión canónica de la Diócesis de Cartagena en España el sábado 19 de noviembre a las 11:00 h. en la plaza de la Santa Iglesia Catedral de Cartagena en Murcia.

Obispo de la Diócesis de Alcalá de Henares (2009 - 2022)

El sábado 7 de marzo, festividad de las Santas Perpetua y Felicidad, mártires, del Año de Gracia de Nuestro Señor Jesucristo de 2009, Año Paulino, fue elegido por el Santo Padre el Papa Benedicto XVI Obispo de Alcalá de Henares.

El sábado 25 de abril, en la Santa e Insigne Catedral-Magistral de los Santos Niños Justo y Pastor de Alcalá de Henares toma posesión como Obispo de la Diócesis Complutense.

Obispo Emérito de la Diócesis de Alcalá de Henares (2022 -)

Lema episcopal: *"Monstra te ese Matrem"*

Otros servicios que desempeña actualmente

Actualmente es también miembro de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida y de la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida de la Conferencia Episcopal Española.

Algunas actividades relevantes

Cáritas

Como Obispo de Segorbe-Castellón y posteriormente de Cartagena, y ahora de Alcalá de Henares Mons. Reig no ha dejado de fomentar la Doctrina Social de la Iglesia y de apoyar intensamente tanto las Cáritas parroquiales como las interparroquiales y diocesanas. Podemos destacar en los últimos años, en particular, que ha promovido e inaugurado el *Centro de día "San Diego de Alcalá"* (2012) en orden a apoyar la cobertura de las necesidades básicas, que no están adecuadamente atendidas, de las personas sin hogar e impulsar su inserción social y también ha promovido e inaugurado (2016) la ***Casa de Acogida San Juan Pablo II*** fruto palpable del **Año Jubilar de la Misericordia**.

Casas-Cuna

Como Obispo de Segorbe-Castellón y posteriormente de Cartagena promovió sendas "casas-cuna" para acoger y ayudar a las madres embarazadas con problemas. También ha anunciado su intención de abrir una "casa-cuna" en Alcalá de Henares.

Centros de Orientación Familiar (COF)

Así mismo, siendo sacerdote en Valencia, promovió el Servicio de Acogida y Orientación Familiar (SAOF), y ya como Obispo ha erigido canónicamente los Centros Diocesanos de Orientación Familiar (COF) de las Diócesis de Segorbe-Castellón "*Domus Familiae*", de Cartagena "*Mater Familiae*" y de Alcalá de Henares "*Regina Familiae*".

Proyecto Raquel

El Proyecto Raquel es una organización eclesial compuesta por una red de sacerdotes y consejeros especialmente formados para ofrecer una atención individualizada a las mujeres -y también a los varones implicados- después de un aborto. La implantación de este Proyecto en España se ha realizado y se realiza bajo la dirección y supervisión de Mons. Juan Antonio Reig.

Proyecto Effetá - Parroquias por la vida

Mons. Reig ha introducido oficialmente en España el Proyecto Effetá. Este Proyecto busca promocionar, de un modo especial, la creación de grupos pro-vida en las parroquias, a través de la oración por la vida, formación y capacitación en el Evangelio y atención y acogida en las parroquias.

Proyecto Ángel

El "Proyecto Ángel" se centra en el acompañamiento a mujeres con un embarazo imprevisto o en dificultad, acogiendo "a la persona en todas sus dimensiones, material, psicológica y espiritual desde la fe".

La iniciación cristiana, –según el modelo del catecumenado bautismal–, de los niños, adolescentes, jóvenes y adultos, en el contexto de la pequeña comunidad: la parroquia como "comunidad de comunidades". Don Juan Antonio ha promovido con ardor apostólico, allá donde la Providencia le ha enviado,

el catecumenado bautismal o postbautismal (según los casos), consciente, además, de la necesidad de vincularlo a la pastoral familiar.

Pastoral vocacional

La crisis de vocaciones sacerdotales que sufre España y Europa es uno de los desafíos más punzantes abordados por Monseñor Juan Antonio Reig Pla. Un apostolado en el que ha trabajado durante toda su vida al servicio de la Iglesia. Primero, como profesor y Rector del Seminario Mayor de Valencia. Después, como obispo, fundando los seminarios mayores diocesanos misioneros *Redemptoris Mater* de Castellón, Murcia y Alcalá de Henares y, en general, alentando siempre la pastoral vocacional al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada.

Promoción de la Liturgia, la piedad popular y de las causas de los santos y mártires

Durante sus años de episcopado ha fomentado la dignidad de la Sagrada Liturgia y la piedad popular, impulsando en la diócesis de Alcalá de Henares la celebración del *Corpus Christi*, la fiesta de las Santas Formas y la Adoración Perpetua, la devoción a la Santísima Virgen María, la fiesta de los Santos Niños Mártires Justo y Pastor y la Reversión de sus Reliquias, la celebración de la Solemnidad de Todos los Santos y de su Vigilia (*Holywins*), la celebración de los Reyes Magos en Palacio, la festividad de San Valentín, etc. Asimismo, ha promovido la causa de los santos y de los mártires.

DECRETO DEL NOMBRAMIENTO
DEL EXCMO. Y RVDMO.
MONS. JESÚS VIDAL CHAMORRO
COMO ADMINISTRADOR APOSTÓLICO
DE LA DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

Prot. N. 685/2022

CONGREGATIO PRO EPISCOPIIS

Dicasterium pro Episcopis dal 5 giugno 2022

**COMPLUTENSIS
DE ADMINISTRATORIS APOSTOLICI NOMINATIONE**

DECRETUM

Ad consulendum regimini dioecesis Complutensis, vacantis ab hodierna die per renuntiationem Episcopi Exc.mi P.D. Ioannis Antonii REIG PLÁ Summus Pontifex FRANCISCUS Divina Providentia PP., praesenti Dicasterii

pro Episcopis decreto, nominat ac constituit Administratorem Apostolicum "sede vacante" memoratae Ecclesiae, donec novus Episcopus canonicam sedis possessionem capiat, Exc.mum P.D. Iesum VIDAL CHAMORRO, Episcopum titularem Eleplensem et Auxiliarem Matritensem, eique iura, facultates et officia tribuit quae Episcopis dioecesanis, ad normam iuris, competunt, attentis, tamen, quae in N° 244 Directorii de pastoralis ministerio Episcoporum "Apostolorum Successores" continentur.

Contrariis quibusvis minime obstantibus.

Datum Romae, ex aedibus Dicasterii pro Episcopis, die 21 mensis Septembris anno 2022.

† Marc Card. Ouellet

† Ilson de Jesús Montanari
A secreti

SALUDO DE MONS. JESÚS VIDAL,
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO
DE ALCALÁ DE HENARES

Alcalá de Henares, 21 de septiembre de 2022
Fiesta de San Mateo, apóstol

Queridos diocesanos de Alcalá de Henares:

Esta mañana, la Santa Sede ha hecho pública la aceptación de la renuncia de Mons. Juan Antonio Reig Pla como obispo de Alcalá de Henares. Al mismo tiempo, me ha nombrado Administrador Apostólico durante el tiempo en el que esta sede permanezca vacante en la espera del nombramiento del nuevo obispo diocesano.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento al Santo Padre por la muestra de confianza que esta misión supone. Como he ido descubriendo a lo largo de mi vida cristiana, la vida va creciendo en la confianza en la Iglesia, a través de la cual el Señor nos llama y va forjando nuestra vida en el fiat de María. Teniendo en

cuenta nuestras capacidades, talentos y pobreza, el Señor no deja de poner su mirada en nosotros confiándonos el cuidado de su tesoro más precioso, la Iglesia, llamada a ser testigo de su hermosa luz en medio de todos los hombres.

Quiero agradecer cordialmente a D. Juan Antonio su generosidad y entrega en los 13 años en los que ha servido como obispo de esta Iglesia complutense. Desde que fui nombrado obispo auxiliar de Madrid, hace 4 años, gracias a las reuniones de la Provincia Eclesiástica y de la Conferencia Episcopal Española, he tenido la ocasión de tratarle más de cerca y he podido experimentar su sencillez y su pasión por el anuncio del Evangelio. ¡Muchas gracias, D. Juan Antonio!

Inicio esta tarea con el deseo de servir en este tiempo de espera en sede vacante. La diócesis de Alcalá de Henares no me es totalmente desconocida, especialmente gracias al trabajo compartido en la Provincia Eclesiástica en mi tiempo de delegado de juventud y de rector del seminario de Madrid. Esta es una diócesis joven y viva, en la que la familia resplandece como testimonio del amor fiel de Dios en este mundo, que no deja de darnos, una y otra vez, el don de una vida nueva. Con todos vosotros: laicos, parroquiales y asociados de diversas formas; miembros de la vida consagrada, masculina y femenina, contemplativa y activa; seminaristas, diáconos y sacerdotes, seguiremos caminando para anunciar a todos en este tiempo la alegría que llena nuestro corazón por el encuentro con Cristo. Quiero hacer una especial mención a los jóvenes, con los que prepararemos durante este curso la peregrinación al encuentro con el Santo Padre en la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, y a los abuelos y personas mayores, maestros de vida y tan importantes en la transmisión de la fe. Queridos sacerdotes, cuento con vuestra imprescindible ayuda en esta misión que se me ha confiado para que caminemos todos juntos en armonía.

Al mismo tiempo, espero poder ser testigo para todos de la cercanía de Jesucristo, que se para a escuchar y viene a darnos su propia vida, compartiéndola con nosotros. Así estaremos atentos a las necesidades de nuestros hermanos más necesitados: de los que sufrís por la falta de los bienes más básicos para llevar una vida tranquila; de los enfermos que padecéis la enfermedad, en vuestras casas o en los hospitales; de los inmigrantes, que llegáis a nosotros buscando una vida mejor y a los que os hemos de acoger e integrar para la construcción común de la sociedad, y de todas las personas necesitadas de tan diferentes formas.

Deseo, por último, mostrar a todas las administraciones públicas y demás instituciones del tejido social de los pueblos y ciudades de la diócesis, a los fieles de otras confesiones cristianas y de otras religiones y a los no creyentes, mi disponibilidad a trabajar juntos para crear un ambiente de encuentro, diálogo y colaboración.

Me encomiendo, al inicio de esta tarea, a los santos niños mártires, Justo y Pastor, y a nuestra Madre, la Virgen María, en las distintas advocaciones en las que es venerada en nuestra diócesis, para que seamos discípulos fieles y testigos sencillos y audaces del evangelio.

Con mi afecto fraterno y bendición.

† Jesús Vidal Chamorro
Administrador Apostólico de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

ACTA DE LA TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE LA DIÓCESIS DE ALCALÁ DE HENARES

21/09/2022

En el nombre de Dios, Amén. A las 12:00 h. del día 21 de septiembre del año 2022, fiesta de San Mateo Apóstol; en el Salón de Obispos del Palacio Episcopal de la diócesis, sito en Pza. Palacio 1 bis, de la ciudad de Alcalá de Henares, debidamente convocados todos los miembros del Colegio de Consultores, con la presencia del Excmo. y Rvdmo. Mons. Juan Antonio Reig Pla, obispo emérito de la diócesis, y una vez rezada la hora intermedia, da comienzo el acto para recibir al Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Jesús Vidal Chamorro, Obispo auxiliar de Madrid, como Administrador Apostólico de la diócesis de Alcalá de Henares.

Asisten a la toma de posesión, como testigos de la misma, todos los miembros del Colegio de consultores, a saber: el Rvdo. D. Francisco Rodríguez González, el Rvdo. D. Javier Ortega Martín, el Rvdo. D. Juan Miguel Prim Goicoechea, el Rvdo. D. Fermín Peiró Manzanares, el Rvdo. D. Miguel Ángel

Pardo Álvarez, el Rvdo. D. Pascual Moya Moya, administrador, el Rvdo. D. Álvaro Fernández Ruiz, Vicario Judicial, y el Rvdo. D. Manuel García Álvarez, secretario cancller.

D. Juan Antonio Reig Pla, comienza presentando a los miembros del Colegio de Consultores, nombrándolos e indicando el oficio que tenían hasta este momento. A continuación, se procede a la lectura del nombramiento dado por el Santo Padre el Papa Francisco, comunicado por Mons. Bernardito C. Auza, Nuncio de Su Santidad en España, de Mons. Jesús Vidal Chamorro como Administrador Apostólico de Alcalá de Henares.

El texto del documento dice, en la primera parte, cuanto sigue:

Excelencia Reverendísima:

Con la presente, cumplo el venerado encargo confiado por el Dicasterio para los Obispos referente a la aceptación, por parte del Santo Padre el Papa Francisco, de la renuncia de S. E. Mons. Juan Antonio Reig Pla como Obispo de Alcalá de Henares, y al nombramiento de un Administrador Apostólico durante el tiempo en que esa Sede Episcopal esté vacante.

A este respecto, hago saber a Vuestra Excelencia que el Santo Padre le nombra Administrador Apostólico de la diócesis de Alcalá de Henares (...)

Todos los miembros del Colegio de Consultores comprueban la autenticidad del documento, hecho lo cual, el Excmo. y Rvdm. D. Jesús Vidal, pronuncia unas palabras mostrando su alegría por venir como Administrador Apostólico a Alcalá de Henares, una diócesis querida para él. D. Jesús Vidal nos indica que entró en el seminario el mismo año que se abría el Seminario Diocesano de Alcalá de Henares. Debido a su trabajo apostólico en Acción Católica y Manos Unidas, así como en la delegación de juventud y como rector del Seminario Mayor de Madrid, tuvo oportunidad de trabajar en comunión con la diócesis de Alcalá de Henares, tanto en la delegación de juventud como en la etapa final de rector del Seminario Conciliar de Madrid. D. Jesús Vidal nos indica que el Administrador Apostólico tiene como misión acompañar a la diócesis en el gobierno de forma ordinaria, sin querer realizar ninguna acción extraordinaria. Así se lo ha trasladado el Nuncio de su Santidad. D. Jesús nos indica que como Administrador Apostólico le gustaría contar con la ayuda

del Colegio de Consultores para el gobierno ordinario, teniendo en cuenta que cesan el resto de consejos diocesanos, excepto este consejo episcopal de Consultores. La intención del Administrador es la de simultanear esta misión con la de Obispo Auxiliar de Madrid. Este tiempo, nos indica D. Jesús, es para escucharnos y escuchar la situación de la diócesis esperando de nosotros nuestra confianza y nuestra transparencia. Esta mañana visitará el sepulcro de los Santos Niños en la Catedral Magistral para rezar por su etapa en la diócesis, por tarde publicará una pequeña nota y saludará a D. Florentino Rueda, que tantos años ha sido Vicario General.

A continuación, el Administrador Apostólico lee la carta que publicará por la tarde dirigida a los fieles diocesanos de Alcalá de Henares, donde le da gracias al Santo Padre por su confianza, a la vez que desea lo mejor para esta etapa de la diócesis de Alcalá deseando a los fieles de la diócesis poder ser testigos juntos del Evangelio de Jesucristo.

Seguidamente, cada uno de los miembros del Colegio de consultores se presenta explicando brevemente cuál es la labor en la curia y la labor pastoral de cada uno de los miembros. D. Jesús Vidal ratifica a continuación a los Vicarios en sus cargos y les emplaza para tener reunión del Colegio de Consultores todos los miércoles.

Para finalizar se lee el acta de la reunión, acta a la que todos los asistentes dan su aprobación y firman conmigo con fecha ut supra; de todo lo cual doy fe.

Rvdo. D. Miguel Ángel Pardo

Excmo. y Rvdmo. D. Juan Antonio Reig Pla
Obispo emérito de Alcalá de Henares

Rvdo. D. Fermín Peiró Manzanares

Excmo. y Rvdmo. D. Jesús Vidal Chamorro
Administrador Apostólico

Rvdo. D. Álvaro Fernández Ruiz

Rvdo. D. Pascual Moya Moya

Rvdo. D. Francisco Rodríguez González

Rvdo. D. Manuel García Álvarez
Canciller-Secretario

Rvdo. D. Javier Ortega Martín

Rvdo. D. Juan Miguel Prim Goicoechea

NOMBRAMIENTOS

Párroco

- **Rvdo. P. Pedro BOTÍA NOGUEIRA**, OFM, Párroco de San Francisco de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. P. Nicolás CALVO MARTÍN**, SDB, Párroco de San José de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Victor Manuel GONZÁLEZ SERRANO**, FMVD, Párroco de San Sebastián Mártir de Velilla de San Antonio. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco Javier MARTÍNEZ FERNÁNDEZ**, Párroco de Santo Ángel de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Luis Francisco BERROA MARTÍNEZ**, Párroco de San Maximiliano María Kolbe de Rivas-Vaciamadrid. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Fidèle NGOY MWENDA**, Párroco de Santo Domingo Pozuelo del Rey. Fecha de nombramiento 2022/09/15.

Coadjutor

- **Rvdo. P. Felipe LOMBRAÑA RUIZ**, OFM, Vicario Parroquial de San Francisco de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco Javier GARCÍA ESCORZA**, FMVD, Vicario Parroquial de San Sebastián Mártir de Velilla de San Antonio. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Pablo FRAAMORES**, Vicario parroquial de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Daniel CAYÓN OLIVARES**, Vicario parroquial de San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. José Antonio DURÁN MANSO**, Vicario parroquial de San Andrés Apóstol de Villarejo de Salvanes. Fecha de nombramiento 2022/09/09
- **Rvdo. P. Eustaquio SÁNCHEZ PELLÓN**, SDB, Vicario Parroquial de San José de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/13/09.
- **Rvdo. Sr. D. Joseph Cyril BASSEY**, Vicario parroquial de Virgen de Belén de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/15.
- **Rvdo. Sr. D. Orángel Ramón MAVARES MILLANO**, Vicario parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Torrejón de Ardoz. Fecha de nombramiento 2022/09/15.

Otros Cargos

- **Ilmo. Sr. D. Javier ORTEGA MARTÍN**, Delegado Episcopal de Catequesis. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Ramón Santiago MANRIQUE DE MESA**, Director Espiritual de Los Alumnos del Seminario Mayor Diocesano de la Inmaculada Concepción y de Los Santos Niños Justo y Pastor de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/01.
- **Rvdo. Sr. D. Pablo FRA AMORES**, Capellán de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/09.

- **Rvdo. Sr. D. Carlos LANGDON DEL REAL**, Delegado Episcopal de Pastoral Vocacional de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/09.
- **Rvdo. Sr. D. José GARCÍA HERNÁNDEZ**, Consiliario del Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Fecha de nombramiento 2022/09/09.
- **Rvdo. Sr. D. José David GARCÍA CUADRA**, Diácono de San Juan Bautista de Arganda del Rey. Fecha de nombramiento 2022/09/12.
- **Rvdo. Sr. D. Julio ALEJANDRE ARENAS**, Arcipreste Rivas-Vaciamadrid. Fecha de nombramiento 2022/09/13.
- **Rvdo. Sr. D. Josph Cyril BASSEY**, Capellán para los inmigrantes africanos de habla inglesa de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/12.
- **Rvdo. Sr. D. Arturo José OTERO GARCÍA**, Arcipreste de Alcalá Norte. Fecha de nombramiento 2022/09/12.
- **D^a. María Mercedes HERRAIZ ALARCÓN**, Directora de la Escuela de Evangelización de Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/12.
- **Rvdo. Sr. D. Francisco Javier MARTÍNEZ FERNÁNDEZ**, Director del Secretariado Diocesano para el Catecumenado. Fecha de nombramiento 2022/09/13.
- **Rvdo. P. Grzegorz ZYGULA**, Capellán de la Comunidad Polaca, en Alcalá de Henares. Fecha de nombramiento 2022/09/13.
- **D. Rubén GÓMEZ VIDAL Y D^a Encarnación CALDERÓN RODRÍGUEZ**, Delegados Episcopales de Pastoral de Familia. Fecha de nombramiento 2022/09/18.
- **D. José María GEAROSAT**, Secretario particular de S.E.R. Mons. Juan Antonio Reig Pla. Fecha de nombramiento 2022/09/20.

DEFUNCIONES

- El día 7 de septiembre de 2022 falleció en Torrejón de Ardoz (Madrid) el Rvdo. P. Andrés Arenillas San Esteban religioso perteneciente a la Societas Mariae Monfortana (PP. Monfortianos), que hasta su fallecimiento tuvo el cargo de Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Torrejón de Ardoz. ***Descanse en Paz.***

El P. Andrés nació el 18/04/1954 en Quintanamanvirgo (Burgos) y fue ordenado Presbítero en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Torrejón de Ardoz el 25 de mayo de 1980 donde ejerció su ministerio, desarrollado los siguientes cargos pastorales:

- Vicario Parroquial de Ntra. Sra. del Rosario de Torrejón de Ardoz: 01/06/1980-03/02/2003 y del 01/10/2005 - 07/09/2022.
- Administrador parroquial de Ntra. Sra. del Rosario de Torrejón de Ardoz: 02/03/2003- 01/10/2005.
- Consiliario HOAC de Alcalá de Henares: 21/11/2013 - 07/09/2022.

- El Rvdo. Sr. D. José María Pérez Pablo, sacerdote de la Diócesis de Alcalá de Henares, Párroco de la parroquia de San Pedro Apóstol de Fuente el Saz de Jarama, falleció el 26 de septiembre de 2022 a los 50 años de edad. Damos gracias a Dios por su vida y ministerio. ***Descanse en Paz.***

Fue ordenado sacerdote en Alcalá de Henares el 25 de octubre de 1997, ocupando durante sus casi 25 años de ministerio sacerdotal diversos cargos:

- Vicario Parroquial de San Pedro y San Pablo de Coslada: 29/10/1997 - 01/09/1998
- Párroco de Ntra. Sra. de los Remedios en Estremera: 01/09/1998 - 01/09/2001
- Administrador Parroquial de la Asunción de Ntra. Sra. en Brea de Tajo: 01/10/1999
- Párroco de San Gabriel Arcángel de Arganda del Rey - La Poveda: 01/09/2001 - 01/09/2006.
- Párroco de San Andrés Apóstol, en Villarejo de Salvanés: 01/09/2006 - 03/07/2013.
- Párroco de San Pedro Apóstol, en Fuente el Saz de Jarama: 03/07/2013- 26/06/2022.
- De igual modo, ha sido varios años Arcipreste y miembro del Consejo Presbiteral Diocesano.

ACTIVIDADES SR. OBISPO
Y DEL ADMINISTRADOR APOSTÓLICO
SEPTIEMBRE 2022

6 Martes

* Despacho de asuntos de la Curia.

7 Miércoles

* A las 12:00 h. en la Catedral-Magistral inauguración del curso de la Universidad de Alcalá, con palabras de Mons. Reig; a continuación procesión académica hasta la Universidad de Alcalá y allí Acto Académico.

* A las 20:00 h. Realiza el Pregón de la Virgen del Val en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal.

8 Jueves

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

* A las 16:00 h. funeral por el padre Andrés Arenillas en la parroquia del Ntra. Sra. Rosario de Torrejón de Ardoz.

* A las 18:30 h. Santa Misa con Votos perpetuos de Siervas del Hogar de la Madre, en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

9 Viernes

Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 20:00 h. Santa Misa en "las Claras" de Alcalá de Henares con la Cofradía del Stmo. Cristo de la Esperanza y el Trabajo y Ntra. Sra. de la Misericordia.

10 Sábado

Beato José de San Jacinto y compañeros mártires.

* A las 11:00 h. Santa Misa con Votos simples en las Carmelitas de "la Imagen" de Alcalá de Henares.

11 Domingo

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* A las 12:00 h. Santa Misa en la parroquia de San Juan Bautista de Arganda del Rey por la Fiesta Mayor en honor de la Virgen de la Soledad.

12 Lunes

Santo Nombre de María

13 Martes

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor

* A las 11:00 h. Reunión con arciprestes y delegados.

14 Miércoles

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

* Despacho de asuntos de la Curia.

15 Jueves

Ntra. Sra. la Virgen de los Dolores - Ntra. Sra. de la Soledad

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

16 Viernes

San Cornelio, papa y San Cipriano, obispo, mártires

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

17 Sábado

San Roberto Belarmino, obispo y doctor

* A las 12:00 h. en la parroquia de N^a S^a de Arbuel, de Villamanrique de Tajo Santa Misa con la Hermandad de Ntro. Padre Jesús Nazareno.

* A las 19:00 h. Procesión de la Virgen del Val desde la Catedral-Magistral hasta su ermita.

18 Domingo

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Ntra. Sra. del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares, Alcaldesa y Doctora de su Universidad

* A las 12:00 h. Santa Misa en la explanada de la ermita de la Virgen del Val, en su fiesta.

19 Lunes

* A las 19:00 h., en la fiesta de la Virgen del Val, procesión desde su ermita hasta la Catedral-Magistral.

20 Martes

San Andrés Kim Taegon, presbítero, y San Pablo Chong Hasang y compañeros mártires

* Jornada sacerdotal en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía (inauguración del curso) con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor", en la sede del primero.

21 Miércoles

San Mateo, apóstol y evangelista

* El día 7 de julio de 2022 el Excmo. y Rvdm. Mons. Dr. D. Juan Antonio Reig Pla presentó, según lo previsto por el Código de Derecho Canónico, su renuncia, por edad, como obispo de la diócesis de Alcalá de Henares, al Santo Padre el Papa Francisco. El día 21 de septiembre de 2022, festividad de San Mateo apóstol, a las 12:00 horas se hizo pública la aceptación de su renuncia por parte del sucesor de Pedro. A partir de este momento S. E. R. Mons. Dr. D. Juan Antonio Reig Pla pasó a ser Obispo emérito de la Diócesis de Alcalá de Henares (antigua Diócesis Complutense). Mons. Reig a esa hora, en el Palacio Arzobispal, informó al Colegio de Consultores, y a los miembros de la Curia Diocesana presentes, de la decisión del Santo Padre.

A.M.D.G.

21 Miércoles

* A las 12:00 h. Presentación del Administrador Apostólico en el Obispado de Alcalá de Henares.

22 Jueves

23 Viernes

24 Sábado

*A las 11:30 h. Confirmaciones en la Parroquia Santos Juan y Pablo de San Fernando de Henares.

25 Domingo

26 Lunes

27 Martes

*A las 12 h. Encuentro con la CONFER diocesana de Alcalá.

28 Miércoles

*A las 8:30 h. Santa Misa y Visita al convento de las Clarisas de Santa Clara.

SR. OBISPO

**CARTA DEL OBISPO DE GETAFE,
D. GINÉS GARCÍA BELTRÁN,
PARA EL ENVÍO DE CATEQUISTAS,
EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 2022,
FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ**

"El Obispo es el primer predicador del Evangelio con la palabra y el testimonio de vida" y, como principal responsable de la catequesis de la diócesis, tiene la función principal, junto con la predicación, de promover la catequesis. (Nuevo Directorio para la Catequesis, 114).

Comienza un nuevo año pastoral, y dentro de las acciones pastorales que se van a realizar, la catequesis ocupa un lugar principal. En nuestro Plan Diocesano de Evangelización, este año un objetivo será "Iniciar en la fe: los procesos de Iniciación Cristiana"; esta labor es una tarea de toda la Iglesia pero algunos "también pueden ser llamados a cooperar con el Obispo y los sacerdotes en el ejercicio del ministerio de la Palabra" (CIC c.759).

Es conveniente que seáis enviados todos aquellos que habéis sido llamados a ejercer el ministerio de la Palabra a través de la catequesis. Por esta razón os

convoco el sábado 8 de octubre de 2022 en la parroquia Santa Maravillas de Jesús (Pza. Tomás y Valiente s/nº, Getafe). Además este día, siguiendo una de las líneas de acción propuestas en nuestro Plan Diocesano de Evangelización, se presentará el Directorio Diocesano para la Iniciación Cristiana. Comenzaremos a las 10.30 hh con la presentación del Directorio en el salón de actos y después, en el templo parroquial, celebraremos la Misa de envío de los catequistas.

Invito a todas las parroquias, centros educativos, hermandades, cofradías etc., que no puedan asistir a la celebración a que se realice, en nombre del Obispo, como principal responsable de la catequesis en la diócesis, el envío de los catequistas, para lo cual la Delegación de Liturgia ha preparado un subsidio litúrgico. Os animo a ser fieles a la Tradición y Magisterio de la Iglesia, fundamentados en la Sagrada Escritura, con el fin de comunicar la vida nueva que nace de la predicación del Evangelio a todos aquellos a los que sois enviados.

Os saludo a todos con afecto y os deseo un año pastoral muy fructífero, al tiempo que os doy mi bendición.

† Ginés, Obispo de Getafe

DECRETO

GINÉS GARCÍA BELTRÁN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. DO 17/2022

El Derecho de la Iglesia reconoce, además de los institutos de vida consagrada, "la vida eremítica o anacorética, en la cual los fieles, con un apartamiento más estricto del mundo, el silencio de la soledad, la oración asidua y la penitencia, dedican su vida a la alabanza de Dios y salvación del mundo" (c. 603 del CIC).

El reconocimiento jurídico de esta vida consagrada no asociada, está sometido a que el, o la, eremita o anacoreta, haga profesión pública de los tres consejos evangélicos ante el Obispo diocesano, y bajo su guía guarde su propia forma de vida.

Considerando que esta forma de vida es un bien para esta Iglesia particular, al interceder ante el Señor con la oración y la penitencia, para el bien de las almas, *por las presentes*

DECRETO

Instituir en la Diócesis de Getafe

LA VIDA EREMÍTICA

De este modo, quienes elijan este estilo de vida dentro de la vida consagrada, estarán reconocidos por el derecho como entregados a Dios, al profesar públicamente los tres consejos evangélicos en manos del Obispo diocesano, al que tendrán como legítimo superior.

Dado en Getafe el 14 de septiembre de 2022, en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

GINÉS GARCÍA BELTRÁN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. DO 18/2022

DECRETO

La Iglesia es un misterio de Comunión y Misión. Comunión a imagen de Dios que es Comunión trinitaria, por esto, los que hemos sido incorporados a Cristo por el bautismo, y constituidos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. can. 96), formamos una unidad en la que compartimos la misma vocación y misión. La unidad de la Iglesia nos recuerda, entre otras cosas, que todos somos responsables de su misión. Es lo que manifiestan los distintos carismas y ministerios, que por inspiración del Espíritu Santo y bajo su influjo, enriquecen a la Iglesia y la visten de belleza.

Para expresar esta realidad, el Concilio Vaticano II, alumbró la creación de organismos que expresen la comunión en el ámbito de la Iglesia universal y de las iglesias particulares diseminadas por todo el mundo. Es el caso de los Consejos de pastoral, deseados por el Concilio y pensados como Consejo "que presida el Obispo diocesano, y del que formen parte clérigos, religiosos y laicos especialmente escogidos", y que tiene como función "estudiar y sopesar lo que atañe a las obras pastorales y sacar del estudio conclusiones prácticas" (Decreto *Chritus Dominus*, n. 27).

Los consejos son también expresión de una Iglesia sinodal. Hoy, es un bien probado la existencia y oportunidad de los consejos pastorales en las iglesias particulares, que han cumplido, y cumplen, la misión para la que fueron creados. También en esta joven diócesis de Getafe se constituyó el Consejo Diocesano de Pastoral, y durante años ha sido la instancia en la que se han programado y discernido las líneas pastorales diocesanas y su desarrollo.

Es, por tanto, el Consejo Diocesano de Pastoral un instrumento válido para manifestar la comunión entre todos los que formamos la iglesia diocesana, y una ayuda al ejercicio del ministerio pastoral del Obispo diocesano y de su presbiterio, principalmente en lo que se refiere a la programación y acción pastoral. Son muchos los cambios que la diócesis ha sufrido en estos años, por lo que parece conveniente la revisión y el cambio de los mencionados estatutos.

El Consejo diocesano de pastoral en la sesión del 28 de mayo de 2022 estudió y votó favorablemente los presentes estatutos que constan de 4 capítulos y 25 artículos.

Por todo lo cual, y a tenor del can. 511 de la legislación canónica universal, vengo a APROBAR ESTOS ESTATUTOS, al tiempo que abrogo los estatutos anteriores, con el mandato de que sean publicados en el Boletín Oficial de la Provincia eclesiástica. Estos estatutos que ahora aprobamos formarán parte de nuestra legislación particular y entrarán en vigor el próximo día 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, aniversario de la toma de posesión del primer obispo de la Diócesis.

Deseo que la renovación de este Consejo Diocesano, expresión de la comunión de todo los que formamos la comunidad diocesana de Getafe, sea signo y fermento de un renovado compromiso por la evangelización de los hombres y mujeres de esta tierra. Los trabajos del Consejo servirán, sin duda, para tomar conciencia de la común responsabilidad en la misión de la Iglesia, al tiempo que ayudará a revitalizar nuestra vida cristiana.

Dado en Getafe, a 15 de septiembre, memoria de Nuestra Señora de los Dolores.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

DECRETO

GINÉS GARCÍA BELTRÁN
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

Prot. N. CR 53/2022

La Congregación de Siervas de la Pasión abrió una casa religiosa en Boadilla del Monte (Madrid) el 18 de febrero de 2014.

La Superiora Provincial de la citada Congregación, mediante escrito del 1 de septiembre de 2022, comunica que tiene intención de cerrar la casa de la Comunidad sita en e/ Isabel de Farnesio, nº 9, en Boadilla del Monte (Madrid), y realiza la consulta prevista en el c. 616 § 1 del CIC.

Por las presentes,

DOY MI CONSENTIMIENTO

para la supresión de dicha Comunidad de la Congregación de Siervas de la Pasión.

Comuníquese al Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia la supresión de la casa, en el que figura con el número **1148-SE/B**.

Dado en Getafe a 16 de septiembre de 2022.

† Ginés García Beltrán
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller-Secretario General

CANCILLERÍA - SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 21 de septiembre de 2022, el Obispo diocesano, D. Ginés García Beltrán, ha realizado los siguientes nombramientos pastorales:

I. NOMBRAMIENTOS PARROQUIALES

PÁRROCOS

- **D. Alejandro Palma San Pedro.** San Saturnino, en Alcorcón.
- **D. Claude Pascal Degri.** Nuestra Señora de Fátima, en Getafe.
- **D. José Ignacio Izquierdo Ramones.** Santa Teresa del Niño Jesús, en Leganés.
- **P. Germán Antonio Antón Agramonte OAR.** Nuestra Señora de Buenavista, en Getafe.

- **D. Elkin Rafael Merlano Ruiz.** Nuestra Señora del Cerro, en Getafe (Se crea Unidad Pastoral con la Parroquia Santa Teresa).
- **D. Aroldo Herrera Carmona.** Santiago Apóstol, en El Álamo.

VICARIOS PARROQUIALES

- **D. Juan Carlos Pérez Ruiz.** Santa María Magdalena, en Getafe.
- **D. Jean Damascene Hakizimana.** San Francisco Javier, en Pinto.
- **D. Luis Eloy Serrano González.** San Esteban Protomártir, en Fuenlabrada.
- **D. Sery Anselme.** Nuestra Señora de las Angustias, en Aranjuez.
- **D. Daniel Antonio Agudelo Coronado.** Espíritu Santo, en Aranjuez.
- **D. Gaetan Alexis Pilly Ngouembe.** San Isidro, en Leganés.
- **D. William Alberto Rodríguez García.** Virgen del Carmen y San Pablo VI, en Móstoles.
- **D. Yapi Vicent Ogou.** Nuestra Señora de Fátima, en Getafe.
- **D. Manuel Enrique Chávez Colina.** Nuestra Señora del Pilar, en Valdemoro.
- **P. Tomás Gerardo Ortega González OAR.** Nuestra Señora de Buenavista, en Getafe.
- **P. Esteban Tapia Fuentes SDB.** Cristo Liberador, en Parla.
- **P. Santiago-Ela Nve Bindang SDB.** María Auxiliadora, en Fuenlabrada.

ADSCRITOS

- **D. Fernando Redondo Pavón.** Santa María Magdalena, en Getafe.
- **D. Francisco Javier Arias Juárez.** Asunción de Nuestra Señora, en Arroyomolinos.
- **D. Lorenzo Blasco Blasco.** San Eladio, en Leganés.
- **D. Carlos Dorado Aguado.** Nuestra Señora de la Saleta, en Alcorcón.

II. OTROS NOMBRAMIENTOS

- **D. Juan Gabriel Muñoz Hurtado.** Formador del Seminario Mayor.
- **D. Enrique Alonso** (laico). Delegado de Pastoral de Juventud.
- **D. Miguel Luengo Sánchez.** Subdelegado de Pastoral de Juventud (continua).
- **D. Rubén Herraiz Holguín.** Subdelegado de Pastoral de Juventud.
- **D. José Ignacio Orbe Jaurrieta.** Director espiritual de la Adoración Nocturna.
- **D. Javier Ijalba Pérez.** Capellán del Colegio CEU Montepíncipe.
- **D. Miguel Luengo Sánchez.** Capellán del Colegio CEU Montepíncipe.

ESTATUTOS DEL CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL DE GETAFE

PROEMIO

El Concilio Vaticano II pedía en el Decreto *Christus Dominus* la constitución en cada diócesis del Consejo Diocesano de Pastoral, como forma institucional que expresa la participación de todos los fieles, de cualquier estado canónico, en la misión de la Iglesia: *"Es muy de desear que se establezca en cada diócesis un Consejo específico de Pastoral, que esté presidido por el Obispo diocesano y del que formen parte clérigos, religiosos y laicos especialmente elegidos. La misión de este Consejo será estudiar y pensar lo que se refiere a las actividades pastorales y proponer, en relación con ellas, conclusiones prácticas"* (*Christus Dominus* 27).

El Consejo de Pastoral diocesano, por tanto, debe ser una imagen de la porción del Pueblo de Dios que conforma la Iglesia particular, y sus miembros deben ser escogidos «teniendo en cuenta sus distintas regiones, condiciones sociales y profesiones, así como también la parte que tienen en el apostolado, tanto personalmente como asociados con otros. Todos los miembros del Consejo deben

estar en plena comunión con la Iglesia católica y destacar por la seguridad de su fe, buenas costumbres y prudencia" (cfr. *Apostolorum Successores*, 184).

"El trabajo del Consejo es de naturaleza consultiva, y se debe caracterizar por un delicado respeto de la jurisdicción episcopal y de la autonomía de los fieles, solos o asociados, sin pretensiones de dirección o coordinación extrañas a su naturaleza. Sin embargo, el Obispo debe tener en la debida consideración el parecer de los miembros del Consejo, en cuanto colaboración responsable de la comunidad eclesial en su oficio apostólico" (Ibid., 184).

El Consejo Diocesano de Pastoral es un medio de vivir y expresar la sinodalidad, que es característica de todo el Pueblo de Dios, de modo concreto en la Iglesia particular, pues cada uno de sus miembros, al reflexionar sobre la diócesis y proponer acciones pastorales, coopera según su propio carisma y condición en la misión de la Iglesia, *"signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano"* (LG 1). En efecto, la eclesiología del Pueblo de Dios destaca la común dignidad y misión de todos los bautizados en el ejercicio de la multiforme y ordenada riqueza de sus carismas, de su vocación, de sus ministerios para el bien de la Iglesia.

Por eso, el Consejo Diocesano de Pastoral, sin sustituir ni suplantar a otros organismos colegiales existentes en la diócesis, sin embargo por su carácter de imagen de toda la diócesis en su diversidad de carismas, es el organismo que expresa en sumo grado la corresponsabilidad de todos en la misión de la Iglesia Diocesana. Dada la importancia y representatividad de este Consejo, el Obispo tomará muy en cuenta sus indicaciones, ya que constituyen una colaboración responsable de la comunidad eclesial en su oficio apostólico (Cfr. *Directorio ministerio pastoral Obispos*, 204).

I.- FINALIDAD DEL CONSEJO

Art. 1. El Consejo de Pastoral es un órgano de consulta respecto a las actividades pastorales de la diócesis, compuesto, bajo la presidencia del Obispo, por fieles cristianos en plena comunión con la Iglesia Católica: clérigos, miembros

de Institutos de Vida Consagrada y de Sociedades de Vida Apostólica y, sobre todo, laicos. Todos ellos representan la porción del Pueblo de Dios que constituye la diócesis (cfr. c. 512).

Art. 2. El Consejo de Pastoral tiene como fin *"estudiar y valorar, bajo la autoridad del Obispo, lo que se refiere a las actividades pastorales de la diócesis y sugerir conclusiones prácticas sobre ellas, con el fin de promover la conformidad de la vida y de los actos del Pueblo de Dios con el Evangelio"* (M. P. Ecl. Sanctae, 16 y c. 511).

Art. 3. Al Consejo Diocesano de Pastoral le corresponden las siguientes funciones:

a. Discernir e interpretar, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, los análisis de la realidad social y eclesial de la diócesis para descubrir cómo realizar mejor la misión evangelizadora.

b. Evaluar la realización de los Planes Diocesanos de Pastoral, las programaciones anuales y los planes elaborados por el propio Consejo.

c. Proponer al Obispo opciones, acciones, metodologías, instrumentos para el Plan Diocesano de Pastoral o para determinados sectores de la acción pastoral.

d. Contribuir a la formación y consolidación de los Consejos Pastorales de las parroquias y arciprestazgos.

e. Estudiar los asuntos y temas concretos que se le encarguen.

f. El Consejo Diocesano de Pastoral tiene sólo voto consultivo.

II.- COMPOSICIÓN DEL CONSEJO

Art. 4. Preside el Consejo Diocesano de Pastoral el Obispo diocesano.

Art. 5. Son funciones del Presidente:

- a. Nombrar a los miembros que componen este Consejo.
- b. Convocar y presidir las reuniones del Pleno.
- c. Fijar el orden del día.
- d. Animar el quehacer corresponsable de todos los miembros del Consejo para que cumplan adecuadamente la misión que les ha sido encomendada.
- e. Dar publicidad a lo tratado en el Consejo, cuando lo considere oportuno.

Art. 6. El Consejo diocesano de Pastoral está compuesto por miembros natos, elegidos y de libre designación. La duración de su encargo de miembros será de 4 años.

Art. 7. Son miembros natos del Consejo:

- a. El Obispo auxiliar, si lo hubiera
- b. El vicario general
- c. El canciller secretario del Obispado
- d. Los vicarios episcopales, si los temas tratados en la sesión del Consejo afectan a su vicaría.

Art. 8. Son miembros clérigos elegidos del Consejo:

- a. Dos representantes del Consejo Presbiteral
- b. Un representante de los diáconos permanentes

Art. 9. Son miembros laicos elegidos del Consejo

a. Dos representantes de los arciprestazgos de Alcorcón, Getafe, Leganés, Móstoles, Fuenlabrada, Parla y Valdemoro, y un representante de los demás arciprestazgos.

b. Cuatro representantes de la Vicaría episcopal de Evangelización.

c. Cuatro representantes de la Vicaría episcopal de Apostolado Seglar.

d. Cuatro representantes de la Vicaría episcopal de acción caritativa y social.

e. Un representante de la Vicaría del Cerro de los Ángeles (laico).

f. Dos representantes de las asociaciones y movimientos de laicos.

g. Un representante de la CONFER (clérigo o laico).

Art. 10. Son miembros de libre designación clérigos, personas de vida consagrada o laicos nombrados por el Obispo diocesano.

Art. 11. Los miembros del Consejo Diocesano de Pastoral lo son personalmente, no pudiendo delegar en otra persona el ejercicio de su función.

Art. 12. Los miembros del Consejo Pastoral Diocesano que han de ser elegidos por el grupo al que representan, y lo serán conforme a derecho (cfr. c. 119).

Art. 13. Son funciones y deberes propios de los consejeros:

1. Asistir al Pleno del Consejo y no declinar la asistencia sin causa justa.

2. Dar su parecer o emitir su voto cuando le sea requerido por el Obispo.

3. Ser discretos en las deliberaciones de los asuntos tratados.

4. Cada miembro, cuando da su parecer o emite su voto, decide bajo su propia responsabilidad. Con todo, es conveniente que tenga en cuenta el parecer de los fieles a quienes representa y a quienes ha de informar de los asuntos tratados o que se van a tratar en el Consejo Diocesano de Pastoral.

Art.14. El Consejo Diocesano de Pastoral tendrá su Secretario, que lo será también de la comisión permanente, es, por su cargo, el Secretario Canciller del obispado.

Son funciones del Secretario del Consejo:

a. Cursar, por orden del Presidente, las convocatorias del Pleno y de la Comisión Permanente.

b. Extender las actas de las sesiones del Pleno y de la Comisión Permanente, en las que consten los temas tratados y los acuerdos tomados, autenticándolos con su firma.

c. Llevar el registro de las altas y bajas de los miembros del Consejo.

d. Custodiar la Actas del Consejo y demás documentos.

e. Redactar, de acuerdo con el Presidente, el orden del día de las sesiones.

f. Preparar y enviar el material de trabajo a los consejeros.

g. Certificar documentos del Consejo y demás acciones propias de una Secretaría.

III. ÓRGANOS Y FUNCIONAMIENTO

Art 15. Los órganos del Consejo Diocesano de Pastoral son la asamblea plenaria y la comisión permanente.

Art. 16. La asamblea plenaria es el máximo órgano y está constituido por todos los miembros del Consejo.

1. Al principio de cada sesión, después de la plegaria, se leerá el acta de la reunión anterior para aprobarla, si procede.

2. El Obispo designará un moderador, al cual corresponde cuidar el desarrollo del orden del día, dar la palabra por turno y medir el tiempo de las intervenciones.

3. Sólo el Presidente del Consejo y de modo extraordinario podrá someter a discusión un tema que no esté contemplado en el orden del día.

Art. 17.

1. La plenaria, convocada por el Obispo, se reunirá al menos dos veces a lo largo de cada curso pastoral.

2. La plenaria se convocará al menos con quince días de antelación mediante citación del Secretario dirigida a cada uno de los miembros, en su propio domicilio. En la citación constará la fecha, hora, lugar y orden del día de la reunión.

Art. 18. Todos los miembros de la asamblea plenaria tienen derecho a voz y voto en las reuniones y deliberaciones del mismo.

Art. 19.

1. La plenaria desarrollará su actividad en un clima de participación y discernimiento, tratando de buscar, por consenso, el criterio que procure el mayor bien de la diócesis. Podrá acudirse al voto cuando lo considere necesario el Presidente.

2. Las votaciones se efectuarán según derecho, y serán secretas cuando se trate de personas, lo pida el Presidente o lo solicite cualquier consejero a través del Secretario.

Art. 20. La comisión permanente, presidida por el vicario general, está formada por los siguientes miembros:

1. El canciller secretario del obispado.
3. Tres miembros del Consejo elegidos por los demás miembros.

Art. 21. Corresponden a la Comisión Permanente las siguientes funciones:

1. Colaborar con el Obispo en la preparación de la asamblea plenaria, proponiendo el "orden del día", que él tiene que aprobar

2. Designar Ponentes y Comisiones, si hubiera lugar a ello, para el estudio de cada uno de los temas.

3. Asesorar al Obispo en asuntos pastorales urgentes.

4. Velar por el cumplimiento de los acuerdos tomados en asamblea plenaria y aprobados por el señor Obispo.

5. Fijar el método de trabajo más adecuado para el desarrollo de la plenaria.

6. Otras funciones que el Obispo o la asamblea plenaria le encomienden.

Art. 22. Los miembros que causen baja en el Consejo pueden ser sustituidos por otros mediante el mismo procedimiento con el que fueron designados a quienes sustituyen. El cese de un miembro del Consejo puede estar causado:

1. por renuncia voluntaria;
2. por traslado o cese en el oficio para el que fue elegido;
- 3 por ausencia injustificada a las convocatorias;

4. Cuando deje de cumplir las condiciones de idoneidad requeridas por el c. 512 §3, a juicio del Obispo diocesano.

IV. DISPOSICIONES FINALES

Art. 23.

1. El Consejo pastoral diocesano se disolverá transcurridos cuatro años desde su constitución, debiendo proceder a la renovación de sus miembros.

2. El Consejo quedará automáticamente disuelto al quedar vacante la sede episcopal (cf. c. 513 §2).

3. El Consejo podrá ser disuelto por el Obispo diocesano cuando razones pastorales así lo aconsejen, oída la Comisión Permanente.

Art. 24. El Consejo Diocesano de Pastoral se rige por los presentes Estatutos y por las disposiciones del derecho universal y particular de la Iglesia, según el orden de prelación establecido por la legislación canónica.

Art. 25. El Obispo diocesano, oído el parecer del Consejo, puede modificar los Estatutos cuando lo considere oportuno, bien por propia iniciativa, bien a propuesta de la asamblea plenaria del Consejo.

DEFUNCIONES

- **D. Juan Manuel Pérez**, padre de D. Juan Carlos Pérez Ruiz, vicario parroquial en Nuestra Señora del Pilar, en Valdemoro, falleció el 11 de septiembre, a los 72 años de edad.

- **D. Rafael Jiménez Manzano**, sacerdote de la Prelatura del Opus Dei, fue párroco en San Simón de Rojas (Móstoles); falleció el 14 de septiembre, en el Hospital Laguna (Madrid) a los 65 años de edad. Desde su ordenación, en 1985, desempeñó su labor pastoral como capellán de las universidades Complutense y Rey Juan Carlos, haciendo presente a Cristo en medio del mundo estudiantil. También fue capellán en la residencia de mayores 'Parque Coimbra' (Móstoles) acompañando a los residentes en los años de senectud, llevándoles la misericordia de Dios. A lo largo de los años colaboró intensamente con la pastoral juvenil y familiar de varias diócesis. También tuvo cargos pastorales en el Ordinariato castrense.

Dios de amor, da a nuestros hermanos difuntos un lugar entre los santos y haz que nosotros un día nos encontremos con ellos en tu reino.

Conferencia Episcopal Española

NOTA DE LA COMISIÓN PERMANENTE DEL 27 Y 28 DE SEPTIEMBRE

La **Comisión Permanente** de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado en Madrid su 260º **reunión** los días **27 y 28 de septiembre**. En este encuentro, los obispos han repasado varios de los documentos sobre los que están trabajando las distintas Comisiones Episcopales y organismos de la CEE antes de su paso a la Plenaria de noviembre.

Nuevo catecismo para adultos "¡Es el Señor!"

Mons. José Rico ha presentado a los miembros de la Comisión Permanente el avance del trabajo de redacción del catecismo para adultos "¡Es el Señor!" en el que trabaja la **Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado** de la que es presidente.

El texto ha sido **bien acogido por los obispos de la Comisión**, quienes han realizado algunas observaciones en el diálogo sobre el texto. Con las propuestas de los obispos, **se seguirá trabajando en su redacción y edición hasta la**

próxima Plenaria. Este Catecismo pretende ser un instrumento de ayuda para progresar en la fe para aquellos que están realizando el catecumenado de adultos o se reinician en la vida cristiana por medio de la catequesis de adultos. De hecho, en su planteamiento sigue el proceso del Ritual de la iniciación cristiana de adultos. Con él se desea completar los **documentos de la fe que ha publicado la Conferencia Episcopal Española.**

Orientaciones sobre los ministerios laicales de lector, acólito y catequista

También **Mons. Rico Pavés**, junto al presidente de la **Comisión Episcopal para la Liturgia**, **Mons. Leonardo Lemos**, han presentado las "**Orientaciones sobre los Ministerios Instituidos: Lector, Acólito y Catequista**". Este documento recoge las sugerencias de la Plenaria de abril, y tras las aportaciones recibidas en el diálogo de los miembros de la Comisión Permanente, **volverá a la Asamblea Plenaria** de noviembre para su debate y aprobación.

Las Orientaciones sobre los ministerios laicales de lector, acólito y catequista, en las que trabajan conjuntamente ambas Comisiones, se preparan después de la promulgación por parte del **papa Francisco** del **Motu Proprio Spiritus Domini**, de 11 de enero de 2021, sobre el acceso de las mujeres a los ministerios instituidos, y del **Motu Proprio Antiquum ministerium**, de 10 de mayo de 2021, por la que se instituye el ministerio de los catequistas. La Conferencia Episcopal Española emprendió un proceso de reflexión sobre las consecuencias prácticas y la aplicación de ambas cartas.

El primer anuncio de la fe

La **Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida** ha presentado su propuesta de trabajo basada en las conclusiones del **Congreso de Laicos** que se celebró en España en febrero de 2020 y que ha sido enriquecido con las aportaciones que salen del proceso **sinodal en España**, que se clausuró en junio de 2022. El trabajo lleva por título **Nuevos frutos para**

un Pueblo de Dios en camino, y se ha presentado a los miembros de la Permanente lo referido al Primer anuncio. El texto incluye una **propuesta para discernir cómo se encuentra la Iglesia en España respecto del primer anuncio**.

Este trabajo tiene su origen en las conclusiones que salieron del Congreso de laicos celebrado en Madrid que propuso cuatro líneas de trabajo: primer anuncio, acompañamiento, formación y presencia en la vida pública. Tras finalizar el proceso sinodal en España y presentar las conclusiones, la Comisión Episcopal para los Laicos propuso a la Comisión Permanente, en su reunión del pasado mes de junio, **dar continuidad al proceso sinodal siguiendo con el proyecto que resultó del congreso de laicos**. De esta manera, la propuesta es ofrecida no sólo como un servicio al apostolado seglar y a movimientos y asociaciones a él vinculados, sino también a los grupos sinodales que se han creado.

La Comisión permanente ha debatido sobre su contenido y ha realizado sus aportaciones que serán recogida y debatidas en la próxima Asamblea plenaria.

Persona, familia y sociedad

Los obispos han estudiado un **borrador del documento titulado Persona, familia y sociedad** que analiza la situación social de fondo en el contexto cultural actual. **Con algunas observaciones que se incluirán será debatido en la próxima Asamblea Plenaria**.

Otros temas del orden del día y nombramientos

Los obispos de la Comisión Permanente han aprobado el **temario de la próxima Asamblea Plenaria**, que se celebrará del 21 al 25 de noviembre de 2022. Como es habitual, se ha informado sobre el **estado actual de Ábside** (TRECE y COPE), sobre temas económicos y distintos asuntos de seguimiento. Además del trabajo de las distintas Comisiones Episcopales.

La Comisión Permanente ha aprobado los siguientes nombramientos:

- **P. Juan Javier Flores Arcas**, OSB, monje del monasterio de Santo Domingo de Silos, como presidente de la Asociación Española de Profesores de Liturgia.
- **Mons. José Ángel Sáiz Meneses**, arzobispo de Sevilla, como consiliario nacional del Movimiento "Cursillos de Cristiandad".
- **Rosa María Murillo Fuentes**, laica de la diócesis de Plasencia, como presidenta nacional del Movimiento "Cursillos de Cristiandad".

29/09/2022

SANTA MISA Y BEATIFICACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
EL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO I

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de San Pedro
XXIII domingo del Tiempo Ordinario,
4 de septiembre de 2022

Jesús estaba en camino hacia Jerusalén y el Evangelio de hoy dice que junto con Él "iba un gran gentío" (Lc 14,25). Ir con Jesús significa seguirlo, es decir, ser sus discípulos. Sin embargo, a estas personas el Señor les hace un discurso poco atractivo y muy exigente: el que no lo ama más que a sus seres queridos, el que no carga con su cruz, el que no renuncia a todo lo que posee no puede ser su discípulo (cf. vv. 26-27.33). ¿Por qué Jesús dirige esas palabras a la multitud? ¿Cuál es el significado de sus advertencias? Intentemos responder a estas preguntas.

En primer lugar, vemos una muchedumbre numerosa, mucha gente que sigue a Jesús. Podemos imaginar que muchos habían quedado fascinados por sus palabras y asombrados por los gestos que realizó; y, por tanto, habían visto en Él una esperanza para su futuro. ¿Qué habría hecho cualquier maestro de aquella época, o -podemos preguntarnos incluso- qué habría hecho un líder astuto al ver que sus palabras y su carisma atraían a las multitudes y aumentaban su popularidad? Sucede también hoy, especialmente en los momentos de crisis personal y social, cuando estamos más expuestos a sentimientos de rabia o tenemos miedo por algo que amenaza nuestro futuro, nos volvemos más vulnerables; y, así, dejándonos llevar por las emociones, nos ponemos en las manos de quien con destreza y astucia sabe manejar esa situación, aprovechando los miedos de la sociedad y prometiéndonos ser el "salvador" que resolverá los problemas, mientras en realidad lo que quiere es que su aceptación y su poder aumenten, su imagen, su capacidad de tener las cosas bajo control.

El Evangelio nos dice que Jesús no actúa de ese modo. El estilo de Dios es distinto. Es importante comprender el estilo de Dios, cómo actúa Dios. Dios actúa de acuerdo a un estilo, y el estilo de Dios es diferente del que sigue este tipo de personas, porque Él no instrumentaliza nuestras necesidades, no usa nunca nuestras debilidades para engrandecerse a sí mismo. Él no quiere seducirnos con el engaño, no quiere distribuir alegrías baratas ni le interesan las mareas humanas. No profesa el culto a los números, no busca la aceptación, no es un ídola del éxito personal. Al contrario, parece que le preocupa que la gente lo siga con euforia y entusiasmos fáciles. De esta manera, en vez de dejarse atraer por el encanto de la popularidad -porque la popularidad encanta-, pide que cada uno discierna con atención las motivaciones que le llevan a seguirlo y las consecuencias que eso implica. Quizá muchos de esa multitud, en efecto, seguían a Jesús porque esperaban que fuera un jefe que los liberara de sus enemigos, alguien que conquistara el poder y lo repartiera con ellos; o bien, uno que, haciendo milagros, resolviera los problemas del hambre y las enfermedades. De hecho, se puede ir en pos del Señor por varias razones, y algunas, debemos reconocerlo, son mundanas. Detrás de una perfecta apariencia religiosa se puede esconder la mera satisfacción de las propias necesidades, la búsqueda del prestigio personal, el deseo de tener una posición, de tener las cosas bajo control, el ansia de ocupar espacios y obtener privilegios, y la aspiración de recibir reconocimientos, entre otras cosas. Esto sucede hoy entre los cristianos. Pero este no es el estilo de Jesús. Y no puede ser el estilo del discípulo y de la

Iglesia. Si alguien sigue a Jesús con dichos intereses personales, se ha equivocado de camino.

El Señor pide otra actitud. Seguirlo no significa entrar en una corte o participar en un desfile triunfal, y tampoco recibir un seguro de vida. Al contrario, significa cargar la cruz (cf. Lc 14,27). Es decir, tomar como Él las propias cargas y las cargas de los demás, hacer de la vida un don, no una posesión, gastarla imitando el amor generoso y misericordioso que Él tiene por nosotros. Se trata de decisiones que comprometen la totalidad de la existencia; por eso Jesús desea que el discípulo no anteponga nada a este amor, ni siquiera los afectos más entrañables y los bienes más grandes.

Pero para hacer esto es necesario mirarlo más a Él que a nosotros mismos, aprender a amar, obtener ese amor del Crucificado. Allí vemos el amor que se da hasta el extremo, sin medidas y sin límites. La medida del amor es amar sin medidas. Nosotros mismos -dijo el Papa Luciani- "somos objeto, por parte de Dios, de un amor que nunca decae" (Ángelus, 10 septiembre 1978). Que nunca decae, es decir, que no se eclipsa nunca en nuestra vida, que resplandece sobre nosotros y que ilumina también las noches más oscuras. Y entonces, mirando al Crucificado, estamos llamados a la altura de ese amor: a purificarnos de nuestras ideas distorsionadas sobre Dios y de nuestras cerrazones, a amarlo a Él y a los demás, en la Iglesia y en la sociedad, también a aquellos que no piensan como nosotros, e incluso a los enemigos.

Amar; aunque cueste la cruz del sacrificio, del silencio, de la incomprensión y de la soledad, aunque nos pongan trabas y seamos perseguidos; amar así, incluso a este precio. Porque -como dijo también el Beato Juan Pablo I- si quieres besar a Jesús crucificado "no puedes por menos de inclinarte hacia la cruz y dejar que te puncen algunas espinas de la corona, que tiene la cabeza del Señor" (Audiencia General, 27 septiembre 1978). El amor hasta el extremo, con todas sus espinas; no las cosas hechas a medias, las componendas o la vida tranquila. Si no apuntamos hacia lo alto, si no arriesgamos, si nos contentamos con una fe al agua de rosas, somos -dice Jesús- como el que quiere construir una torre, pero no calcula bien los medios para hacerlo; éste "pone los cimientos" y después "no puede terminar el trabajo" (cf. v. 29). Si, por miedo a perdernos, renunciamos a darnos, dejamos las cosas incompletas: las relaciones, el trabajo, las responsabilidades que se nos encomiendan, los sueños, y también la fe. Y entonces acabamos por vivir a medias

-y cuánta gente vive a medias, también nosotros a veces tenemos la tentación de vivir a medias-; sin dar nunca el paso decisivo -esto significa vivir a medias-, sin despegar, sin apostar todo por el bien, sin comprometernos verdaderamente por los demás. Jesús nos pide esto: vive el Evangelio y vivirás la vida, no a medias sino hasta el extremo. Vive el Evangelio, vive la vida, sin concesiones.

Hermanos, hermanas, el nuevo beato vivió de este modo: con la alegría del Evangelio, sin concesiones, amando hasta el extremo. Él encarnó la pobreza del discípulo, que no implica sólo desprenderse de los bienes materiales, sino sobre todo vencer la tentación de poner el propio "yo" en el centro y buscar la propia gloria. Por el contrario, siguiendo el ejemplo de Jesús, fue un pastor apacible y humilde. Se consideraba a sí mismo como el polvo sobre el cual Dios se había dignado escribir (cf. A. Luciani/Juan Pablo I, Opera omnia, Padua 1988, vol. II, 11). Por eso, decía: "¡El Señor nos ha recomendado tanto que seamos humildes! Aun si habéis hecho cosas grandes, decid: siervos inútiles somos" (Audiencia General, 6 septiembre 1978).

Con su sonrisa, el Papa Luciani logró transmitir la bondad del Señor. Es hermosa una Iglesia con el rostro alegre, el rostro sereno, el rostro sonriente, una Iglesia que nunca cierra las puertas, que no endurece los corazones, que no se queja ni alberga resentimientos, que no está enfadada, no es impaciente, que no se presenta de modo áspero ni sufre por la nostalgia del pasado cayendo en el "involucionismo". Roguemos a este padre y hermano nuestro, pidámosle que nos obtenga "la sonrisa del alma", que es transparente, que no engaña: la sonrisa del alma. Supliquemos, con sus palabras, aquello que él mismo solía pedir: "Señor, tóname como soy, con mis defectos, con mis faltas, pero hazme como tú me deseas" (Audiencia General, 13 septiembre 1978). Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UNA DELEGACIÓN DE CÁRITAS ESPAÑOLA

Sala del Consistorio
Lunes, 5 de septiembre de 2022

Queridos hermanos y hermanas:

Bienvenidos. Es para mí una gran alegría recibirlos como representantes de esta obra eclesial que es Cáritas España, y hacerlo además con motivo del 75 aniversario de la fundación de esta institución, institución que se ganó el respeto de la sociedad española, más allá de sus creencias e ideologías, porque la Caridad, el Amor con mayúsculas, es el rasgo más esencial del ser humano, creado a imagen de Dios, y por ello el lenguaje que más nos acomuna.

Creo que esto es algo muy importante, pues nos permite ver cómo el modo de amar divino puede ser pauta del trabajo de Cáritas. En verdad, si Cristo nos llama a la comunión con Dios y con el hermano, vuestro esfuerzo se encamina precisamente a reconquistar esa unidad a veces perdida en las personas y en las

comunidades. Y me parece que esto es algo que ustedes ya proponen, cuando plantean algunos retos en este esfuerzo. El primero, por ejemplo, es la necesidad de *"trabajar desde las capacidades y las potencialidades acompañando procesos"*. Efectivamente, no son los resultados los que nos mueven, cumplir objetivos programados, sino ponernos delante de esa persona que está rota, que no halla su lugar, acogerla, abrir para ella caminos de restauración, de modo que pueda encontrarse a sí misma, siendo capaz, a pesar de sus limitaciones y las nuestras, de buscar su sitio y de abrirse a los demás y a Dios. Y esto, en el momento quizá no se ve, pero sí al final. Hay un libro que salió hace unos dos años en España, chico es, se lee en dos horas, se llama "Hermanito". Es la vida de un migrante de Centroáfrica, de por allí, que llega a España, creo que tardó dos años y medio en llegar, o tres. Todo lo que tuvo que sufrir, y cómo fue recibido con caridad allí, y cómo pudo rehacerse y contar su experiencia. Se la recomiendo esa obra, es muy chiquita, se lee bien, y es inspiradora, sobre todo.

Para abrirse a los demás, se necesita el segundo reto propuesto: *"realizar acciones significativas"*. No bastan gestos que buscan "salir del paso", pero que no promueven un verdadero cambio en las personas. En una parroquia de España, la gente le preguntaba al párroco si él daba "bolsas", es decir, si podían aprovecharse de esa coyuntura "asistencialista" que, en realidad, los mantiene encadenados al subsidio, impidiendo su desarrollo. Siempre al pobre hay que recibirlo, acompañarlo e integrarlo. Todo un trabajo. Jesús nos lo dice claramente, con su vida y con su obra, que no basta "dar", hay que "darse". La caridad supone siempre una donación oblativa de la propia vida. Y esto será significativo, más allá de la acción concreta, cuando ofrezca a la persona una puerta abierta hacia una vida nueva. Parafraseando el Evangelio de Juan, si se nos buscara y se nos alabara sólo porque la gente comió pan, y nos sintiéramos como reyes por esa razón, estaríamos traicionando el mensaje de Jesús. El Señor nos propone ser fermento de un reino de justicia, de amor, de paz. Nos pide que seamos nosotros los que demos de comer a su Pueblo ese pan partido que es Él mismo, enseñándonos que el que quiere ser verdaderamente grande debe hacerse servidor de todos.

Y el último reto se une a lo anterior, buscando *"ser cauce de la acción de la comunidad eclesial"*. La Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, prolonga en la historia su acción, por ello, Cáritas se nos propone como esa mano tendida que es de Cristo cuando nosotros la ofrecemos al que nos necesita, y a la vez nos permite aferrar a Cristo cuando Él nos interpela en el sufrimiento del hermano. Mirar al

hermano que está caído, no olvidemos que el único momento en que nos es lícito mirar a una persona de arriba hacia abajo es para ayudarlo a levantarse, después nunca más. Ser cauce no es simplemente una gestión más ordenada de los recursos, o un espacio en el que poder descargar la responsabilidad de esta delicada misión eclesial. Ser cauce debería entenderse, sobre todo, como esa oportunidad -de la que todos deberían aprovecharse- para hacer esa experiencia única y necesaria a la que el Señor nos invita cuando dice: "¿Quieres saber quién es tu prójimo? Ve tú y haz lo mismo". "Aproximarse", aproximarse. Un poquito más arriba hablé de una gestión ordenada de los recursos. Esto que digo ahora no lo digo porque tengo informaciones de Cáritas España. No tengo, así que hablo con libertad. Por favor, cuiden los recursos, pero no caigan en la gran empresa de la caridad, donde el 40, 50, 60% de los recursos se va para pagar sueldos a los que trabajan en ella. Hay "empresas" en Europa, hay -perdón- movimientos de instituciones de caridad, que, bueno, 60% creo que es demasiado, pero 40 y tanto por ciento se les va en sueldos. No. Las menos mediaciones posibles, ¿no? Y las que hay, en las que se pueda, por vocación, no por empleo. "No, no, vení que te doy un empleo en Cáritas...". No, no, eso no corre. Ojo que no hablo porque hoy hablo de ustedes, hablo por la experiencia que tengo de ver otras instituciones de ayuda que caen en esto.

Bueno, que Dios los bendiga, que no les quite el buen humor, siempre el buen humor, es parte del Espíritu Santo. Y les pido que no se olviden de rezar por mí, porque este trabajo tiene sus pequeñas dificultades (*risas*). Muchas gracias.

VISITA DEL PAPA FRANCISCO A ASÍS
CON MOTIVO DEL ENCUENTRO
"ECONOMY OF FRANCESCO"

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Pala-Eventi de Santa María de los Ángeles
Sábado, 24 de septiembre de 2022

Queridos y queridas jóvenes, ¡buenos días! Os saludo a todos vosotros que habéis venido, que habéis tenido la posibilidad de estar aquí, pero también quisiera saludar a todos aquellos que no han podido llegar aquí, que se han quedado en casa: ¡un recuerdo a todos! Estamos unidos, todos: ellos desde su lugar, nosotros aquí.

Llevo más de tres años esperando este momento, desde que, el 1 de mayo de 2019, os escribí la carta que os ha llamado y después os ha traído aquí a Asís. Para muchos de vosotros -acabamos de escucharlo- el encuentro con la Economía

de Francisco ha despertado algo que ya teníais dentro. Ya estabais ocupados creando una nueva economía; esa carta os unió, os dio un horizonte más amplio, os hizo sentir parte de una comunidad mundial de jóvenes que tenían vuestra misma vocación. Y cuando un joven ve en otro joven su misma llamada, y después esta experiencia se repite con cientos, miles de otros jóvenes, entonces se convierten en grandes cosas posibles, incluso tratar de cambiar un sistema enorme, un sistema complejo como la economía mundial. Es más, hoy hablar de economía casi parece algo viejo: hoy se habla de finanza, y la finanza es algo aguado, una cosa gaseosa, no se puede coger. Una vez, una buena economista a nivel mundial me dijo que ella hizo una experiencia de encuentro entre economía, humanismo y religión. Y ese encuentro fue bien. Quiso hacer lo mismo con la *finanza* y no lo logró. Estad atentos a esta característica gaseosa de las finanzas: vosotros tenéis que retomar la actividad económica desde las raíces, desde las raíces humanas, tal como fueron hechas. Vosotros jóvenes, con la ayuda de Dios, *lo sabéis hacer, lo podéis hacer*; los jóvenes han hecho muchas cosas otras veces a lo largo de la historia.

Estáis viviendo vuestra juventud en una época que no es fácil: la crisis ambiental, después la pandemia y ahora la guerra en Ucrania y las otras guerras que siguen desde hace años en varios países, están marcando nuestra vida. Nuestra generación os ha dejado en herencia muchas riquezas, pero no hemos sabido custodiar el planeta y no estamos custodiando la paz. Cuando vosotros escucháis que los pescadores de San Benedetto del Tronto en un año han sacado del mar 12 toneladas de basura y plásticos y cosas así, veis como no sabemos custodiar el ambiente. Y como consecuencia no custodiamos tampoco la paz. *Vosotros estáis llamados a convertirnos en artesanos y constructores de la casa común*, una casa común que "está yendo a la ruina". Digámoslo: es así. Una nueva economía, inspirada en Francisco de Asís, hoy puede y debe ser una economía amiga de la tierra, una economía de paz. Se trata de transformar una economía que mata (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 53) en una economía de la vida, en todas sus dimensiones. Llegar a ese "buen vivir", que no es la dulce vida o pasarlo bien, no. El buen vivir es esa mística que los pueblos aborígenes nos enseñan a tener en relación con la tierra.

Aprecio vuestra elección de modelar este encuentro de Asís sobre la *profecía*. Me ha gustado lo que habéis dicho sobre las profecías. La vida de Francisco de Asís, después de su conversión, fue una profecía, que sigue también en nuestro tiempo. En la Biblia la profecía tiene mucho que ver con los jóvenes. Samuel cuando

fue llamado era un niño, Jeremías y Ezequiel eran jóvenes; Daniel era un muchacho cuando profetizó la inocencia de Susana y la salvó de la muerte (cf. Dn 13,45-50); y el profeta Joel anuncia al pueblo que Dios derramará su Espíritu y "vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán" (3,1). Según las Escrituras, los jóvenes son portadores de un espíritu de ciencia y de inteligencia. Fue el joven David quien humilló la arrogancia del gigante Goliath (cf. 1 Sam 17,49-51). En efecto, cuando a la comunidad civil y a las empresas les faltan las capacidades de los jóvenes es toda la sociedad la que marchita, se apaga la vida de todos. Falta creatividad, falta optimismo, falta entusiasmo, falta la valentía para arriesgar. Una sociedad y una economía sin jóvenes son tristes, pesimistas, cínicas. Si vosotros queréis ver esto, id a esas universidades ultra-especializadas en economía liberal, y mirad la cara de los jóvenes y de las jóvenes que estudian allí. Pero gracias a Dios vosotros estáis: no solo estaréis mañana, estáis hoy; vosotros no sois solamente el "no todavía", sois también el "ya", sois el presente.

Una economía que se deja inspirar por la dimensión profética se expresa hoy en *una visión nueva del medioambiente y de la tierra*. Tenemos que ir hacia esta armonía con el medioambiente, con la tierra. Son muchas las personas, las empresas y las instituciones que están trabajando en una conversión ecológica. Es necesario ir adelante por este camino, y hacer más. Este "más" vosotros lo estáis haciendo y lo estáis pidiendo a todos. No basta con hacer el *maquillaje*, es necesario cuestionar el modelo de desarrollo. La situación es tal que no podemos solamente esperar la próxima cumbre internacional, que puede no servir: la tierra se quema hoy, y es hoy que debemos cambiar, a todos los niveles. En este último año vosotros habéis trabajado sobre la *economía de las plantas*, un tema innovador. Habéis visto que el paradigma vegetal contiene un enfoque diferente de la tierra y el medioambiente. Las plantas saben *cooperar* con todo el ambiente circundante, y también cuando compiten, en realidad están cooperando por el bien del ecosistema. Aprendamos de la *mansedumbre* de las plantas: su humildad y su silencio pueden ofrecernos un estilo diferente que necesitamos urgentemente. Porque, si hablamos de transición ecológica, pero permanecemos dentro del paradigma económico del siglo XX, que ha saqueado los recursos naturales y la tierra, las maniobras que adoptaremos seguirán siendo insuficientes o enfermas en las raíces. La Biblia está llena de árboles y de plantas, desde el árbol de la vida hasta el grano de mostaza. Y san Francisco nos ayuda con su fraternidad cósmica con todas las criaturas vivientes. Nosotros, los hombres, en estos últimos dos siglos, hemos crecido a expensas de la tierra. ¡Ella ha pagado la cuenta! A menudo la hemos saqueado para aumentar

nuestro bienestar, y ni siquiera el bienestar de todos, sino de un grupito. Este es el tiempo de una nueva valentía en el abandono de las fuentes de energía fósil, de acelerar el desarrollo de fuentes a impacto cero o positivo.

Y después debemos aceptar *el principio ético universal* -aunque no gusta- que los daños deben ser reparados. Este es un principio ético, universal: los daños deben ser reparados. Si hemos crecido abusando del planeta y de la atmósfera, hoy tenemos que aprender a hacer también sacrificios en los estilos de vida aún insostenibles. De lo contrario, serán nuestros hijos y nuestros nietos los que paguen la cuenta, una cuenta que será demasiado alta y demasiado injusta. Escuché a un científico muy importante a nivel mundial, hace seis meses, que dijo: "Ayer nació una nieta mía. Si seguimos así, pobrecilla, dentro de treinta años tendrá que vivir en un mundo inhabitable". Serán los hijos y los nietos los que paguen la cuenta, una cuenta que será demasiado alta y demasiado injusta. Es necesario un cambio rápido y decidido. Esto lo digo de verdad: ¡cuento con vosotros! ¡Por favor, no nos dejéis tranquilos, dadnos el ejemplo! Y yo os digo la verdad: para vivir en este camino es necesario coraje y a veces es necesario alguna pizca de heroicidad. Escuché, en un encuentro, a un chico, de 25 años, que acababa de salir como ingeniero de alto nivel, y que no encontraba trabajo; al final lo encontró en una industria que no sabía bien qué era; cuando supo qué tenía que hacer -él sin trabajo y en condiciones de trabajar- lo rechazó, porque se fabricaban armas. Estos son los héroes de hoy, estos.

La sostenibilidad, además, es una *palabra de varias dimensiones*. Además de la medioambiental están también la dimensión *social, relacional y espiritual*. La social empieza lentamente a ser reconocida: nos estamos dando cuenta de que el grito de los pobres y el grito de la tierra son el mismo grito (cf. Enc. Laudato si', 49). Por tanto, cuando trabajamos para la transformación ecológica, debemos tener presente los efectos que algunas elecciones ambientales producen sobre la pobreza. No todas las soluciones medioambientales tienen los mismos efectos sobre los pobres, y por tanto deben preferirse las que reducen la miseria y las desigualdades. Mientras tratamos de salvar el planeta, no podemos descuidar al hombre y a la mujer que sufren. La contaminación que mata no es solo la del dióxido de carbono, también la desigualdad contamina mortalmente nuestro planeta. No podemos permitir que las nuevas calamidades ambientales cancelen de la opinión pública las antiguas y siempre actuales calamidades de la injusticia social, también de las injusticias políticas. Pensemos, por ejemplo, en una injusticia política; el pobre pueblo

martirizado de los rohinyás que vaga de un lado a otro porque no puede vivir en la propia patria: una injusticia política.

Después está una insostenibilidad de nuestras relaciones: en muchos países las relaciones de las personas se están empobreciendo. Sobre todo en Occidente, las comunidades se vuelven cada vez más frágiles y fragmentadas. La familia, en algunas regiones del mundo, sufre una grave crisis, y con ella la acogida y la custodia de la vida. El consumismo actual trata de llenar el vacío de las relaciones humanas con mercancías cada vez más sofisticadas -¡las soledades son un gran negocio de nuestro tiempo! -, pero así genera una *carestía de felicidad*. Y esto es algo malo. Pensad en el invierno demográfico, por ejemplo, como está relacionado con todo esto. El invierno demográfico donde todos los países están disminuyendo gradualmente, porque no se tienen hijos, sino que cuenta más tener una relación afectiva con los perros, con los gatos e ir adelante así. Es necesario volver a procrear. Pero también en esta línea del invierno demográfico está la esclavitud de la mujer: una mujer que no puede ser madre porque apenas le empieza a crecer la tripa, la despiden; a las mujeres embarazadas no siempre se les consiente trabajar.

Finalmente hay una insostenibilidad *espiritual* de nuestro capitalismo. El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, antes de ser un buscador de bienes es un buscador de sentido. Todos nosotros somos buscadores de sentido. Es por esto por lo que el primer capital de toda sociedad es el espiritual, porque es el que nos da las razones para levantarnos cada día e ir al trabajo, y genera esa alegría de vivir necesaria también en la economía. Nuestro mundo está consumiendo rápidamente esta forma esencial de capital acumulada a lo largo de los siglos por las religiones, las tradiciones sapienciales, la piedad popular. Y así, sufren sobre todo los jóvenes por esta falta de sentido: a menudo frente al dolor y las incertidumbres de la vida se encuentran con un alma empobrecida de recursos espirituales para procesar sufrimientos, frustraciones, desilusiones y luchas. Mirad cómo ha subido el porcentaje de suicidios juveniles: y no los publican todos, esconden la cifra. La fragilidad de muchos jóvenes deriva de la carencia de este precioso capital espiritual -yo digo: ¿vosotros tenéis un capital espiritual? Que cada uno se responda dentro-, un capital invisible pero más real que los capitales financieros o tecnológicos. Hay una urgente necesidad de reconstruir este patrimonio espiritual esencial. La técnica puede hacer mucho; nos enseña el "qué" y el "cómo" hacer: pero no nos dice el "por qué"; y así nuestras acciones se vuelven estériles y no llenan la vida, ni siquiera la vida económica.

Encontrándome en la ciudad de Francisco, no puedo no detenerme sobre la *pobreza*. Hacer economía inspirándose en él significa comprometerse a poner en el centro a los pobres. A partir de ellos mirar la economía, a partir de ellos mirar al mundo. Sin la estima, el cuidado, el amor por los pobres, por cada persona pobre, por cada persona frágil y vulnerable, desde el concebido en el vientre materno a la persona enferma y con discapacidad, al anciano en dificultad, no hay "Economía de Francisco". Diría más: una economía de Francisco no puede limitarse a trabajar por y con los pobres. Hasta cuando nuestro sistema produzca descartes y nosotros trabajemos *según* este sistema, seremos cómplices de una economía que mata. Preguntémonos entonces: ¿estamos haciendo lo suficiente por cambiar esta economía, o nos conformamos con pintar una pared cambiando color, sin cambiar la estructura de la casa? No se trata de dar pinceladas de pintura, no: es necesario cambiar la estructura. Quizá la respuesta no es cuánto podemos hacer, sino cómo logramos abrir nuevos caminos para que los mismos pobres puedan convertirse en los protagonistas del cambio. En este sentido hay experiencias muy grandes, muy desarrolladas en India y en Filipinas.

San Francisco amó no solo a los pobres, amó también la *pobreza*. Esa forma de vivir austera, digamos así. Francisco iba donde los leprosos no solo para ayudarlos, iba porque *quería hacerse pobre como ellos*. Siguiendo a Jesucristo, se despojó de todo para ser pobre con los pobres. Pues bien, la primera economía de mercado nació en el siglo XIII en Europa en contacto cotidiano con los frailes franciscanos, que eran amigos de esos primeros comerciantes. Esa economía creaba riqueza, ciertamente, pero no despreciaba la pobreza. Crear riqueza sin despreciar la pobreza. Nuestro capitalismo, sin embargo, quiere ayudar a los pobres, pero no les estima, no entiende la bienaventuranza paradójica: "bienaventurados los pobres" (cf. Lc 6,20). Nosotros no debemos amar la miseria, es más debemos combatirla, sobre todo creando trabajo, trabajo digno. Pero el Evangelio nos dice que sin estimar a los pobres no se puede combatir ninguna miseria. Y es, sin embargo, desde aquí de donde debemos empezar, también vosotros empresarios y economistas: habitando estas paradojas evangélicas de Francisco. Cuando yo hablo con la gente o confieso, yo pregunto siempre: "¿Usted da limosna a los pobres?" - "¡Sí, sí, sí!" - "Y cuando usted da la limosna al pobre, ¿le mira a los ojos?" - "Eh, no lo sé..." - "Y cuando tú das la limosna, ¿tú tiras la moneda o tocas la mano del pobre?". No miran a los ojos y no tocan; y esto es alejarse del espíritu de la pobreza, alejarse de la verdadera realidad de los pobres, alejarse de la humanidad que debe tener toda relación humana. Alguno me dirá: "Papa, es tarde, ¿cuándo terminas?": termino ahora.

Y a la luz de esta reflexión, quisiera dejaros *tres indicaciones de camino* para ir adelante.

La primera: *mirar al mundo con los ojos de los más pobres*. El movimiento franciscano ha sabido inventar en la Edad Media las primeras teorías económicas e incluso los primeros bancos solidarios (los Montes de Piedad), porque *miraba al mundo con los ojos de los más pobres*. También vosotros mejoraréis la economía si miráis las cosas desde la perspectiva de las víctimas y de los descartados. Pero para tener los ojos de los pobres y de las víctimas es necesario *conocerlos*, es necesario *ser sus amigos*. Y, creedme, si os hacéis amigos de los pobres, si compartís su vida, compartiréis también algo del Reino de Dios, porque Jesús dijo que de ellos es el Reino de los cielos, y por eso son bienaventurados (cf. Lc 6,20). Y lo repito: que vuestras decisiones cotidianas no produzcan descartes.

La segunda: vosotros sois sobre todo estudiantes, estudiosos y empresarios, pero *no os olvidéis del trabajo, no os olvidéis de los trabajadores*. El trabajo de las manos. El trabajo ya es el desafío de nuestro tiempo, y será aún más el desafío de mañana. Sin trabajo digno y bien remunerado los jóvenes no se convierten verdaderamente en adultos, las desigualdades aumentan. A veces se puede sobrevivir sin trabajo, pero no se vive bien. Por eso, mientras creáis bienes y servicios, *no os olvidéis de crear trabajo, buen trabajo y trabajo para todos*.

La tercera indicación es: *encarnación*. En los momentos cruciales de la historia, quien ha sabido dejar una buena huella lo ha hecho porque ha traducido los ideales, los deseos, los valores en *obras concretas*. Es decir, los ha encarnado. Además de escribir y hacer congresos, estos hombres y mujeres han dado vida a escuelas y universidades, a bancos, a sindicatos, a cooperativas, a instituciones. El mundo de la economía lo cambiaréis si junto al corazón y a la cabeza usáis también *las manos*. Los tres lenguajes. Se piensa: la cabeza, el lenguaje del pensamiento, pero no solo, unido al lenguaje del sentimiento, del corazón. Y no solo: unido al lenguaje de las manos. Y tú debes hacer lo que sientes y piensas, sentir lo que haces y pensar lo que sientes y haces. Esta es la unión de los tres lenguajes. Las ideas son necesarias, nos atraen sobre todo cuando somos jóvenes, pero pueden transformarse en trampas si no se convierten en "carne", es decir concreción, compromiso cotidiano: los tres lenguajes. Las ideas solas se enferman y nosotros terminaremos en órbita, todos, si son solo ideas. Las ideas son necesarias, pero se tienen que convertir en "carne". La Iglesia siempre ha rechazado la tentación gnóstica -gnosis, solo la idea-

, que piensa cambiar el mundo solo con un conocimiento diferente, sin la fatiga de la carne. Las obras son menos "luminosas" que las grandes ideas, porque son concretas, particulares, limitadas, con luz y sombra juntas, pero fecundan día tras día la tierra: *la realidad es superior a la idea* (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 233). Queridos jóvenes, la realidad siempre es superior a la idea: estad atentos a esto.

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias por vuestro compromiso: gracias. Seguid adelante, con la inspiración y la intercesión de san Francisco. Y yo -si estáis de acuerdo- quisiera concluir con una oración. Yo la leo y vosotros con el corazón la seguís.

Padre, Te pedimos perdón por haber herido gravemente la tierra, por no haber respetado las culturas indígenas, por no haber estimado y amado a los más pobres, por haber creado riqueza sin comunión. Dios viviente, que con tu Espíritu has inspirado el corazón, los brazos y la mente de estos jóvenes y les ha hecho partir hacia una tierra prometida, mira con benevolencia su generosidad, su amor, sus ganas de gastar la vida por un ideal grande. Bendíceles, Padre, en sus empresas, en sus estudios, en sus sueños; acompáñales en las dificultades y en los sufrimientos, ayúdales a transformarlos en virtud y en sabiduría. Apoya sus deseos de bien y de vida, apóyales en sus decepciones frente a los malos ejemplos, haz que no se desanimen y sigan en el camino. Tú, cuyo Hijo unigénito se hizo carpintero, dónales la alegría de transformar el mundo con el amor, con el ingenio y con las manos. Amén.

Y muchas gracias.

VISITA PASTORAL A MATERA
PARA LA CLAUSURA
DEL 27 CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL

CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Estadio municipal "XXI Settembre" , Matera
Domingo, 25 de septiembre de 2022

Nos reúne en torno a su mesa el Señor, haciéndose pan por nosotros: "Es el pan de la fiesta sobre la mesa de los hijos, [...] crea compartición, refuerza los vínculos, tiene sabor de comunión" (Himno XXVII Congreso Eucarístico Nacional, Matera 2022). Sin embargo, el Evangelio que acabamos de escuchar nos dice que no siempre en la mesa del mundo el pan es compartido: esto es verdad; no siempre emana el perfume de la comunión; no siempre es partido en la justicia.

Nos hace bien paramos delante de la escena dramática descrita por Jesús en esta parábola que hemos escuchado: por un lado un rico vestido de púrpura y de lino fino, haciendo alarde de su opulencia y festejando lujosamente; por otro lado, un pobre, cubierto de llagas, que yace en la puerta esperando que de esa mesa caiga alguna migaja con la que alimentarse. Y frente a esta contradicción -que vemos todos los días-, ante de esta contradicción nos preguntamos: ¿a qué nos invita el sacramento de la Eucaristía, fuente y culmen de la vida del cristiano?

En primer lugar, la Eucaristía nos recuerda *el primado de Dios*. El rico de la parábola no está abierto a la relación con Dios: piensa solo en el propio bienestar, en satisfacer sus necesidades, en disfrutar la vida. Y con esto ha perdido también el nombre. El Evangelio no dice cómo se llamaba: lo nombra con el adjetivo "un rico", en cambio, del pobre dice el nombre: Lázaro. Las riquezas te llevan a esto, te despojan también del nombre. Satisfecho de sí, emborrachado por el dinero, aturcido por la feria de las vanidades, no hay lugar para Dios en su vida porque sólo se adora a sí mismo. No es casualidad que de él no se diga el nombre: lo llamamos "rico", lo definimos solo con un adjetivo porque ya ha perdido su nombre, ha perdido su identidad que viene dada solo por los bienes que posee. Qué triste también hoy esta realidad, cuando confundimos lo que somos con lo que tenemos, cuando juzgamos a las personas por la riqueza que tienen, por los títulos que exhiben, por los roles que cubren o por la marca del vestido que usan. Es la *religión del tener y aparentar*, que a menudo domina la escena de este mundo, pero que al final nos deja con las manos vacías: siempre. A este rico del Evangelio, de hecho, no le ha quedado ni el nombre. Ya no es nadie. Al contrario, el pobre tiene un nombre, Lázaro, que significa "Dios ayuda". Incluso en su condición de pobreza y de marginación, él puede conservar íntegra su dignidad porque vive en la relación con Dios. En su mismo nombre hay algo de Dios y Dios es la esperanza inquebrantable de su vida.

Este es entonces el desafío permanente que la Eucaristía ofrece a nuestra vida: adorar a Dios y no a uno mismo, no a nosotros mismos. Ponerle a Él en el centro y no la vanidad del propio yo. Recordarnos que solo el Señor es Dios y todo el resto es don de su amor. Porque si nos adoramos a nosotros mismos, morimos en la asfixia del nuestro pequeño yo; si adoramos las riquezas de este mundo, estas se apoderan de nosotros y nos hacen esclavos; si adoramos al dios de la apariencia y nos embriagamos en el derroche, antes o después la vida misma nos pedirá la cuenta. La vida siempre nos pide la cuenta. Cuando, en cambio,

adoramos al Señor Jesús presente en la Eucaristía, recibimos una mirada nueva también sobre nuestra vida: yo no soy las cosas que poseo o los éxitos que logro obtener; el valor de mi vida no depende de cuánto logro exhibir ni disminuye cuando tengo fallos y fracasos. Yo soy un hijo amado, cada uno de nosotros es un hijo amado; yo soy bendecido por Dios; Él me ha querido revestir de belleza y me quiere libre, me quiere libre de toda esclavitud. Recordemos esto: quien adora a Dios no se convierte en esclavo de nadie: es libre. Redescubramos la oración de adoración, una oración que se olvida con frecuencia. Adorar, la oración de adoración, redescubrámosla: esta nos libera y nos devuelve a nuestra dignidad de hijos, no de esclavos.

Además del primado de Dios, la Eucarística nos llama al *amor de los hermanos*. Este Pan es por excelencia el Sacramento del amor. Es Cristo que se ofrece y se parte por nosotros y nos pide hacer lo mismo, para que nuestra vida sea trigo molido y se convierta en pan que alimenta a los hermanos. El rico del Evangelio fracasa en esta tarea; vive en la opulencia, festeja abundantemente sin siquiera notar el grito silencioso del pobre Lázaro, que yace exhausto en su puerta. Solo al final de vida, cuando el Señor cambia los rumbos, finalmente se da cuenta de Lázaro, pero Abraham le dice: "entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo" (Lc 16,26). Pero lo has interpuesto tú: tú mismo. Somos nosotros, que con nuestro egoísmo interponemos abismos. Había sido el rico quien había cavado un abismo entre él y Lázaro durante la vida terrena y ahora, en la vida eterna, ese abismo permanece. Porque nuestro futuro eterno depende de esta vida presente: si cavamos ahora un abismo con los hermanos y las hermanas, nos "cavamos la fosa" para el después; si levantamos ahora los muros contra los hermanos y las hermanas, nos quedamos presos en la soledad y en la muerte también después.

Queridos hermanos y hermanas, es doloroso ver que esta parábola es todavía historia de nuestros días: las injusticias, las disparidades, los recursos de la tierra distribuidos de forma desigual, los abusos de los poderosos contra los débiles, la indiferencia ante el grito de los pobres, el abismo que cavamos día a día generando marginación, no pueden -todas estas cosas- dejarnos indiferentes. Y entonces hoy, juntos, reconozcamos que la Eucaristía es profecía de un mundo nuevo, es la presencia de Jesús que nos pide comprometernos para que ocurra una conversión efectiva: conversión de la indiferencia a la compasión, conversión del derroche al compartir, conversión del egoísmo al amor, conversión del individualismo a la fraternidad.

Hermanos y hermanas, soñemos. Soñemos una *Iglesia* así: una *Iglesia eucarística*. Hecha de mujeres y hombres que se parten como pan para todos aquellos que mastican la soledad y la pobreza, para aquellos que están hambrientos de ternura y de compasión, para aquellos cuya vida se está desmoronando porque ha faltado la buena levadura de la esperanza. Una *Iglesia* que se arrodilla delante de la Eucaristía y adora con asombro al Señor presente en el pan; pero que sabe también inclinarse con compasión y ternura ante las heridas de quien sufre, levantando a los pobres, secando las lágrimas de quien sufre, haciéndose pan de esperanza y de alegría para todos. Porque no hay un verdadero culto eucarístico sin compasión para los muchos "Lázaros" que también hoy caminan a nuestro lado. ¡Muchos!

Hermanos, hermanas, desde esta ciudad de Matera, "ciudad del pan", quisiera decirles: volvamos a Jesús, volvamos a la Eucaristía. Volvamos al sabor del pan, porque mientras estamos hambrientos de amor y de esperanza o estamos rotos por las tribulaciones y los sufrimientos de la vida, Jesús se hace alimento que nos alimenta y nos sana. Volvamos al sabor del pan, porque mientras en el mundo se siguen consumiendo las injusticias y las discriminaciones contra los pobres, Jesús nos da el Pan del compartir y nos envía cada día como apóstoles de fraternidad, apóstoles de justicia, apóstoles de paz. Volvamos al sabor del pan para ser *Iglesia eucarística*, que pone a Jesús en el centro y se hace pan de ternura, pan de misericordia para todos. Volvamos al gusto del pan para recordar que, mientras se consume nuestra existencia terrena, la Eucaristía nos anticipa la promesa de la resurrección y nos guía hacia la vida nueva que vence a la muerte.

Pensemos hoy seriamente en el rico y en Lázaro. Esto sucede cada día. Y muchas veces también -avergoncémonos- sucede en nosotros, esta lucha, entre nosotros, en la comunidad. Y cuando la esperanza se apaga y sentimos en nosotros la soledad del corazón, el cansancio interior, el tormento del pecado, el miedo a no lograrlo, volvamos de nuevo al sabor del pan. Todos somos pecadores: cada uno de nosotros lleva sus propios pecados. Pero, pecadores, volvamos al sabor de la Eucaristía, al sabor del pan. Volvamos a Jesús, adoraremos a Jesús, acogamos a Jesús. Porque Él es el único que vence a la muerte y siempre renueva nuestra vida.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
CON MOTIVO DEL DÍA INTERNACIONAL
DE CONCIENCIACIÓN SOBRE LA PÉRDIDA
Y EL DESPERDICIO DE ALIMENTOS 2022

29 de septiembre de 2022

*A Su Excelencia
el señor Qu Dongyu
Director General de la FAO*

Excelencia:

Saludo cordialmente a los participantes en la celebración del *Día Internacional de Concienciación sobre la Pérdida y el Desperdicio de Alimentos*. Agradezco el espacio que se me ha brindado en este evento que tiene como objetivo resaltar la gravedad de un problema que no podemos dejar pasar de largo en este momento tan duro que estamos viviendo.

Cuando la comida no se aprovecha debidamente, sea porque se pierda o porque se despilfarre, estamos a merced de la "cultura del descarte", que se traduce en una manifestación de desinterés por lo que tiene un valor fundamental o de apego a lo que adolece de importancia. Sabiendo que multitudes de seres humanos no pueden acceder a una alimentación adecuada o a los medios para procurársela - siendo este un derecho básico y prioritario de toda persona-, ver tirados los alimentos en la basura o deteriorados por ausencia de los recursos necesarios para hacerlos llegar a sus destinatarios es realmente vergonzoso y preocupante.

Tanto la pérdida como el desperdicio de alimentos son hechos verdaderamente deplorables porque dividen a la humanidad entre los que tienen demasiado y los que carecen de lo esencial, porque aumentan las desigualdades, generan injusticias y niegan a los pobres lo que necesitan para vivir dignamente.

El clamor de los hambrientos, privados de una forma u otra del pan cotidiano, debe resonar en los centros donde se toman las decisiones. Y no puede quedar silenciado o sofocado por otros intereses, considerando que los últimos datos del *Informe sobre el Estado de la Seguridad Alimentaria y Nutricional en el Mundo* (SOFI 2022) revelan que el año pasado el número de personas que padecen hambre en nuestro planeta aumentó significativamente debido a las múltiples crisis que afronta la humanidad. Así que, déjenme repetirlo, es necesario "recoger para redistribuir, no producir para dispersar" (Discurso a los miembros de la Federación Europea de Bancos de Alimentos, 18 mayo 2019). Ya lo he dicho en el pasado, y no me cansaré de insistir, ¡desechar comida es desechar personas!

Toda la comunidad internacional debe movilizarse para poner fin a la lamentable "paradoja de la abundancia", que mi predecesor san Juan Pablo II denunció con clarividencia hace ya treinta años (cf. Discurso en la apertura de la Conferencia Internacional sobre la nutrición, 5 diciembre 1992). ¡En el mundo existe el alimento necesario para que nadie se vaya a la cama con el estómago vacío! Se producen recursos alimentarios más que suficientes para dar de comer a 8.000 millones de personas. La cuestión, sin embargo, se refiere a la justicia social, es decir, a la forma en que se regula la gestión de los recursos y la distribución de la riqueza.

Los alimentos no pueden ser objeto de especulación. La vida depende de ellos. Y es un escándalo que los grandes productores alienten un consumismo

compulsivo para enriquecerse, sin siquiera considerar las auténticas necesidades de los seres humanos. ¡Hay que detener la especulación alimentaria! Debemos dejar de tratar los alimentos, que son un bien fundamental para todos, como moneda de cambio para unos pocos.

Por otra parte, el desperdicio de alimentos o la pérdida de los mismos contribuye significativamente al incremento de las emisiones de gases de efecto invernadero y, por lo tanto, al cambio climático y a sus dañinas consecuencias. La tierra que explotamos ávidamente gime a causa de nuestros excesos consumistas e implora que cesemos de maltratarla y destruirla invirtiendo el rumbo de nuestras acciones. Los jóvenes, sobre todo, están pidiendo con fuerza que pensemos en ellos, que agudicemos nuestra mirada y agrandemos nuestro corazón, dando lo mejor de nosotros mismos para cuidar la casa común que salió de las manos de Dios y que hemos de salvaguardar, respondiendo con buenas obras al mal que le causamos.

En este asunto de tanta envergadura no podemos contentarnos con ejercicios retóricos, que terminan en declaraciones que luego no logran llevarse a cabo por olvido, mezquindad o codicia. Es hora de actuar con urgencia y buscando el bien común. Es inaplazable tanto para los Estados como para las grandes empresas multinacionales, para las asociaciones como para los individuos -para todos sin excluir a nadie-, responder con eficacia y honestidad al grito desgarrador de los hambrientos que reclaman justicia.

Cada uno de nosotros está llamado a reorientar su estilo de vida de manera consciente y responsable, para que ninguna persona quede postergada y a todas lleguen los alimentos que precisan, tanto en cantidad como en calidad. Se lo debemos a nuestros seres queridos, a las generaciones futuras y a quienes se encuentran golpeados por la miseria económica y existencial.

Que Dios Todopoderoso bendiga sus trabajos, para beneficio de toda la humanidad.

Vaticano, 29 de septiembre de 2022.

Francisco

**VIAJE APOSTÓLICO DE SU SANTIDAD
EL PAPA FRANCISCO A KAZAJISTÁN
13 - 15 DE SEPTIEMBRE DE 2022**

**APERTURA DE LA SESIÓN PLENARIA
DEL VII CONGRESO DE LÍDERES
DE RELIGIONES MUNDIALES Y TRADICIONALES**

DISCURSO DEL SANTO PADRE

**Palacio de la Independencia (Nursultán)
Miércoles, 14 de septiembre de 2022**

Hermanos y hermanas:

Permítanme que me dirija a ustedes con estas palabras directas y familiares: hermanos y hermanas. De esta manera deseo saludarlos, Líderes religiosos y Autoridades, miembros del Cuerpo diplomático y de las Organizaciones internacionales, Representantes de instituciones académicas y culturales, de la sociedad civil y de diversas organizaciones no gubernamentales, en nombre de esa fraternidad que nos une a todos, como *hijos e hijas del mismo cielo*.

Ante el misterio del infinito que nos sobrepasa y nos atrae, las religiones nos recuerdan que somos criaturas; no somos omnipotentes, sino mujeres y hombres en camino hacia la misma meta celestial. La condición de criaturas que compartimos instaure así una comunión, una auténtica fraternidad. Nos recuerda que el sentido de la vida no puede reducirse a nuestros intereses personales, sino que se inscribe en la hermandad que nos caracteriza. Sólo crecemos con los demás y gracias a los demás. Queridos Líderes y Representantes de las religiones mundiales y tradicionales, nos encontramos en una tierra transitada a lo largo de los siglos por grandes caravanas. En estos lugares, también por medio de la antigua ruta de la seda, se han entrelazado muchas historias, ideas, creencias y esperanzas. Que Kazajistán pueda ser una vez más *tierra de encuentro* entre quienes están distanciados. Que pueda abrir *una nueva ruta de encuentro*, basada en las relaciones humanas: el respeto, la honestidad del diálogo, el valor imprescindible de cada uno, la colaboración; un camino para recorrer juntos hacia la paz.

Ayer tomé prestada la imagen del dombra; quisiera hoy asociar al instrumento musical una voz, la del poeta más célebre del país, padre de su literatura moderna, el educador y compositor que a menudo se representa precisamente junto al dombra. Abai (1845-1904), como se lo conoce popularmente, nos ha dejado escritos impregnados de religiosidad, en los que se refleja lo mejor del espíritu de este pueblo, una sapiencia armoniosa, que desea la paz y la busca interrogándose con humildad, anhelando una sabiduría digna del hombre, nunca encerrada en visiones limitadas y estrechas, sino dispuesta a dejarse inspirar por múltiples experiencias. Abai nos provoca con una pregunta imperecedera: "¿Cuál es la belleza de la vida, si no se va en profundidad?" (Poesía, 1898). Otro poeta se preguntaba el sentido de la existencia, poniendo en labios de un pastor de estas inconmensurables tierras de Asia una pregunta igualmente esencial: "¿Adónde tiende este vagar mío, tan breve?" (G. Leopardi, Canto nocturno de un pastor errante de Asia). Interrogantes como este son los que suscitan la necesidad de la religión, y nos recuerdan que nosotros seres humanos no existimos para satisfacer intereses terrenos y para establecer relaciones de naturaleza meramente económica, sino para caminar juntos, como peregrinos con la mirada dirigida al cielo. Necesitamos encontrar un sentido a las preguntas últimas, cultivar la espiritualidad; necesitamos, decía Abai, mantener "despierta el alma y clara la mente" (Palabra 6).

Hermanos y hermanas, el mundo espera de nosotros el ejemplo de almas despiertas y de mentes claras, espera una religiosidad auténtica. Ha llegado la hora

de despertarse de ese fundamentalismo que contamina y corroe todo credo, la hora de hacer que el corazón se vuelva transparente y compasivo. Pero también es la hora de dejar sólo a los libros de historia los discursos que, por demasiado tiempo, aquí y en otros sitios, han inculcado sospechas y desprecio respecto a la religión, como si fuera un factor de desestabilización de la sociedad moderna. En este lugar es bien conocida la herencia del ateísmo de Estado, impuesto por decenios, esa mentalidad opresora y sofocante por la cual el simple uso de la palabra "religión" era incómodo. En realidad, las religiones no son un problema, sino parte de la solución para una convivencia más armoniosa. La búsqueda de la trascendencia y el valor sagrado de la fraternidad pueden, en efecto, inspirar e iluminar las decisiones a tomar en el contexto de las crisis geopolíticas, sociales, económicas y ecológicas -pero, en la raíz, espirituales- que atraviesan muchas instituciones en la actualidad, también las democracias, poniendo en peligro la seguridad y la concordia entre los pueblos. Por tanto, necesitamos la religión para responder a la sed de paz del mundo y a la sed de infinito que habita en el corazón de todo hombre.

Por eso, una condición esencial para un desarrollo verdaderamente humano e integral es la *libertad religiosa*. Hermanos, hermanas, somos criaturas libres. Nuestro Creador se ha "hecho a un lado por nosotros", ha "limitado" su libertad absoluta -por así decirlo- para hacer también de nosotros unas criaturas libres. ¿Cómo podemos entonces obligar a algunos hermanos en su nombre? "Mientras creemos y adoramos -enseñaba Abai-, no debemos decir que podemos obligar a los demás a creer y adorar" (Palabra 45). La libertad religiosa es un derecho fundamental, primario e inalienable, que es necesario promover en todas partes y que no puede limitarse únicamente a la libertad de culto. De hecho, es un derecho de toda persona dar testimonio público de la propia fe; proponerla sin imponerla nunca. Es la buena práctica del anuncio, diferente del proselitismo y del adoctrinamiento, de los que todos están llamados a mantener distancia. Relegar a la esfera de lo privado el credo más importante de la vida privaría a la sociedad de una riqueza inmensa; favorecer, por el contrario, ambientes donde se respire una respetuosa convivencia de las diversidades religiosas, étnicas y culturales es el mejor modo para valorar las características específicas de cada uno, de unir a los seres humanos sin uniformarlos, de promover sus aspiraciones más altas sin cortar su impulso.

Por tanto, he aquí el valor actual, junto al valor inmortal de la religión, que Kazajistán promueve admirablemente, acogiendo desde hace una veintena de años

este Congreso de relevancia mundial. La presente edición nos lleva a reflexionar sobre nuestro rol en el desarrollo espiritual y social de la humanidad durante el período pospandémico.

La pandemia, entre vulnerabilidad y cuidados, representa el primero de cuatro desafíos globales que quisiera indicar y que llaman a todos -aunque de manera especial a las religiones- a una mayor unidad de propósitos. El Covid-19 nos ha puesto a todos en igualdad de condiciones. Nos ha hecho entender que, como decía Abai, "no somos demiurgos, sino mortales" (ibíd.). Todos nos hemos sentido frágiles, todos necesitados de asistencia; ninguno plenamente autónomo, ninguno completamente autosuficiente. Pero ahora no podemos dilapidar la necesidad de solidaridad que hemos percibido siguiendo adelante como si no hubiera ocurrido nada, sin dejarnos interpelar por la exigencia de afrontar juntos las urgencias que conciernen a todos. Las religiones no deben ser indiferentes a esto; están llamadas a ir al frente, a ser promotoras de unidad ante las pruebas que amenazan con dividir aún más la familia humana.

Específicamente, nos corresponde a nosotros, que creemos en la Divinidad, ayudar a los hermanos y las hermanas de nuestra época a *no olvidar la vulnerabilidad* que nos caracteriza, a no caer en falsas presunciones de omnipotencia suscitadas por los progresos técnicos y económicos, que en sí mismos no bastan; a no dejarse enredar por los lazos del beneficio y la ganancia, como si fueran los remedios a todos los males; a no secundar un desarrollo insostenible que no respete los límites impuestos por la creación; a no dejarse anestesiar por el consumismo que aturde, porque los bienes son para el hombre y no el hombre para los bienes. Es decir que nuestra común vulnerabilidad, que se manifestó durante la pandemia, debería estimularnos a no seguir adelante como antes, sino con mayor humildad y amplitud de miras.

Los creyentes en la pospandemia, además de sensibilizarse sobre nuestra fragilidad y responsabilidad, están llamados al *cuidado*; a hacerse cargo de la humanidad en todas sus dimensiones, volviéndose *artesanos de comunión* -repito la palabra, *artesanos de comunión*-, testigos de una colaboración que supere los cercos de las propias pertenencias comunitarias, étnicas, nacionales y religiosas. Pero, ¿cómo emprender una misión tan ardua? ¿Por dónde comenzar? Por escuchar a los más débiles, por dar voz a los más frágiles, por hacerse eco de una solidaridad global que, en primer lugar, se refiera a ellos, a los pobres, a los necesitados que

más han sufrido la pandemia, la cual ha hecho emerger prepotentemente la iniquidad de las desigualdades en el planeta. ¡Cuántos, todavía hoy, no tienen fácil acceso a las vacunas! ¡Cuántos! Estamos de su parte, no de la parte del que tiene más y da menos; seamos conciencias proféticas y valientes, hagámonos prójimos a todos, pero especialmente a los tantos olvidados de hoy, a los marginados, a los sectores más débiles y pobres de la sociedad, a aquellos que sufren a escondidas y en silencio, lejos de los reflectores. Lo que les propongo no es sólo un camino para ser más sensibles y solidarios, sino un itinerario de sanación para nuestra sociedad. Sí, porque es precisamente la indignancia la que permite que se propaguen las epidemias y otros grandes males que prosperan en el ámbito de las necesidades y las desigualdades. El mayor factor de riesgo de nuestro tiempo sigue siendo la pobreza. A este respecto, Abai se preguntaba sabiamente: "Los que tienen hambre, ¿pueden conservar una mente clara [...] y mostrar diligencia en el aprendizaje? Pobreza y litigios [...] generan [...] violencia y avidez" (Palabra 25). Mientras sigan haciendo estragos la desigualdad y las injusticias, no cesarán virus peores que el Covid: los del odio, la violencia y el terrorismo.

Y esto nos lleva al segundo desafío global que interpela de modo particular a los creyentes: *el desafío de la paz*. En las últimas décadas, el diálogo entre los responsables de las religiones se ha centrado sobre todo en esta temática. Sin embargo, vemos que nuestros días están aún marcados por el flagelo de la guerra, por un clima de discusiones exasperadas, por la incapacidad de dar un paso atrás y tender la mano al otro. Se necesita un sacudón y se necesita, hermanos y hermanas, que venga de nosotros. Si el Creador, a quien dedicamos la existencia, ha dado origen a la vida humana, ¿cómo podemos nosotros, que nos profesamos creyentes, consentir que ésta sea destruida? Y, ¿cómo podemos pensar que los hombres de nuestro tiempo -muchos de los cuales viven como si Dios no existiera- estén motivados a comprometerse en un diálogo respetuoso y responsable, si las grandes religiones, que constituyen el alma de tantas culturas y tradiciones, no se comprometen activamente por la paz?

Recordando los horrores y los errores del pasado, unamos los esfuerzos, para que nunca más el Omnipotente se vuelva rehén de la voluntad de poder humano. Abai recuerda que "aquel que permite el mal y no se opone al mal no puede ser considerado un verdadero creyente sino, en el mejor de los casos, un creyente tibio" (cf. Palabra 38). Hermanos, hermanas, es necesaria, para todos y para cada uno, una purificación del mal. El gran poeta kazajo insistía en este aspecto, escribiendo

que quien "abandona el aprendizaje se priva de una bendición" y "quien no es severo consigo mismo y no es capaz de compasión no puede ser considerado creyente" (Palabra 12). Por tanto, hermanos y hermanas, purifiquémonos de la presunción de sentirnos justos y de no tener nada que aprender de los demás; liberémonos de esas concepciones reductivas y ruinosas que ofenden el nombre de Dios por medio de la rigidez, los extremismos y los fundamentalismos, y lo profanan mediante el odio, el fanatismo y el terrorismo, desfigurando también la imagen del hombre. Sí, porque "la fuente de la humanidad -recuerda Abai- es amor y justicia, [...] estas son las coronas de la creación divina" (Palabra 45). No justifiquemos nunca la violencia. No permitamos que lo sagrado sea instrumentalizado por lo que es profano. ¡Que lo sagrado no sea apoyo del poder y el poder no se apoye en la sacralidad!

Dios es paz y conduce siempre a la paz, nunca a la guerra. Comprometámonos, por tanto, aún más, a promover y reforzar la necesidad de que los conflictos se resuelvan no con las ineficaces razones de la fuerza, con las armas y las amenazas, sino con los únicos medios bendecidos por el cielo y dignos del hombre: el encuentro, el diálogo, las tratativas pacientes, que se llevan adelante pensando especialmente en los niños y en las jóvenes generaciones. Estos encarnan la esperanza de que la paz no sea el frágil resultado de negociaciones escabrosas, sino el fruto de un compromiso educativo constante, que promueva sus sueños de desarrollo y de futuro. Abai, en ese sentido, animaba a ampliar el saber, a cruzar el confín de la propia cultura, a abrazar el conocimiento, la historia y la literatura de los demás. Les ruego que invirtamos en esto, no en los armamentos, sino en la instrucción.

Después de los desafíos de la pandemia y de la paz, recabamos un tercer desafío, el de la *acogida fraterna*. Hoy es grande la dificultad de aceptar al ser humano. Cada día bebés por nacer y niños, migrantes y ancianos son descartados. Hay una cultura del descarte. Numerosos hermanos y hermanas mueren sacrificados en el altar del lucro, envueltos en el incienso sacrílego de la indiferencia. Y, sin embargo, todo ser humano es sagrado. "Homo sacra res homini", decían los antiguos (Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 95,33). Es sobre todo tarea nuestra, de las religiones, recordarlo al mundo. Nunca como ahora presenciamos grandes movimientos de poblaciones, causados por las guerras, la pobreza, los cambios climáticos, en la búsqueda de un bienestar que el mundo globalizado permite conocer, pero al que a menudo es difícil acceder. Un gran éxodo está en curso, desde las regiones más necesitadas se busca alcanzar aquellas con mayor bienestar. Lo vemos todos los días, en las diversas migraciones en el mundo. No es un dato de crónica,

es un hecho histórico que requiere soluciones compartidas y amplitud de miras. Ciertamente, defender las propias seguridades adquiridas y cerrar las puertas por miedo viene de manera instintiva; es más fácil sospechar del extranjero, acusarlo y condenarlo antes que conocerlo y entenderlo. Pero es nuestro deber recordar que el Creador, que vela los pasos de toda criatura, nos exhorta a tener una mirada semejante a la suya, una mirada que reconozca el rostro del hermano. Al hermano migrante es necesario recibirlo, acompañarlo, promoverlo e integrarlo.

La lengua kazaja invita a tener esta mirada acogedora; en ella "amar" significa literalmente "tener una mirada buena sobre alguien". Pero también la cultura tradicional de estas regiones afirma la misma cosa por medio de un hermoso proverbio popular: "Si encuentras a alguien, intenta hacerlo feliz, quizá sea la última vez que lo veas". Si el culto de la hospitalidad esteparia recuerda el valor irrenunciable de todo ser humano, Abai lo establece diciendo que "el hombre debe ser amigo del hombre" y que dicha amistad se funda en un intercambio universal, porque las realidades importantes de la vida y después de la vida son comunes. Y, por tanto, sentencia, "todas las personas son huéspedes unas de otras" y "el mismo hombre es un huésped en esta vida" (Palabra 34). Redescubramos el arte de la hospitalidad, de la acogida, de la compasión. Y aprendamos también a avergonzarnos; sí, a experimentar esa sana vergüenza que nace de la piedad por el hombre que sufre, de la conmoción y del asombro por su condición, por su destino, del cual nos sentimos partícipes. El camino de la compasión es el que nos hace más humanos y más creyentes. Depende de nosotros, además de afirmar la dignidad inviolable de todo hombre, enseñar a *llorar por los demás*, porque sólo seremos verdaderamente humanos si percibimos como nuestras las fatigas de la humanidad.

Nos interpela un último desafío global: *el cuidado de la casa común*. Frente a los cambios climáticos es necesario protegerla, para que no sea sometida a las lógicas de las ganancias, sino preservada para las generaciones futuras, para alabanza del Creador. Escribía Abai: "¡Qué mundo maravilloso nos ha dado el Creador! Él nos dio su luz con magnanimidad y generosidad. Cuando la madre tierra nos albergó en su seno, nuestro Padre celestial se inclinó sobre nosotros con solicitud" (*de la poesía "Primavera"*). El Altísimo ha dispuesto con cuidado amoroso una casa común para la vida. Y nosotros, que nos profesamos suyos, ¿cómo podemos permitir que se contamine, se maltrate y se destruya? También en este desafío unamos esfuerzos. No es el último por importancia, sino que se une al primero, al de la pandemia. Virus como el Covid-19, que, aun siendo microscópicos, son capaces

de erosionar las grandes ambiciones del progreso, a menudo están vinculados a un equilibrio deteriorado -en gran parte por nuestra causa- con la naturaleza que nos rodea. Pensemos por ejemplo en la deforestación, en el comercio ilegal de animales vivos, en los criaderos intensivos. Es *la mentalidad de la explotación* que devasta la casa que habitamos. No sólo eso; lleva a eclipsar esa visión respetuosa y religiosa del mundo querida por el Creador. Por eso es imprescindible favorecer y promover el cuidado de la vida en todas sus formas.

Queridos hermanos y hermanas, sigamos adelante juntos, para que el camino de las religiones sea cada vez más amistoso. Abai decía que "un falso amigo es como una sombra, cuando el sol resplandece sobre ti, no te liberarás de él, pero cuando las nubes se condensan sobre ti, no se verá por ninguna parte" (Palabra 37). Que no nos suceda esto, que el Altísimo nos libre de las sombras de la sospecha y de la falsedad, que nos conceda cultivar amistades luminosas y fraternas, por medio del diálogo asiduo y la franca sinceridad de las intenciones. Y quisiera agradecer aquí por el esfuerzo que hace Kazajistán en relación a este tema: siempre tratando de unir, siempre intentando que se propicie el diálogo, siempre procurando que se entablen lazos de amistad. Este es un ejemplo que nos da Kazajistán a todos nosotros y debemos seguirlo, secundarlo. No busquemos falsos sincretismos conciliadores -no sirven-, sino más bien conservemos nuestras identidades abiertas a la valentía de la alteridad, al encuentro fraterno. Sólo así, por este camino, en los tiempos oscuros que vivimos, podremos irradiar la luz de nuestro Creador. ¡Gracias a todos!

SANTA MISA
EN LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Plaza de la Exposición (Nursultán)
Miércoles, 14 de septiembre de 2022

La cruz es un patíbulo de muerte y, sin embargo, en este día de fiesta celebramos la exaltación de la Cruz de Cristo. Porque sobre ese leño Jesús ha tomado sobre sí nuestro pecado y el mal del mundo, y los ha vencido con su amor. Por eso hoy festejamos. Nos lo narra la Palabra de Dios que hemos escuchado, contrastando, por un lado, las serpientes que muerden y, por el otro, la serpiente que salva. Detengámonos en estas dos imágenes.

En primer lugar, *las serpientes que muerden*. Estas atacan al pueblo, caído por enésima vez en el pecado de la murmuración. Murmurar contra Dios significa no sólo hablar mal y quejarse de Él; quiere decir, más profundamente, que el corazón de los israelitas ya no confía en Él, en su promesa. De hecho, el pueblo de Dios está

caminando en el desierto hacia la tierra prometida y se encuentra abrumado por el cansancio, no soporta el viaje (cf. Nm 21,4). De manera que se desanima, pierde la esperanza, y llega un momento en que parece que se ha olvidado de la promesa del Señor. Esa gente no tiene ya la fuerza para creer que es Él quien guía su camino hacia una tierra rica y fecunda.

No es casual que, agotándose la confianza en Dios, el pueblo sea mordido por las serpientes que matan. Estas hacen recordar la primera serpiente de la que habla la Biblia en el libro del Génesis, el tentador que envenena el corazón del hombre para hacerlo dudar de Dios. De ese modo el diablo, precisamente bajo la forma de serpiente, cautiva a Adán y Eva, engendra en ellos desconfianza convenciéndoles de que Dios no es bueno, más aún, de que Él envidia su libertad y su felicidad. Y ahora, en el desierto, vuelven las serpientes, unas "serpientes abrasadoras" (v. 6); es decir, vuelve el pecado de los orígenes: los israelitas dudan de Dios, no se fían de Él, murmuran, se rebelan contra Aquél que les dio la vida y de ese modo van al encuentro de la muerte. ¡Hasta ahí lleva la desconfianza del corazón!

Queridos hermanos y hermanas, esta primera parte de la narración nos llama a mirar con detenimiento los momentos de nuestra historia personal y comunitaria en los que ha decaído la confianza, en el Señor y entre nosotros. Cuántas veces, desalentados e intolerantes, nos hemos marchitado en nuestros desiertos, perdiendo de vista la meta del camino. También en este gran país está el desierto que, mientras ofrece un espléndido paisaje, nos habla de esa fatiga, de esa aridez que a veces llevamos en el corazón. Son los momentos de cansancio y de prueba, en los que ya no tenemos fuerzas para levantar la mirada hacia Dios; son las situaciones de la vida personal, eclesial y social en las que nos muerde la *serpiente de la desconfianza*, que inyecta en nosotros los venenos de la desilusión y del desaliento, del pesimismo y de la resignación, encerrándonos en nuestro "yo", apagando nuestro entusiasmo.

Pero en la historia de esta tierra no han faltado otras mordeduras dolorosas. Pienso en las serpientes abrasadoras de la violencia, de la persecución atea; en un camino a veces tortuoso durante el cual la libertad del pueblo fue amenazada, y su dignidad herida. Nos hace bien custodiar el recuerdo de todo lo que se ha sufrido; no hay que eliminar de la memoria ciertas oscuridades, pues de otro modo se puede creer que son agua pasada y que el camino del bien está encauzado para siempre.

No, la paz nunca se consigue de una vez por todas, se conquista cada día, del mismo modo que la convivencia entre las etnias y las tradiciones religiosas, el desarrollo integral y la justicia social. Y para que Kazajistán crezca todavía más "en la fraternidad, en el diálogo y en la comprensión [...] para "construir puentes" de cooperación solidaria con otros pueblos, naciones y culturas" (S. Juan Pablo II, Discurso durante la ceremonia de bienvenida, 22 de septiembre de 2001), es necesario el compromiso de todos. Más aún, es necesario un renovado acto de fe en el Señor; mirar hacia lo alto, mirarlo a Él, y aprender de su amor universal y crucificado.

Llegamos así a la segunda imagen: *la serpiente que salva*. Mientras el pueblo muere a causa de las serpientes abrasadoras, Dios escucha la oración de intercesión de Moisés y le dice: "Fabrica una serpiente abrasadora y colócala sobre un asta. Y todo el que haya sido mordido, al mirarla, quedará curado" (Nm 21,8). De hecho, "cuando alguien era mordido por una serpiente, miraba hacia la serpiente de bronce y quedaba curado" (v. 9). Pero, podríamos preguntarnos: ¿Por qué Dios, en vez de dar estas complicadas instrucciones a Moisés, no ha destruido simplemente las serpientes venenosas? Este modo de proceder nos revela su forma de actuar contra el mal, el pecado y la desconfianza de la humanidad. Tanto entonces como ahora, en la gran batalla espiritual que habita la historia hasta el final, Dios no destruye las bajezas que el hombre sigue libremente; las serpientes venenosas no desaparecen, todavía están ahí, al acecho, siempre pueden morder. Entonces, ¿qué ha cambiado? ¿Qué hace Dios?

Jesús lo explica en el Evangelio: "De la misma manera que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todos los que creen en él tengan Vida eterna" (Jn 3,14-15). Este es el cambio radical, ha llegado a nosotros la serpiente que salva: Jesús, que, elevado sobre el mástil de la cruz, no permite que las serpientes venenosas que nos acechan nos conduzcan a la muerte. Ante nuestras bajezas, Dios nos da una nueva estatura; si tenemos la mirada puesta en Jesús, las mordeduras del mal no pueden ya dominarnos, porque Él, en la cruz, ha tomado sobre sí el veneno del pecado y de la muerte, y ha derrotado su poder destructivo. Esto es lo que ha hecho el Padre ante la difusión del mal en el mundo; nos ha dado a Jesús, que se ha hecho cercano a nosotros como nunca habríamos podido imaginar: "A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro" (2 Co 5,21). Esta es la infinita grandeza de la divina misericordia: Jesús que se ha "identificado

con el pecado" en favor nuestro, Jesús que sobre la cruz -podríamos decir- "se ha hecho serpiente" para que, mirándolo a Él, podamos resistir las mordeduras venenosas de las serpientes malignas que nos atacan.

Hermanos y hermanas, este es el camino, el camino de nuestra salvación, de nuestro renacimiento y resurrección: mirar a Jesús crucificado. Desde esa altura podemos ver nuestra vida y la historia de nuestros pueblos de un modo nuevo. Porque desde la Cruz de Cristo aprendemos el amor, no el odio; aprendemos la compasión, no la indiferencia; aprendemos el perdón, no la venganza. Los brazos extendidos de Jesús son el tierno abrazo con el que Dios quiere acogernos. Y nos muestran la fraternidad que estamos llamados a vivir entre nosotros y con todos. Nos indican el camino, el camino cristiano; no el de la imposición y la coacción, del poder o de la relevancia, nunca el camino que empuña la cruz de Cristo contra los demás hermanos y hermanas por quienes Él ha dado la vida. El camino de Jesús, el camino de la salvación, es otro: *es el camino del amor humilde, gratuito y universal*, sin condiciones y sin "peros".

Sí, porque Cristo, sobre el leño de la cruz, ha extraído el veneno a la serpiente del mal, y ser cristianos significa vivir sin venenos. Es decir, no mordernos entre nosotros, no murmurar, no acusar, no chismorrear, no difundir maldades, no contaminar el mundo con el pecado y con la desconfianza que vienen del Maligno. Hermanos, hermanas, hemos renacido del costado abierto de Jesús en la cruz; que no haya entre nosotros ningún veneno mortal (cf. Sb 1,14). Oremos, más bien, para que por la gracia de Dios podamos ser cada vez más cristianos, testigos alegres de la vida nueva, del amor y de la paz.

Palabras de agradecimiento al finalizar la Santa Misa

Gracias, Mons. Peta, por sus palabras, gracias por todo el esfuerzo realizado para preparar esta Celebración y mi visita. A este respecto, deseo renovar un cordial agradecimiento a las Autoridades civiles y religiosas del país. Los saludo a todos ustedes, hermanos y hermanas, de modo particular a los que han llegado de otros países de Asia central y de partes lejanas de esta tierra infinita. Bendigo de corazón a los ancianos y a los enfermos, a los niños y a los jóvenes.

Hoy, Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, sintámonos unidos espiritualmente al Santuario nacional de la Reina de la Paz de Oziornoje. Mons. Tomash ha recordado que allí se encuentra una gran cruz, en la que, entre otras cosas, está escrito: "Al pueblo de Kazajistán gratitud" y "a los hombres paz". La gratitud al Señor por el santo pueblo de Dios que vive en este gran país se une a su esfuerzo por promover el diálogo, y se transforma en súplica de paz, paz de la que nuestro mundo está sediento.

Pienso en tantos lugares martirizados por la guerra, sobre todo en la querida Ucrania. No nos acostumbremos a la guerra, no nos resignemos a lo inevitable. Socorramos a los que sufren e insistamos para que se intente realmente alcanzar la paz. ¿Qué debe suceder aún, qué cantidad de muertos debemos esperar antes de que las rivalidades cedan el paso al diálogo por el bien de la gente, de los pueblos y de la humanidad? La única salida es la paz y el único camino para llegar a ella es el diálogo. He sentido una gran preocupación al enterarme de que en estas horas se han iniciado nuevos focos de tensión en la región caucásica. Sigamos rezando para que, también en estos territorios, la confrontación pacífica y la concordia prevalezcan sobre los conflictos. Que el mundo aprenda a construir la paz, también reduciendo la carrera armamentística y convirtiendo los enormes gastos de guerra en ayudas concretas a la población. Gracias a todos los que creen en esto, gracias a ustedes y a cuantos son mensajeros de la paz y la unidad.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, SACERDOTES,
DIÁCONOS, CONSAGRADOS,
SEMINARISTAS Y AGENTES PASTORALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro
(Nursultán)

Jueves, 15 de septiembre de 2022

*Queridos hermanos obispos, sacerdotes y diáconos,
queridos consagrados y consagradas,
seminaristas y agentes de pastoral,
¡buenos días!*

Estoy contento de estar aquí entre ustedes, de saludar a la Conferencia Episcopal de Asia Central y de encontrar una Iglesia compuesta por tantos rostros, historias y tradiciones diferentes, todas unidas por la única fe en Cristo Jesús.

Agradezco las palabras de Mons. Mumbiela Sierra, que en el saludo comentó: "La mayor parte de nosotros somos extranjeros"; es verdad, porque ustedes provienen de lugares y países diferentes, sin embargo, la belleza de la Iglesia es ésta, que somos una sola familia, en la cual nadie es extranjero. Lo repito: ninguno es extranjero en la Iglesia, ¡somos un solo Pueblo santo de Dios enriquecido por muchos pueblos! Y la fuerza de nuestro pueblo sacerdotal y santo está justamente en hacer de la diversidad una riqueza compartiendo lo que somos y lo que tenemos: nuestra pequeñez se multiplica si la compartimos.

El pasaje de la Palabra de Dios que hemos escuchado afirma justamente esto: el misterio de Dios -dice san Pablo- ha sido revelado a todos los pueblos. No sólo al pueblo elegido o a una élite de personas religiosas, sino a todos. Cada hombre puede acceder a Dios, porque -explica el apóstol- todos los pueblos "participan de una misma herencia, son miembros de un mismo Cuerpo y beneficiarios de la misma promesa en Cristo Jesús, por medio del Evangelio" (Ef 3,6).

Quisiera destacar dos palabras que usa Pablo: *herencia* y *promesa*. Por un lado, una Iglesia hereda siempre una historia, siempre es hija de un primer anuncio del Evangelio, de un evento que la precede, de otros apóstoles y evangelizadores que la establecieron sobre la palabra viva de Jesús; por otro lado, es también la comunidad de aquellos que han visto en Jesús el cumplimiento de la promesa de Dios y, como hijos de la resurrección, viven en la esperanza de la plenitud futura. Sí, somos destinatarios de la gloria prometida, que anima nuestro camino con esa esperanza. Herencia y promesa: la herencia del pasado es nuestra *memoria*, la promesa del Evangelio es el *futuro* de Dios que nos sale al encuentro. Quisiera detenerme con ustedes sobre esto: una Iglesia que camina en la historia entre *memoria* y *futuro*.

En primer lugar, la *memoria*. Si hoy en este vasto país, multicultural y multirreligioso, podemos ver comunidades cristianas vivas, así como un sentido religioso que atraviesa la vida de la población, es sobre todo gracias a la rica historia que los precede. Pienso en la difusión del cristianismo en Asia central, la cual ocurrió ya desde los primeros siglos; en tantos evangelizadores y misioneros que se desgastaron difundiendo la luz del Evangelio, fundando comunidades, santuarios, monasterios y lugares de culto. Por tanto, hay una herencia cristiana, ecuménica, que ha de ser honrada y custodiada, una transmisión de la fe que ha visto protagonistas y también tanta gente sencilla, tantos abuelos y abuelas, padres y madres. En el

camino espiritual y eclesial no debemos perder de vista el recuerdo de cuantos nos anunciaron la fe, porque hacer memoria nos ayuda a desarrollar el espíritu de contemplación por las maravillas que Dios ha realizado en la historia, aun en medio de las fatigas de la vida y de las fragilidades personales y comunitarias.

Pero pongamos atención: no se trata de mirar hacia atrás con nostalgia, quedándonos estancados en las cosas del pasado y dejándonos paralizar en el inmovilismo. Esta es la tentación del "retroceso". La mirada cristiana, cuando vuelve hacia atrás para hacer memoria, *lo que quiere es abrirnos al asombro* ante el misterio de Dios, para llenar nuestro corazón de alabanza y gratitud por cuanto ha hecho el Señor. Un corazón agradecido, que desborda de alabanza, que no alberga añoranzas, sino que acoge el presente que vive como gracia; y quiere ponerse en camino, ir hacia adelante, comunicar a Jesús, como las mujeres y los discípulos de Emaús el día de la Pascua.

Esta es la memoria viva de Jesús, que nos llena de asombro y a la que accedemos sobre todo por el Memorial eucarístico, la fuerza del amor que nos impulsa. Es nuestro tesoro. Por eso, sin memoria no hay asombro. Si perdemos la memoria viva, entonces la fe, las devociones y las actividades pastorales corren el riesgo de debilitarse, de ser como llamaradas, que se encienden rápidamente, pero se apagan enseguida. Cuando extraviarnos la memoria, se agota la alegría. Desaparece la gratitud a Dios y a los hermanos, porque se cae en la tentación de pensar que todo depende de nosotros. El padre Ruslan nos ha recordado algo hermoso: que ser sacerdote ya es mucho, porque en la vida sacerdotal nos damos cuenta de que todo cuanto sucede no es obra nuestra, sino un don de Dios. Y sor Clara, hablando de su vocación, quiso ante todo agradecer a aquellos que le anunciaron el Evangelio. Gracias por estos testimonios, que nos invitan a hacer memoria agradecida de la herencia que hemos recibido.

Si profundizamos en esta herencia, ¿qué es lo que vemos? Que la fe no ha sido transmitida de generación en generación como un conjunto de cosas que hay que entender y hacer, como un código fijado de una vez para siempre. No, la fe se transmite *con la vida*, con el testimonio de quien ha llevado el fuego del Evangelio en medio de las situaciones para iluminarlas, para purificarlas y difundir el cálido consuelo de Jesús, así como la alegría de su amor que salva, la esperanza de su promesa. Haciendo memoria, entonces, aprendemos que la fe crece con el

testimonio. El resto viene después. Esta es una llamada para todos y quisiera reafirmarlo a todos, fieles laicos, obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y consagradas que trabajan de diferentes maneras en la vida pastoral de las comunidades. No nos cansemos de dar testimonio de la esencia de la salvación, de la novedad de Jesús, de la novedad que es Jesús. La fe no es una hermosa exposición de cosas del pasado -esto sería un museo?, sino un evento siempre actual, el encuentro con Cristo que tiene lugar en nuestra vida, aquí y ahora. Por eso no se comunica con la sola repetición de las cosas de siempre, sino transmitiendo la novedad del Evangelio. De este modo, la fe permanece viva y tiene futuro. Por eso me gusta decir que la fe se transmite "en dialecto".

He aquí entonces la segunda palabra, *futuro*. La memoria del pasado no nos encierra en nosotros mismos, sino que nos abre a la promesa del Evangelio. Jesús nos aseguró que estará siempre con nosotros. Por lo que no se trata de una promesa dirigida sólo a un futuro lejano, sino que estamos llamados a acoger *hoy* la renovación que el Resucitado lleva a cabo en la vida. A pesar de nuestras debilidades, Él no se cansa de estar con nosotros, de construir a nuestro lado el futuro de la Iglesia que es suya y nuestra.

Es cierto, delante de tantos retos de la fe -especialmente aquellos que tienen que ver con la participación de las generaciones jóvenes-, así como delante de los problemas y fatigas de la vida, mirando a los números, en la vastedad de un país como este, podríamos llegar a sentirnos "pequeños" e incapaces. Y, sin embargo, si adoptamos la mirada esperanzadora de Jesús, descubrimos algo sorprendente: el Evangelio dice que *ser pequeños, pobres de espíritu, es una bienaventuranza*, la primera bienaventuranza (cf. Mt 5,3), porque la pequeñez nos entrega humildemente al poder de Dios y nos lleva a no cimentar la acción eclesial en nuestras propias capacidades. ¡Y esta es una gracia! Lo repito: hay una gracia escondida al ser una Iglesia pequeña, un pequeño rebaño, en lugar de exhibir nuestras fortalezas, nuestros números, nuestras estructuras y cualquier otra forma de prestigio humano, nos dejamos guiar por el Señor y nos acercamos con humildad a las personas. Ricos en nada y pobres de todo, caminamos con sencillez, cercanos a las hermanas y a los hermanos de nuestro pueblo, llevando la alegría del Evangelio a las situaciones de la vida. Como levadura en la masa y como la más pequeña de las semillas arrojadas a la tierra (cf. Mt 13,31-33), vivimos los acontecimientos alegres y tristes de la sociedad en la que nos encontramos, para servirla desde dentro.

Ser pequeños nos recuerda que *no somos autosuficientes*, que necesitamos de Dios, pero también de los demás, de todos y cada uno: de las hermanas y hermanos de otras confesiones, de quien profesa un credo religioso diferente al nuestro, de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Nos damos cuenta, con un espíritu de humildad, que sólo juntos, en el diálogo y en la aceptación recíproca, podemos hacer algo verdaderamente bueno por todos. Es la tarea particular de la Iglesia en este país, no ser un grupo que se deja arrastrar por las cosas de siempre, o que se encierra en su caparazón porque se siente pequeña, sino una comunidad abierta al futuro de Dios, encendida por el fuego del Espíritu: viva, llena de esperanza, disponible a su novedad y a los signos de los tiempos, animada por la lógica evangélica de la semilla que da frutos de amor humilde y fecundo. De este modo, la promesa de vida y de bendición, que Dios Padre derrama sobre nosotros por medio de Jesús, se hace camino no sólo para nosotros, sino que se realiza también para los demás.

Y se realiza cada vez que vivimos la *fraternidad* entre nosotros, que atendemos a los pobres y a quienes están heridos por la vida, cada vez que en las relaciones humanas y sociales damos testimonio de la justicia y de la verdad, diciendo "no" a la corrupción y a la falsedad. Que las comunidades cristianas, en particular el seminario, sean "escuelas de sinceridad"; no ambientes rígidos y formales, sino gimnasios de la verdad, de la apertura y del intercambio. Y que en nuestras comunidades -recordémoslo- seamos todos discípulos del Señor: todos discípulos, todos esenciales, todos de igual dignidad. No sólo los obispos, los sacerdotes y los consagrados, sino todos los bautizados han sido sumergidos en la vida de Cristo y en Él -como nos recordaba san Pablo- están llamados a recibir la herencia y a acoger la promesa del Evangelio. De manera que se ha de brindar un espacio a los *laicos*. Les hará bien, para que las comunidades no se hagan rígidas y no se clericalicen. Una Iglesia sinodal, en camino hacia el futuro del Espíritu, es una Iglesia participativa y corresponsable. Es una Iglesia capaz de salir al encuentro del mundo porque está entrenada en la comunión. Me sorprendió que en todos los testimonios se decía continuamente una cosa: no sólo el padre Ruslan y las religiosas, sino también Kirill, el padre de familia, nos ha recordado que, en la Iglesia, en contacto con el Evangelio, aprendemos a pasar del egoísmo al amor incondicional. Es una salida de sí mismo, que todo discípulo necesita constantemente; es la necesidad de alimentar el don recibido en el Bautismo, que nos impulsa a que, en todo lugar -en nuestros encuentros eclesiales, en las familias, en el trabajo, en la sociedad- seamos *hombres y mujeres de comunión y de paz*, que siembran el bien allí donde se

encuentren. La apertura, la alegría y el intercambio son los signos de la Iglesia de los orígenes, y son también los signos de la Iglesia del futuro. Soñemos y, con la gracia de Dios, edifiquemos una Iglesia que esté más llena de la alegría del Resucitado, que rechace los miedos y las quejas, que no se deje endurecer por dogmatismos ni moralismos.

Queridos hermanos y hermanas, pidamos todo esto a los grandes testigos de la fe de este país. Quisiera recordar, en particular, al beato Bukowiński, un sacerdote que gastó su existencia cuidando a los enfermos, a los necesitados y a los marginados, sufriendo en carne propia la fidelidad al Evangelio con la prisión y los trabajos forzados. Me han contado que, ya desde antes de la beatificación, siempre había sobre su tumba flores frescas y una vela encendida. Esto confirma que el Pueblo de Dios sabe reconocer dónde hay santidad, dónde hay un pastor enamorado del Evangelio. Quiero decirlo particularmente a los obispos y a los sacerdotes, y también a los seminaristas, esta es nuestra misión: no ser administradores de lo sagrado o gendarmes preocupados por hacer que se respeten las normas religiosas, sino pastores cercanos a la gente, imágenes vivas del corazón compasivo de Cristo. Recuerdo también a los beatos mártires greco-católicos, al obispo Mons. Budka, al sacerdote Zariczkyj y a Gertrude Detzel, cuyas causas de beatificación se han abierto. Como nos ha dicho la señora Miroslava, ellos llevaron el amor de Cristo al mundo. Ustedes son su herencia: ¡sean promesa de nueva santidad!

Estoy cercano a ustedes y los animo. Vivan con alegría esta herencia y den testimonio de ella con generosidad, para que todas las personas con las que se encuentren puedan percibir que también hay una promesa de esperanza dirigida a ellas. Los acompaño con la oración; y ahora nos encomendamos de manera particular al corazón de María Santísima, a quien veneran de modo especial como Reina de la paz. Leí sobre un bonito signo maternal que sucedió en tiempos difíciles: mientras tantas personas eran deportadas y se veían obligadas a pasar hambre y frío, ella, Madre tierna y cariñosa, escuchó las oraciones que sus hijos le dirigían. Durante uno de los inviernos más crudos, la nieve se derritió rápidamente, haciendo surgir un lago con muchos peces, que dieron de comer a muchas personas que morían de hambre. ¡Que la Virgen derrieta el frío de los corazones, infunda en nuestras comunidades una renovada calidez fraterna y nos dé una nueva esperanza y un nuevo entusiasmo por el Evangelio! Yo, con afecto, los bendigo y les doy las gracias. Y les pido, por favor, que recen por mí.

LECTURA DE LA DECLARACIÓN FINAL Y CLAUSURA DEL CONGRESO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Palacio de la Independencia (Nursultán)

Jueves, 15 de septiembre de 2022

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos caminado juntos. Gracias por haber venido desde diferentes partes del mundo, trayendo la riqueza de sus credos y de sus culturas. Gracias por haber vivido intensamente estos días de intercambio, trabajo y compromiso con el signo del diálogo, que tienen un valor aún más precioso durante un período tan difícil, al que, además de la pandemia, se agrega el peso de la locura insensata de la guerra. Hay demasiado odio y divisiones, demasiada falta de diálogo y de comprensión del otro; esto, en el mundo globalizado, resulta aún más peligroso y escandaloso. No podemos salir adelante conectados y separados, vinculados y desgarrados

por tanta desigualdad. Así pues, gracias por los esfuerzos realizados en favor de la paz y la unidad. Gracias a las autoridades del lugar, que nos han recibido, preparando y alistando con sumo cuidado este Congreso, y a la población de Kazajistán, amigable y valiente, capaz de abrazar otras culturas preservando su noble historia y sus valiosas tradiciones. *Kiop raqmet! Bolshoe spasibo! Thank you very much!*

Mi visita, que ya está llegando a su fin, tiene como lema Mensajeros de la paz y la unidad. Está en plural, porque el camino es común. Y este séptimo Congreso, que el Altísimo nos ha concedido la gracia de vivir, ha marcado una etapa importante. Desde su nacimiento en 2003, el evento ha tenido como modelo la Jornada de Oración por la paz en el mundo convocada en 2002 por Juan Pablo II en Asís, para reafirmar el aporte positivo de las tradiciones religiosas al diálogo y a la concordia entre los pueblos. Después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, era necesario reaccionar, y reaccionar juntos, ante el clima incendiario que la violencia terrorista quería provocar y que amenazaba con hacer de las religiones un factor de conflicto. Sin embargo, el terrorismo de matriz pseudorreligiosa, el extremismo, el radicalismo, el nacionalismo alimentado de sacralidad, fomentan todavía hoy temores y preocupaciones en relación a la religión. Por eso en estos días ha sido providencial reencontrarnos y reafirmar la esencia verdadera e irrenunciable de la misma.

A este respecto, la Declaración de nuestro Congreso afirma que el extremismo, el radicalismo, el terrorismo y cualquier otra incitación al odio, a la hostilidad, a la violencia y a la guerra, cualquier motivación u objetivo que se propongan, no tienen relación alguna con el auténtico espíritu religioso y han de ser rechazados con la más resuelta determinación (cf. n. 5); han de ser condenados, sin condiciones y sin "peros". Además, en base al hecho de que el Omnipotente ha creado a todas las personas iguales, independientemente de su pertenencia religiosa, étnica o social, hemos acordado afirmar que el respeto mutuo y la comprensión deben ser considerados esenciales e imprescindibles en la enseñanza religiosa (cf. n. 13).

Kazajistán, en el corazón del gran y decisivo continente asiático, ha sido el lugar natural para encontrarnos. Su bandera nos ha recordado la necesidad de custodiar una sana relación entre política y religión. De hecho, así como el águila

dorada, que se encuentra en el estandarte, nos recuerda la autoridad terrena, haciendo alusión a los imperios antiguos, el fondo azul evoca el color del cielo, la trascendencia. Por lo que hay un vínculo sano entre política y trascendencia, una sana coexistencia que conserve los ámbitos diferenciados. Distinción, no confusión ni separación. "No" a la confusión, por el bien del ser humano, que necesita, como el águila, un cielo libre para volar, un espacio libre y abierto al infinito que no esté limitado por el poder terreno. Por otro lado, una trascendencia que no debe ceder a la tentación de transformarse en poder, pues de otro modo el cielo caería sobre la tierra, el "más allá" divino quedaría atrapado en el hoy terreno, el amor al prójimo en elecciones partidistas. Por lo tanto, "no" a la confusión. Pero también "no" a la separación entre política y trascendencia, ya que las más altas aspiraciones humanas no pueden ser excluidas de la vida pública y relegadas al mero ámbito privado. Por eso, quien desee expresar de manera legítima su propio credo, que sea amparado siempre y en todo lugar. ¡Cuántas personas, en cambio, aún hoy son perseguidas y discriminadas por su fe! Hemos pedido con firmeza a los gobiernos y a las organizaciones internacionales competentes que apoyen a los grupos religiosos y a las comunidades étnicas que han sufrido violaciones a sus derechos humanos y a sus libertades fundamentales, y violencia por parte de extremistas y terroristas, también como consecuencia de guerras y conflictos militares (cf. n. 6). Sobre todo, es necesario comprometerse para que la libertad religiosa no sea un concepto abstracto, sino un derecho concreto. Defendamos para todos el derecho a la religión, a la esperanza, a la belleza, al cielo. Porque no sólo Kazajistán, como proclama su himno, es un "dorado sol en el cielo", sino también cada ser humano, cada hombre y cada mujer, en su singularidad irrepetible, si entra en relación con lo divino, puede irradiar una luz particular sobre la tierra.

Por eso la Iglesia católica, que no se cansa de anunciar la dignidad inviolable de cada persona, creada "a imagen de Dios" (cf. Gn 1,26), cree también en la unidad de la familia humana. Cree que "todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra" (Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 1). Por eso, desde que comenzamos estos Congresos, la Santa Sede, especialmente por medio del Dicasterio para el Diálogo Interreligioso, ha participado activamente. Y quiere seguir haciéndolo. El camino del diálogo interreligioso es un camino común de paz y por la paz, y como tal, es necesario y sin vuelta atrás. El diálogo interreligioso ya no

es sólo una posibilidad, es un servicio urgente e insustituible para la humanidad, para alabanza y gloria del Creador de todos.

Hermanos, hermanas, al pensar en este camino común, me pregunto: ¿cuál es nuestro punto de convergencia? Juan Pablo II -que hace veintiún años visitó en este mismo mes Kazajistán- afirmó que "todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre" y que el hombre es "el camino de la Iglesia" (Carta enc. Redemptor hominis, 14). Quisiera decir hoy que el hombre es también el camino de todas las religiones. Sí, el ser humano concreto, debilitado por la pandemia, postrado por la guerra, herido por la indiferencia. El hombre, creatura frágil y maravillosa, que "sin el Creador desaparece" (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 36) y sin los demás no subsiste. Que se mire el bien del ser humano más que a los objetivos estratégicos y económicos, más que a los intereses nacionales, energéticos y militares, antes de tomar decisiones importantes. Para tomar decisiones que sean verdaderamente grandes, que se mire a los niños, a los jóvenes y a su futuro, a los ancianos y a su sabiduría, a la gente común y a sus necesidades reales. Y nosotros alzamos la voz para gritar que la persona humana no se reduce a lo que produce y obtiene, sino que debe ser acogida y nunca descartada; que la familia, que en lengua kazaja significa "nido del alma y del amor", es el cauce natural e insustituible que ha de protegerse y promoverse para que crezcan y maduren los hombres y las mujeres del mañana.

Para todos los seres humanos, las grandes sabidurías y religiones están llamadas a dar testimonio de la existencia de un patrimonio espiritual y moral común, que se funda sobre dos pilares: *la trascendencia y la fraternidad*. La trascendencia, el "más allá", la adoración. Es bonito que cada día millones y millones de hombres y de mujeres, de diferentes edades, culturas y condiciones sociales, se reúnen para orar en innumerables lugares de culto. Es la fuerza escondida que hace que el mundo avance. Y luego, la fraternidad, el otro, la proximidad, porque no puede profesar una verdadera adhesión al Creador quien no ama a sus creaturas. Este es el espíritu que impregna la Declaración de nuestro Congreso, del cual, en conclusión, quisiera destacar tres palabras.

La primera es la síntesis de todo, la expresión de un grito apremiante, el sueño y la meta de nuestro camino: *¡la paz! Beybitsilik, mir, peace!* La paz es urgente porque cualquier conflicto militar o foco de tensión y de enfrentamiento hoy, no puede más que tener un nefasto "efecto dominó" y compromete seriamente

el sistema de relaciones internacionales (cf. n. 4). Pero la paz "no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia" (Gaudium et spes, 78). Brota, pues, de la fraternidad, crece a través de la lucha contra la injusticia y la desigualdad, se construye tendiendo la mano a los demás. Nosotros, que creemos en el Creador de todos, debemos estar en primera línea para irradiar una convivencia pacífica. Debemos dar testimonio de ella, predicarla, implorarla. Por eso, la Declaración exhorta a los líderes mundiales a detener los conflictos y el derramamiento de sangre en todo lugar, y a abandonar retóricas agresivas y destructivas (cf. n. 7). Les rogamos, en nombre de Dios y por el bien de la humanidad: ¡comprométanse en favor de la paz, no en favor de las armas! Sólo sirviendo a la paz, el nombre de ustedes será grande en la historia.

Si falta la paz es porque falta el cuidado, la ternura, la capacidad de generar vida. Y, por lo tanto, hay que buscarla implicando mayormente -esta es la segunda palabra- a *la mujer*. Porque la mujer cuida y da vida al mundo, es camino hacia la paz. Por eso apoyamos la necesidad de proteger su dignidad, y de mejorar su estatus social como miembro de la familia y de la sociedad con los mismos derechos (cf. n. 23). También a las mujeres se les han de confiar roles y responsabilidades mayores. ¡Cuántas opciones que conllevan muerte se evitarían, si las mujeres estuvieran en el centro de las decisiones! Comprometámonos para que sean más respetadas, reconocidas e incluidas.

Finalmente, la tercera palabra: *los jóvenes*. Ellos son los *mensajeros de la paz y la unidad de hoy y del mañana*. Ellos son los que, más que otros, invocan la paz y el respeto por la casa común de la creación. En cambio, las lógicas de dominio y de explotación, el acaparamiento de los recursos, los nacionalismos, las guerras y las zonas de influencia trazan un mundo viejo, que los jóvenes rechazan, un mundo cerrado a sus sueños y a sus esperanzas. Así también, religiosidades rígidas y sofocantes no pertenecen al futuro, sino al pasado. Pensando en las nuevas generaciones, se ha afirmado aquí la importancia de la instrucción, que refuerza la acogida recíproca y la convivencia respetuosa entre las religiones y las culturas (cf. n. 21). En las manos de los jóvenes pongamos oportunidades de instrucción, no armas de destrucción. Y escuchémoslos, sin miedo a dejarnos interrogar por ellos. Sobre todo, construyamos un mundo pensando en ellos.

Hermanos, hermanas, la población de Kazajistán, abierta al mañana y testigo de tantos sufrimientos del pasado, con su extraordinaria multirreligiosidad y multiculturalidad nos ofrece un ejemplo de futuro. Nos invita a construirlo sin olvidar la trascendencia y la fraternidad, la adoración al Altísimo y la acogida a los demás. ¡Vayamos adelante así, caminando juntos en la tierra como hijos del Cielo, tejedores de esperanza y artesanos de concordia, mensajeros de la paz y la unidad!

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.